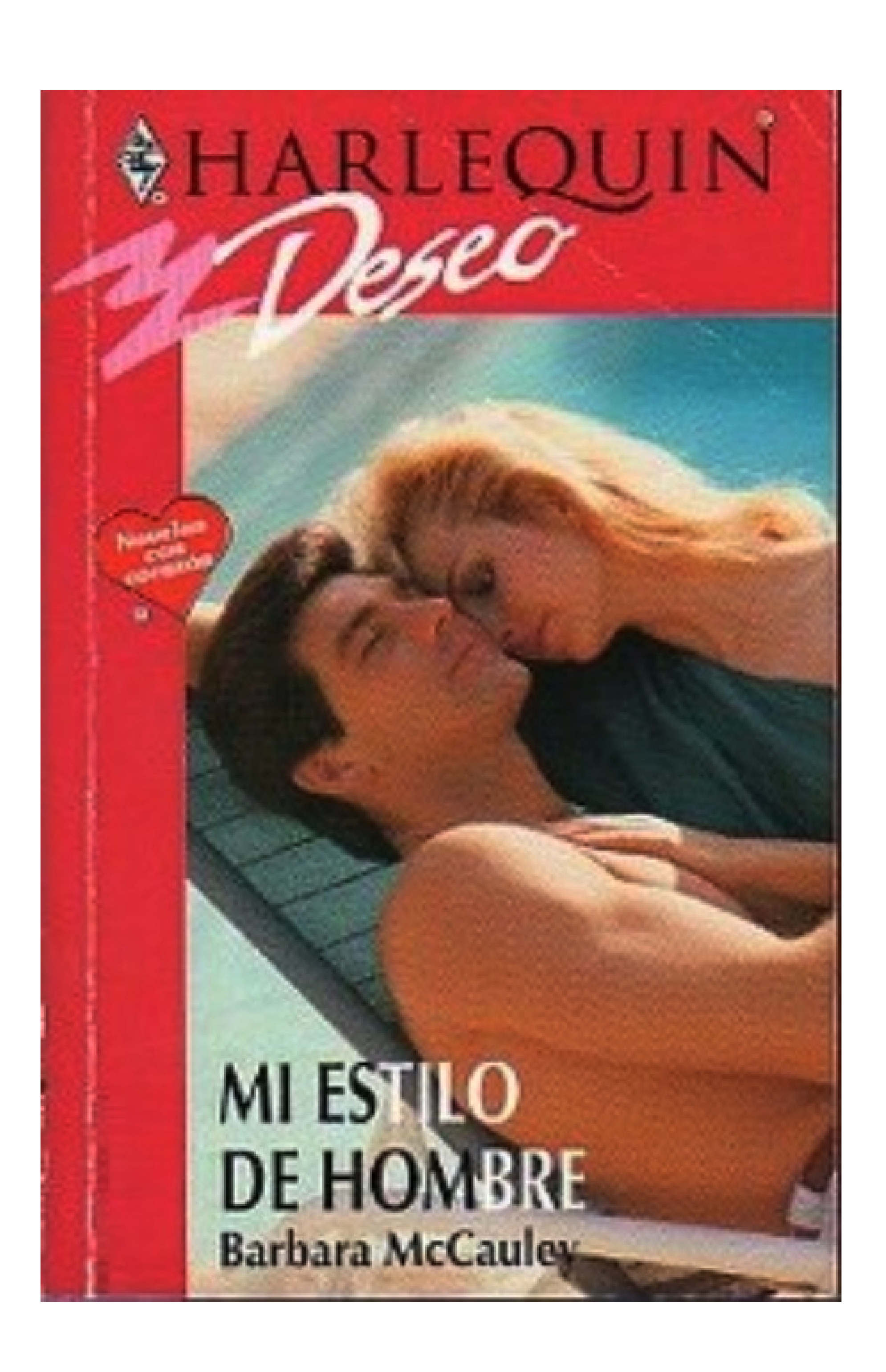

HARLEQUIN
Deseo
MI ESTILO
DE HOMBRE
Barbara McCauley

Mi estilo de hombre

Rachel Stephens se había quedado viuda, y no tenía más remedio que volver a casarse para poder recuperar el control de su rancho, pero el primer hombre al que se lo propuso le dio calabazas. Si Cord Cantrell no podía soportar ser su marido durante sólo un año, a cambio de un buen trozo de tierra, pues muy bien. De todas formas, era demasiado atractivo para ser la clase de marido que ella necesitaba.

Cord había vivido siempre de acá para allá, y por lo tanto no sabía nada de echar raíces, pero al fin aceptó la oferta de Rachel cuando, después de haberla rechazado él, la vio hacerle la misma proposición a otro hombre. Y ahora se veía durmiendo con los caballos, mientras su preciosa esposa ocupaba sola una enorme cama de matrimonio…

UNO

Estaba desesperada. El corazón le latía en la garganta y tenía las palmas de las manos sudorosas. Ojalá tuviera otra opción pero el tiempo se estaba agotando y no había más que una solución.

Rachel Stephens suspiró apoyada contra la pared del granero. Se sentía como si tuviera una furiosa estampida en el estómago, y cerró los ojos para contar lentamente hasta diez, intentando tranquilizarse. El olor a heno y a caballos le recordó la razón por la que estaba allí y le ayudó a no dar media vuelta y salir corriendo. En una de las casillas que quedaban a sus espaldas, una yegua relinchó sacando la cabeza por encima de la puerta en busca de una caricia, y con una sonrisa Rachel le rascó la nariz.

Fuera del granero, sólo a unos metros de distancia, estaba la posible solución a todos sus problemas: Cord Cantrell.

Volvió a cerrar los ojos para intentar encontrar otro posible arreglo, alguna posibilidad que hubiera pasado por alto, lo que fuera... Pero no había nada en lo que no hubiera pensado ya, nada que ya no hubiese intentado hacer. Aquel paso, por drástico y arriesgado que fuese, era su última esperanza.

Una brisa cálida entró por la puerta abierta del establo, llevando hasta sus oídos los sonidos del rancho Bar None: el motor lejano de un tractor, el ladrido de un perro, la voz de un hombre... una voz tan dulce, tan suave que apenas era audible. Sin abrir los ojos, intentó escuchar. La voz era tranquila, profunda y grave, precisamente lo que a ella le hacía falta.

—A que te gusta, ¿eh? —susurraba la voz masculina—. Ven, preciosa, que no voy a hacerte daño. No hay por qué tener miedo.

La voz calmó los nervios de Rachel casi como si fuese una caricia.

—Eso es, cariño. No voy a hacerte daño —seguía diciendo.

Mientras jugueteaba con la punta de su coleta rubia, Rachel echó hacia atrás la cabeza y se dejó llevar por la voz. Se imaginó un viento cálido y unas nubes blancas y regordetas... música lenta y noches de verano... brandy que quema al bajar por la garganta y sábanas frescas... ¡Dios mío! ¿Pero en qué estaba pensando? Al pasarse la mano por la frente se dio cuenta de que la tenía húmeda. Debían ser los nervios, se

dijo mientras se doblaba las mangas de su camisa rosa. Eso era todo: nervios.

Repasó una vez más el discurso que tan cuidadosamente había preparado, decidida a presentarse con toda la calma y la frialdad posible, como si se tratase de un asunto de negocios, y cuando por fin se sintió más tranquila, irguió la espalda y salió hasta la puerta del granero.

Unos metros más allá, dentro de una pista rodeada con valla de madera, estaba el hombre al que había ido a buscar. Estaba de espaldas a ella, sujetando por la cabezada a una yegua de capa castaña mientras con la otra mano le ponía una sudadera con sumo cuidado.

Rachel sabía muy bien que no debía interrumpir a un adiestrador de caballos mientras estaba trabajando, así que se puso a un lado, donde él no pudiera verla y se dedicó a observar. La yegua, una porta de dos años, era bastante recelosa. Cada vez que le ponía la sudadera, el animal daba un respingo y bailaba con nerviosismo hasta que se la quitaba. Era una potra preciosa, quizás un poco mayor para no haber llevado todavía una sudadera encima, pero no era raro que ciertos propietarios retrasaran un poco la doma de un animal con tanto brío como aquel.

—Vamos, preciosa —volvió a decirle con suavidad—, sé buena chica.

Sujetándola firmemente por la cabezada, volvió a ponerle la sudadera. La potra miró hacia atrás con un movimiento brusco y dio un salto, pero el hombre, cuyo rostro quedaba oculto bajo su sombrero de ala ancha, la sujetaba con fuerza mientras seguía hablándole con dulzura y acariciaba su cuello, ya brillante de sudor.

Así que aquel era Cord Cantrell, pensó Rachel, estudiándolo con atención. Delgado, alto, seguramente alrededor del metro ochenta y cinco, con hombros anchos y musculosos. Llevaba camisa y vaqueros azules y cuando vio su mano endurecida por el trabajo deslizarse por el cuello de la yegua, una sensación extraña, dulce y cálida, se centró en su estómago.

—¡Cord! —el grito la sorprendió y vio a un hombre de pelo gris acercarse hacia la pista, levantando polvo del suelo con su paso enfadado—. Te dije que quería que esa potra llevase una silla para final de esta semana, y ni siquiera has podido ponerle la sudadera.

Asustada, echó a correr hasta el otro lado de la pista, y maldiciendo

entre dientes, Cord se dio la vuelta hacia el otro hombre.

—La han dejado correr durante demasiado tiempo, Tom —contestó en tono rígido—. Si quieres conseguir un buen caballo a largo plazo, se necesita cierto tiempo.

—Un tiempo que tú no tienes —gritó Tom—. Esa potra no me vale para nada tal y como está. O la haces cabalgar, o se la llevo a Jim del Rocking J. El sabe cómo conseguir resultados rápidos, y eso es todo lo que me importa a mí.

Las facciones de Cord se volvieron de piedra al oír el nombre del otro adiestrador.

—Si se utiliza el látigo con esta potra, perderá todo su brío —dijo entre dientes—, y en unos años no le servirá ni a ti ni a nadie.

—Me importa un comino lo que pase dentro de unos años. Lo que me importa es vender ese caballo ahora. No puedo estar dando de comer a un animal o a un hombre que no se gane lo que come. Piensa en eso, Cantrell.

Y tras gritarle a uno de los empleados del rancho que cogieran a la potra y la llevasen a la cuadra, dio media vuelta y se marchó.

Rachel vio cómo Cord apretaba los puños y cuando se dio la vuelta, vio que un músculo le temblaba en la mandíbula. Echó a andar lentamente hacia donde estaba ella, y Rachel se metió rápidamente en el granero. Sabía que al orgullo de un hombre no le gustaría saber que una mujer había presenciado una discusión en la que él había sido el perdedor.

Entró en el granero maldiciendo, y estaba ya a unos metros de ella cuando lo llamó.

—¡Señor Cantrell!

Él se dio media vuelta, como quien esperase enfrentarse con un toro.

-¡Qué!

Rachel se quedó sin voz. Simplemente se quedó clavada en el sitio, con el corazón latiendo acelerado y la boca entreabierta. La expresión de él se suavizó al ver que acababa de gritar a un inocente espectador.

—Lo siento —murmuró, y luego suspiró—. ¿Puedo ayudarla?

Era la primera vez que le veía la cara. Tenía los ojos de un azul profundo y aún le echaban chispas del enfren-tamiento con el otro hombre. Llevaba el ceño fruncido y tenía las arrugas de alrededor de la boca muy marcadas por la tensión, y Rachel sintió cierto temor.

-No, yo... bueno, sí —balbució, y dio un paso hacia delante—. Puede que sí —dijo al final.

Él la miró con curiosidad. ¿Es que hay varias posibilidades? —le preguntó.

Rachel se maldijo por el rojo que iba a subir hasta sus mejillas y que avanzaba ya por el cuello.

—Lo que quería decir es que espero que sí.

Cord se acercó a ella y la miró rápidamente de arriba a abajo.

—Bueno, bueno... —contestó en tono jocoso—, yo también espero poder ayudarla.

Rachel se quedó inmóvil. Llevaba el tiempo suficiente tratando con vaqueros para reconocer una tentativa para ligar, y también llevaba tratando con ellos lo bastante como para saber cortarlos.

—Señor Cantrell —dijo, irguiéndose—, tengo una proposición de negocios que hacerle.

Él arqueó una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de proposición es esa?

Inmediatamente lamentó su elección de palabras; es más, lamentó estar allí. Pero ahora ya no podía echarse atrás. Sintió una gota de sudor resbalarle por la espalda, y todo aquel discurso que había preparado con tanto cuidado se le olvidó; lo único que consiguió recordar fue la última frase.

—Señor Cantrell —le dijo, mirándolo a los ojos—, quiero que se case conmigo.

Cord se quedó mirando a aquella mujer. Seguramente había oído mal, y mentalmente repitió sus palabras. Pues no había oído mal. Lo había dicho de forma tan clara como una mañana de Montana. «Quiero que se case conmigo». Era una broma, por supuesto, y la verdad que una broma bastante buena.

Debía ser un regalo de cumpleaños por adelantado. Russ y Frank habían estado tomándole el pelo con que dentro de un par de semanas iba a cumplir treinta y dos años y no había estado casado. Miró entonces a su alrededor por el establo, esperando ver saltar a aquellos dos gandules para reírse de él, pero al parecer, el establo estaba vacío. Entonces volvió a mirar a la mujer, y reparó en lo decidida que parecía su expresión y en el brillo de sus ojos de un intenso gris verdoso. Desde luego era una cosita preciosa.

Y qué demonios... le gustaba pensar que tenía buen sentido del

humor, así que iba a seguirle la broma.

—Pues claro que me casaré contigo, cariño —contestó, acercándose a ella. Lo dijo en voz alta, imaginándose que los chicos debían estar escondidos por alguna parte, o que quizás ella llevase una grabadora escondida por alguna parte, aunque la verdad es que había poco sitio donde camuflarla. Llevaba unos vaqueros que se ajustaban a sus piernas largas y delgadas, y su blusa rosa dejaba al descubierto su piel blanca.

Aquella broma iba siendo mejor a cada minuto que pasaba.

Con los ojos abiertos de par en par, ella retrocedió hasta que pegó la espalda contra la pared, y Cord, apoyando una mano a cada lado de ella, se inclinó hacia delante. Olía como huelen las praderas en primavera, a hierba alta, fresca y verde, y de pronto se la imaginó con aquellas piernas largas envolviéndole la cintura. Su cuerpo respondió inmediatamente a esa imagen.

—Es más —dijo, mirando por encima de su hombro—, podríamos empezar la luna de miel ahora mismo —y acercando su boca a escasos centímetros de la de ella, susurró—: Incluso podríamos hacer el amor sobre este montón de heno fresco. ¿Qué te parece?

Rachel estaba tan aturdida que no era capaz ni de moverse. La verdad era que no podía moverse. Si lo hacía, sus pechos se rozarían con el de Cord, e instintivamente sabía que eso podía ser un grave error. No la había tocado, pero era como si lo hubiera hecho. Sus rodillas tenían la consistencia del caramelo caliente y el pulso le golpeaba en las sienes. Incluso tuvo la inquietante sensación de estar tumbada boca arriba, con el heno arañándole la piel desnuda.

Fue esa imagen lo que la devolvió a la realidad. No sabía en qué momento había perdido el control, o si es que en algún momento lo había tenido, pero aquella situación se había salido de madre.

—Señor Cantrell —dijo, y le empujó poniendo las manos en su pecho duro como una roca. Pero él no se movió—. Señor Cantrell—, repitió con más decisión, y después añadió—: Por favor.

Él se quedó inmóvil, con una expresión de incomprensión en sus ojos azules; incomprensión y algo más: deseo. Rachel se irguió y él retrocedió un paso.

—Yo... lo siento —dijo ella, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Debería habérselo explicado primero. Es que... me he puesto tan nerviosa...

—¿Es que no ha sido Russ quien ha organizado todo esto?

—¿Russ? Yo no conozco a ningún Russ. Nadie ha organizado esto.

—¿Es que no es por lo de mi cumpleaños? —parecía desilusionado —. ¿No vas a empezar a cantar, ni vas a hacerme un striptease?

—¿Qué? ¡No! Nadie me ha contratado para nada. Lo que le he dicho era en serio. Quiero que se case conmigo.

El siguió mirándola sin decir ni una palabra, evidentemente demasiado desconcertado para encontrar qué decir.

—Por favor —insistió ella, mirándolo a los ojos—, déjeme que se lo explique.

El se apoyó contra la pared y cruzó los brazos.

—Soy todo oídos. ">

Y todo hombre, se dijo ella sin poder evitarlo.

—Soy consciente de lo ridicula que debo haberle parecido —dijo, pasándose la mano por el pelo—, pero si no encuentro un marido pronto, voy a verme forzada a vender mi rancho.

La expresión de Cord era de escepticismo.

—No sé que exista ninguna ley en Tejas que diga que una mujer tiene que estar casada para poseer su propio rancho.

Estaba claro que seguía sin creerla, y una rabia dirigida hacia él, hacia sí misma y hacia aquella situación la recorrió de arriba a abajo.

—Estoy hablándole completamente en serio, señor Cantrell —la decisión de su tono de voz la sorprendió a ella misma—. Y le aseguro que valdrá la pena.

Cord se la quedó mirando un instante. Tenía las mejillas ruborizadas y los ojos le brillaban con determinación. —Señorita — dijo, examinándola de arriba a abajo—, no me cabe la menor duda de que estar casado con usted merecería la pena.

—Yo no formo parte del trato, señor Cantrell —espetó ella—. Sólo quiero casarme para recuperar el control de mi rancho, y luego, cuando haya pasado un año, divorciarme y que cada uno siga su camino. Lo que usted ganaría sería un lugar donde trabajar durante un año sin un imbécil que le diga cómo tiene que iniciar a un caballo.

Cord apretó los dientes; así que había presenciado su discusión con Tom. Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no darle un puñetazo y dejarlo tirado en el suelo.

—Y le cederé mil acres de terreno en Abilene que mi marido me dejó en su testamento —añadió ella—. Yo no los uso, y si usted está

interesado, podría montar allí su propio rancho. Y si no, siempre podría vender la tierra. ¿Mil acres? Sintió como si acabasen de darle una patada en el estómago. ¿Que si estaba interesado? No había ni un solo adiestrador de caballos que no soñase con poseer su propio rancho y ser su propio jefe. Aquella jovencita se había ganado toda su atención.

—¿Qué quiere decir con lo de recuperar el control de su rancho?

La yegua relinchó con fuerza, como si quisiera enfati-zar la pregunta de Cord. Rachel se volvió hacia el caballo y le acarició el cuello.

—Hace dos años —empezó a explicarle, con la mirada puesta en el caballo—, mi marido, Michael, murió en un accidente de avión. Había una cláusula en su testamento por la que el control de todos sus negocios y propiedades, incluido el rancho, se quedaban a cargo de su hermano Earl hasta que yo volviese a casarme. Cord arqueó las cejas.

—¿Y por qué hizo una cosa así? Rachel lo miró penetrante. —Eso no es asunto suyo. Cord se apartó de la pared.

—¿Acaba de pedirme que me case con usted y ahora me dice que no es asunto mío la razón por la que lo ha hecho? —se echó a reír con sarcasmo, y acto seguido, rozó el ala de su sombrero con un dedo—. Ha sido un placer conocerla, señorita —dijo, y dio media vuelta para marcharse.

—Espere —lo llamó ella, y Cord se volvió a mirarla con los brazos en jarras—. Tenía razón. Tenía el derecho a preguntar. Lo que pasa es que resulta tan... humillante explicárselo...

Cerró los ojos y suspiró.

—Michael era un hombre al que le gustaba tomar decisiones —empezó—. Y no sólo por él, sino por todo el mundo que estaba a su alrededor. Sobre todo por mí —sonrió con tristeza—. Él lo hacía por mi bien, claro —continuó—, pero nunca se le ocurrió pensar que yo era capaz de tomar mis propias decisiones sólita. Él creía que tenía que protegerme, que ocuparse de mí. Jamás habría soñado con que yo me plantease siquiera la posibilidad de llevar el Circle T.

-¿El Circle T?

Todo el mundo había oído hablar del Circle T. Quedaba a unos doscientos cincuenta kilómetros de allí, cerca de Sweetwater. Recordaba haber hablado con el dueño hacía años, pero se le había olvidado el nombre. Hasta aquel momento. Stephens. Michael Stephens.

—He oído hablar de su marido —le dijo—. Si la memoria no me falla, era uno de los magnates del petróleo y hombre de negocios que había comprado el rancho como regalo de cumpleaños para su esposa.

Rachel lo negó con la cabeza.

—Esa fue la historia que les contó a los periódicos, pero la verdad es que el rancho era una de las propiedades de una empresa que él había comprado. Su intención desde

el primer momento fue venderlo en cuanto encontrase un comprador que le ofreciera el precio adecuado.

Se alejó de Cord y caminó hasta la puerta del establo. La brisa de abril era cálida, pero le refrescaba la piel acalorada. No eran más que las diez y media de la mañana, pero el día prometía ser un auténtico horno. Alguien estaba trabajando ahora en la pista, y un poco más allá, uno de los empleados del rancho estaba bañando una yegua de cría mientras un perro blanco y negro corría a su alrededor, ladrando furioso. Entonces se volvió de nuevo hacia Cord.

—Toda mi vida me la he pasado yendo de una casa fría y enorme a otra. Seguíamos a mi padre donde quiera que el éxito en los negocios lo llevase. No me di cuenta antes de casarme con Michael que seguiría siendo así con él. En los dos años que estuvimos casados, vivimos en cuatro estados distintos y en cinco casas —volvió a mirar hacia afuera —. En cuanto puse el pie en Circle T, unos seis meses antes de la muerte de Michael, me enamoré del sitio. Nada más entrar en la casa, sentí la vida que había en ella, su pulso. Tuve la sensación de haber llegado por fin a mi hogar —se cruzó de brazos y una vez más; se volvió hacia él—. Le pedí a mi marido que nos quedásemos a vivir allí, pero me dijo que no era conveniente para él. Tenía un negocio en marcha en aquel momento en Fort Worth y ya había alquilado una casa en Dallas. Tuve que conformarme con algunos fines de semana cuando Michael quería ir hasta allí para echarle un vistazo a su inversión.

Rachel se sonrió lentamente.

—Earl se quedó boquiabierto cuando me trasladé a Circle T después de la muerte de Michael. Creo que el término que utiliza para describir la vida en un rancho es incivilizada. Insistió para que lo pusiera en venta, pero yo me negué. Como no puede vender sin mi firma, tenemos una batalla constante por ello.

—Llevar un rancho no es tarea fácil para una mujer -dijo Cord.

Rachel se echó a reír, y su sonrisa le llegó muy adentro, haciéndole

sonreír a él también.

—Sobre todo para una mimada niña de ciudad, ¿eh? —él asintió, y ella continuó—: Créeme, vaquero, he oído eso tantas veces que ya me he vuelto algo testaruda. Por una vez en mi vida, he decidido correr el riesgo.

Por fin Cord estaba empezando a comprender.

—¿Está intentando decirme —le preguntó muy despacio—, que está dispuesta a casarse con un hombre al que no conoce sólo para deshacerse de su cuñado?

Rachel se puso roja como la grana, pero lo miró fijamente a los ojos.

—Earl ha estado intentando llevar el rancho a la ruina durante los dos últimos años. Compra heno de mala calidad, retrasa los pagos a los empleados y se niega a reparar nada de lo que se rompe. Y para colmo, es un asno arrogante. Mi adiestrador se marchó la semana pasada después de que Earl le dijese que tendría que aceptar una reducción en su salario. Sin un adiestrador, los pocos clientes que me quedan se marcharán rápidamente también.

Cord sabía bien que ningún rancho que se dedicase a los caballos podía sobrevivir sin un adiestrador, y no pudo evitar preguntarse qué intenciones tendría su cuñado.

Rachel se agachó y tomó un puñado de heno.

—Circle T ha dado un sentido a mi vida que nunca antes había tenido —dijo—. Por primera vez siento una responsabilidad, una necesidad de trabajar en algo. No sabría cómo explicarle con palabras lo que siento hacia Circle T, señor Cantrell, pero lo que sí puedo decirle es que es la única cosa en mi vida, y quizás la primera, que me ha hecho comprender el sentido de la palabra compromiso.

Había algo en los ojos de Rachel, algo en su tono de voz, que le empujó a creerla. Aun así, era difícil de comprender para él por qué una mujer tan bonita como ella podía querer vivir una vida tan dura.

—¿Y su familia? ¿Por qué no acude a ellos para que la ayuden?

Sus ojos se volvieron fríos como el hielo.

—Mi padre dice que cuando esté dispuesta a recuperar el sentido común y vender el rancho, estará encantado de dejarme ir a vivir con él y con mi madre en Alemania. Hasta entonces, estoy sola —volvió a tomar otro puñado de heno, y volvió a dejarlo escurrir entre los dedos —. Lo que él no entiende es que eso es precisamente lo que quiero… no depender de nadie.

Cord se la quedó mirando sin decir nada. No podía comprender a aquella mujer.

—Si me permite que se lo diga, no me parece usted una mujer que pueda tener muchas dificultades en llamar la atención de los hombres; yo diría que hasta es probable que haya unos cuantos peleándose por usted. ¿Por qué acudir entonces a un extraño como yo para hacerle esta oferta?

Rachel se limpió las manos en los vaqueros.

—Puede que esté desesperada, pero también soy práctica. He contratado a un investigador privado para que me confeccionase una lista con los adiestradores que encajasen en una serie de características que yo le había dado previamente. Su nombre estaba el primero de esa lista —suspiró—. Créame: lo he pensado mucho y he llegado a la conclusión de que el matrimonio es la única salida para mí.

Por su tono de voz, parecía considerar esa posibilidad más como una prisión que como una unión feliz, pero ¿no era así como él mismo lo había considerado siempre?

De la misma forma que su madre había visto el matrimonio...

Un año durante el que iba a poder ser su propio jefe, sin que nadie le dijese lo que tenía que hacer y pudiendo entrenar a los caballos tal y como él quisiera. Y después, un año más tarde... la oportunidad de tener su propio rancho.

Pero no. Aunque fuese sólo durante un año, el matrimonio seguía siendo el matrimonio. Entonces miró a Rachel y sintió que su cuerpo se despertaba al mirarla. Sentía necesidad de estar con una mujer. Hacía mucho tiempo desde la última vez, pero por muy tentado que estuviera, no podía pensar con otra cosa que no fuese su cerebro. Aun así, si ella estuviese incluida en el trato...

—Señorita Stephens —dijo, y se quitó el sombrero para pasarse una mano por el pelo—. Estoy seguro de que después voy a arrepentirme un montón de veces, pero es que no soy de la clase de hombres que se casan. Le agradezco mucho la proposición —dijo, sonriendo—, pero me temo que tengo que rechazarla.

Ella se quedó allí, de pie y rígida, con las mejillas arreboladas y mirándolo a los ojos.

—Lo entiendo perfectamente, señor Cantrell —contestó con frialdad, pero no enfadada—. Gracias por su tiempo —y al tiempo que sacaba una tarjeta de visita de su bolsillo, añadió—: Si cambia de

opinión y cree que podemos hablar más de este asunto, estaré aquí… hasta que lo haya solucionado.

Lo que quería decir es que iba a quedarse allí hasta que encontrase un marido. Cuando la vio darse la vuelta, se le ocurrió pensar que ahora iría al rancho siguiente, a hacerle la misma proposición al siguiente vaquero, y por alguna extraña razón, no le hizo la más mínima gracia.

—¡Señorita Stephens! —la llamó desde la puerta del granero.

Estaba ya subiéndose en su camioneta cuando se volvió. —¿Cuál es su nombre… su nombre de pila? —Rachel —contestó, y se subió a la camioneta. Mientras se alejaba, sacó la cabeza por la ventanilla y le sonrió, como si quisiera hacerle saber que no le guardaba ningún rencor. Los negocios son los negocios, al fin y al cabo.

Pero también había algo en sus ojos, en esa misma sonrisa, algo que no pudo identificar, y cuando se dio la vuelta y volvió a entrar en el establo, la sonrisa siguió frente a sus ojos.

DOS

La espera estaba volviéndola loca. Se había comido una uña hasta dejarse casi el dedo en muñón, y había desgastado la alfombra de la habitación del hotel de tanto pasearse esperando que el adiestrador de Rocking M le devolviese la llamada. Era el segundo nombre de su lista, un hombre llamado Luke Harding. Después de su reunión con Cord, Rachel había decidido que lo mejor sería no volver a aparecer sin haber concertado una cita de antemano.

Al recordar lo que había pasado aquella mañana, sintió que de nuevo las mejillas se le ponían al rojo vivo. Ni siquiera podía imaginarse cómo había sido capaz de salir de allí con tanta tranquilidad, teniendo en cuenta la forma de temblarle las rodillas. La expresión de Cord al preguntarle si quería casarse con ella estaba aún grabada en su mente. La había mirado como si estuviera loca.

Con un gemido, se dejó caer en la cama. ¿Y qué otra cosa había esperado que ocurriera, si hasta ella misma estaba empezando a pensar que estaba mal de la cabeza? Y ahí volvía a estar de nuevo, esperando recibir la llamada de otro hombre para poder pasar otra vez por aquella situación tan estúpida y seguramente también, por otro rechazo.

Se apartó el pelo de la cara y suspiró. ¿Dónde había ido a parar por culpa de Earl? ¿A recorrerse el país rogándole a todos los vaqueros que se casaran con ella? Se tumbó en la cama y cerró los ojos con el zumbido aire acondicionado como telón de fondo. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que ese sistema podía funcionar? ¿Y cómo podía haberse imaginado que el primer hombre al que iba a proponérselo la levantaría del suelo como si fuese un tornado?

¿Se habría dado cuenta? Prácticamente se había derretido cuando él la había acorralado contra la pared del establo. Incluso ahora podía percibir su olor: cuero, caballos y su propio olor a hombre. Su interior se había transformado en lava incandescente y el corazón le había latido con tanta fuerza que hasta él debía haberlo oído. Seguro que lo había oído, pensó desesperada. Un hombre como Cord Cantrell sabía perfectamente el efecto que tenía sobre una mujer. Debía haber montones de mujeres que se le insinuaran. Menos mal que la había rechazado. No era un hombre

adecuado para ella. Dos años de vivir a las órdenes de

Michael Stephens le habían enseñado mucho sobre hombres. Con veintidós años y recién salida de la universidad, se había dejado impresionar por la posición y la sofistición de Michael. Su encanto y todas las atenciones que le

había dispensado la habían hecho enamorarse de él inmediatamente, y los dos se casaron después de un apasiona do romance. Sin embargo, el mismo primer día de ese matrimonio, se dio cuenta de que el poder y el dinero lo eran todo para él. Y el control. Era Michael quien tomaba todas y cada una de las decisiones, hasta tal punto que le hacía dudar de que él fuera consciente de que ella podía tener una opinión propia, que quizás no quisiera vivir en una casa en Palm Beach, o en un chalé en Dallas. Sus padres le habían enseñado a ser una hija obediente, y para Michael había sido una esposa obediente que nunca había tenido el valor suficiente para disentir.

Pero ya no era esa mujer. La muerte repentina de Michael la había destrozado, pero al mismo tiempo, la había obligado a crecer. Su repentina independencia le había asustado mucho al principio, pero después, poco a poco, a medida que había ido aprendiendo a tomar sus propias decisiones, había empezado a disfrutar de su nueva libertad. Si alguna vez volvía a casarse, a casarse de verdad, elegiría un hombre que la quisiera por ella misma, y no por lo que él quería que fuese una mujer.

Cord Cantrell, aunque era un hombre radicalmente distinto a Michael, tenía algunos rasgos en común; era fácil reconocer el poder y el control de Cord para moldear a su voluntad no sólo a los animales, sino también a las personas. Especialmente a las mujeres. Al fin y al cabo, había tenido suerte de que la hubiera rechazado. Habría sido un tremendo error.

El teléfono sonó en ese instante y Rachel se incorporó rápidamente. Tenía que ser Luke Harding. Estiró el brazo para descolgar, pero se detuvo. ¿De verdad podía volver a pasar por aquella humillación? el teléfono sonó varias veces más mientras ella se mordía un nudillo.

¿Y si fuese Cord? Le había dado su número, y no le haría ningún mal hablar un rato con él, ¿no?

Descolgó el auricular a la quinta llamada.

—¿Diga? —la voz le sonó temblorosa y carraspeó—. ¿Diga?

—¿Señorita Stephens?

No era Cord, y le fastidió sentirse desilusionada.

-Sí.

—Soy Luke Harding, de Rocking M. Me han dicho que ha llamado usted.

Rachel se quedó sentada, con el auricular en la niano. No podía volver a hacerlo. Simplemente no podía. ¿Señorita, sigue usted ahí?

Tenía que hacerlo. No tenía nada que perder y todo que ganar.

—Sí, sí, sigo aquí —tenía la sensación de tener una mano atenazándole la garganta—. Me preguntaba si... si podría encontrarse conmigo, señor Harding. Es un asunto un poco complicado para hablar del él por teléfono, pero tengo... —evitó la palabra proposición—... tengo un asunto importante del que hablar con usted.

—Por supuesto, señorita —contestó él—. Estaré encantado de encontrarme con usted.

Rachel miró a su alrededor. Aquella habitación no era el mejor lugar para encontrarse con un vaquero. A través del cristal de la ventana, vio el cartel de un restaurante al otro lado de la calle.

—¿Qué le parecería en el Red Eye Bar que hay frente a Mave's Motel? ¿Alrededor de las seis le parece bien?

Eran ya las cinco. Eso le daría una hora para prepararse. Sesenta minutos.

—A las seis en el Red Eye Bar —repitió él.

—Dejaré mi nombre en la entrada para que pueda encontrarme —dijo Rachel antes de colgar. Tenía el estómago como si fuese una galleta y volvió a tumbarse sobre la cama con un suspiro. Dos veces en el mismo día iba a ponerse en ridículo. Dos veces. Se tapó la cara con las manos.

¿Sería el señor Harding tan guapo como Cord? En su imaginación volvió a ver esos profundos ojos azules mi-rándoL fijamente; volvió a sentir su respiración en el cuello mientras le preguntaba si alguna vez había hecho el amor sobre un montón de heno fresco. Sólo con recordarlo, sintió un escalofrío subirle por la espalda.

¡Maldita sea! Tenía que dejar de pensar en Cord Cantrell. Le había dado calabazas y eso era todo. Gracias a Dios. ¿Cómo habría podido soportar todo un año sin acabar metida en su cama, cuando con sólo diez minutos de su compañía había empezado a preguntarse cómo sería hacer el amor con él sobre un montón de heno?

Sí señor, se dijo al tiempo que se levantaba de la cama para darse

una ducha. Al fin y al cabo, había tenido mucha suerte.

Seis horas después de que Rachel Stephens se hubiera marchado del Bar None, Cord averiguó por fin lo que había visto en sus preciosos ojos: desilusión.

La idea lo dejó helado, y se quedó parado delante de su casa, demasiado sorprendido como para poder moverse. ¿Desilusión? Qué va. ¿Por qué iba a estar desilusionada9 Tenía toda una lista de hombres, hombres tan cualificados, incluso más que él, si es que su investigador privado había hecho un buen trabajo.

Cord subió las escaleras del porche de su pequeña casa y se sacudió el polvo de las botas. ¿Pero y si no había hecho un buen trabajo? Con el ceño fruncido, abrió la puerta y entró en el salón. ¿Y si había pasado por encima algunos detalles de esos tipos, y uno de ellos, quizás el que precisamente se casara con Rachel, resultaba ser una especie de pervertido? ¿Qué haría ella entonces, una vez que ya se hubiera comprometido con él?

«Lo que haga esa mujer no es asunto tuyo, Cantrell».

Cord se desabrochó la camisa húmeda y sucia y abrió la puerta de la nevera. Una cerveza fría calmaría su inquietud. Rachel parecía más que capaz de cuidar de sí misma. Demonios... tenía mucho más va... se detuvo para abrir la lata... mucho más valor que la mitad de los hombres que él conocía.

Se sentó en su sillón de piel y tomó un trago largo de cerveza, y al cerrar los ojos, vio en su imaginación un cabello del color del trigo madurado al sol, unas curvas suaves y femeninas y unos ojos verdes llenos primero de desesperación, después de vergüenza y por último... de desilusión.

¡Y dale con la desilusión! Cord se puso la lata en la frente. ¿Por qué iba a estar desilusionada? Una mujer como Rachel no tendría ningún problema en encontrar un hombre dispuesto a casarse con ella. Tendría un montón donde elegir, y el hecho de que Cord Cantrell fuese lo bastante estúpido para no ver lo que era bueno para él cuando lo tenía delante de las narices, no quería decir que el resto de los hombres de esa lista fuesen como él. Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Pasaban unos minutos de las cinco. Había tenido todo el día para hacerle la misma oferta al siguiente vaquero, y seguro que a aquellas alturas estaba ya recorriendo felizmente el pasillo central de la iglesia.

Se levantó, se acercó a la ventana y apartó las viejas cortinas marrones para mirar hacia la pista. Su jefe estaba trabajando con un caballo, y a juzgar por sus gritos, el animal estaba siendo poco cooperativo. Cord se encogió el oír el golpe del látigo sobre la grupa del animal y tuvo que contenerse para no salir y usar el látigo con aquel bastardo; darle a probar su propia medicina. El sabor de la cerveza se le volvió agrio en la boca y dejó la lata sobre la mesa, mascullando un juramento entre dientes.

Se apartó de la ventana y mientras caminaba hacia el baño, se fue desabrochando los pantalones y una vez en la habitación, lo dejó todo en un montón sobre el suelo.

Cuando se volvía ya reparó en una pequeña tarjeta blanca que se había salido de uno de los bolsillos de sus vaqueros. Mavel's Hotel. Rachel había escrito en la tarjeta su nombre y el número de su habitación, y Cord se la quedó mirando un momento antes de volver a dejarla caer sobre la ropa y entrar en el baño.

El Red Eye Bar tenía poco que ofrecer en cuanto a decorado y a menú, pero mucho en colorido local y en sabor. Teniendo en cuenta la gente que había ya alrededor de la barra, debía ser un sitio bastante popular, y no sólo para la gente de la ciudad, sino también para los empleados de los ranchos y los vaqueros. Fascinada, Rachel miró a su alrededor. El aire estaba enturbiado por el humo, el suelo estaba cubierto de polvo y una dulce canción country sonaba desde una máquina en una «squina. El olor a salsa barbacoa y a pollo asado hizo gemir su estómago.

Aquel lugar estaba bastante lejos de los sitios tan elegantes que Michael escogía siempre para cenar, pero ella se sentía más a gusto allí que en uno de esos pomposos restaurantes franceses. Dio su nombre en la barra y después siguió a una camarera pelirroja hasta una mesa del fondo.

Rachel se sentó y cruzó la piernas al mirar a su alrededor, evitando cuidadosamente establecer contacto visual con ninguno de los hombres que la había estado observando. Era carne fresca en el cubil del león, y deseó que el señor Harding llegase antes de que nadie lanzase su ataque.

Aunque estaba nerviosa por sentir muchas miradas puestas en ella, Rachel no pudo evitar una sensación de satisfacción. Odiaba tener que admitirlo, pero su ego estaba resentido por el rechazo de Cord y

necesitaba sentirse bien aquella noche. Se había lavado el pelo y lo había dejado secar al aire de manera que quedara con sus rizos naturales poco más abajo de sus hombros. El maquillaje, aunque suave, se lo había aplicado con extremo cuidado, y hasta se había comprado un vestido nuevo, que ahora que lo llevaba puesto, se arrepintió de haber dejado que la dependienta lo convenciera de que se lo comprara. Era de punto blanco, manga larga y un escote en uve, y se le pegaba al cuerpo como una segunda piel.

Aunque para ser sincera, estaba dándose cuenta de que no había sido la dependienta quien la había convencido. Había sido su propia naturaleza rebelde. Cuando se le ocurrió pensar que era una clase de vestido que Michael jamás habría aprobado, la decisión de comprarlo fue inmediata. Eso y el comentario de la dependienta de que con ese vestido, atraería al hombre que ella quisiera, y de pronto se dio cuenta de que iba a comprobar si había estado en lo cierto.

La camarera estaba hablando con un hombre y la señalaba a ella, y Rachel pensó brevemente en huir, pero la esquina en la que estaba sentada no se lo habría permitido. Estaba atrapada.

—¿Señora Stephens?

No quería hacerlo. Ya no le importaba si era atractive y tenía una sonrisa bonita. Simplemente no podía volver a hacerlo.

—Sí —contestó y le tendió la mano; cuando él se la estrechó, no hubo cosquilleos, ni alteraciones en el ritmo cardíaco. Nada. Qué alivio.

—Llámeme Rachel, por favor —le dijo sonriendo, e hizo un gesto hacia el asiento que había frente a ella— ¿No quiere sentarse?

Lo invitaría a cenar, le explicaría que todo había sido un error y le daría las gracias por su tiempo—. Señor Harding —comenzó—, sé que lo que voy a decirle le parecerá una locura, pero... —Hola, Rachel, cariño.

Se volvió al oír una voz profunda y que le resultaba muy familiar. ¡Cord!

-Siento llegar tarde —dijo, y se sentó junto a ella-. Ha surgido un pequeño problema en el rancho y he tenido que solucionarlo antes de venir.

«¿Siento llegar tarde?» Rachel se lo quedó mirando atónita. ¿Pero de qué estaba hablando, y qué demonios hacía allí? Estaba a punto de preguntárselo cuando recordó algo más: ¿Rachel, cariño? —Señor

Cantrell…

—Tranquila, no tienes que presentarme a Luke —dijo Cord, tendiéndole la mano—. ¿Qué tal te van las cosas en el Rocking M?

Rachel apretó los dientes e intentó sonreír. No debería sorprenderle que Cord conociese a Luke Harding. La mayoría de los hombres que se dedicaban a la doma de caballos se conocían entre sí. Lo que pasaba es que no se había imaginado que pudiera darse la situación de encontrarse sentada entre dos de los hombres que figuraban en su lista.

Luke miró a Cord con una sonrisa de incomprensión al estrecharle la mano

—No puedo quejarme, ¿qué tal va el Bar None?

—Buscando un adiestrador, según tengo entendido —Cord hizo una señal a la camarera para que les trajera bebidas—. Me he despedido esta misma tarde.

¿Que se había despedido? Rachel se lo quedó mirando estupefacta. Apenas había tenido tiempo de reponerse de la sorpresa de verlo allí y ahora… ¿por qué habría dejado su trabajo? A no ser que… No, no podía ser. Había rechazado su proposición sin contemplaciones.

Entonces, ¡qué estaría haciendo allí? ¿Y por qué demonios se alegraba tanto de verlo?

Rachel pidió una copa de vino blanco con la esperanza de que le ayudase a calmar los nervios y se quedó allí sentada, con cuidado de no rozarse con Cord, mientras él y Luke hablaban de los viejos tiempos. Al parecer, habían trabajado juntos en un rancho en Wyoming.

Quizás debería llamar al resto de los hombres de su lista e invitarlos también a venir, se dijo con desmayo. Así podría acabar con aquel asunto de un plumazo. Entre tantos hombres, seguro que alguno estaría interesado en aceptar, a diferencia del señor Cord Cantrell, claro.

Apenas había vuelto a mirarla desde que se sentó a la mesa, lo que la molestaba sobremanera porque a ella le estaba costando un trabajo enorme dejar de mirarlo a él. Cada detalle de su fisonomía la fascinaba: el efecto de su camisa blanca y de manga larga sobre su piel bronceada, una cicatriz que le cruzaba los nudillos de la mano derecha, las líneas que enmarcaban su boca y que se hacían más profundas al sonreír.

La camarera trajo sus bebidas y Cord le sonrió para darle las gracias. Quizás debiera devolver aquel vestido, pensó tirando del escote. Sólo el olor de él, una mezcla de jabón, crema de afeitar y puro hombre, la estaba poniendo muy nerviosa. Su muslo se estaba rozando

con el suyo, e incluso a través de la ropa, sentir el contacto con él le había acelerado el pulso. Apenas podía respirar teniéndolo tan cerca, pero la pared le impedía moverse.

Había perdido el control incluso antes de empezar, y decidida a recuperarlo y a olvidarse de Cord, sonrió a Luke.

Cord vio el descarado intento de flirteo y experimentó una curiosa mezcla de curiosidad y celos. Era evidente que Rachel no era una mujer que flirteara con asiduidad, pero al mismo tiempo, el vestido que llevaba puesto y cómo llevaba el pelo, como si acabase de levantarse de la cama, llamarían la atención de cualquier hombre. Y a juzgar por la forma en que los ojos de Luke se habían oscurecido tras su sonrisa, iba a tener que intervenir rápidamente.

—Bueno, Luke —dijo con voz fuerte para que el otro hombre lo mirase—, dicen los rumores que el caballo que compraste el año pasado va a ganar el premio en Fort Worth este año.

—Creo que tiene posibilidades —contestó Luke con modestia, pero el orgullo era indiscutible en su mirada. Mientras Luke siguió hablando de su caballo, Cord se recostó en el respaldo de su asiento, satisfecho con haber conseguido cambiar el rumbo de las cosas. Rachel, por otro lado, se quedó inmóvil un instante y después lo miró enfurecida.

—Disculpe —dijo ella, y ambos hombres la miraron—. Siento interrumpirte, pero Cord, me pregunto si no te importaría dejarnos un momento solos. Me gustaría hablar con el señor Harding.

Luke se removió inquieto en su asiento y miró a Cord como si quisiera pedirle permiso. Los domadores de caballos eran muy territoriales, tanto en sus ranchos como con sus mujeres, y aunque Rachel no se había dado cuenta, Cord ya le había dejado claro a Luke que Rachel estaba fuera de su alcance, y la mirada que le lanzó en aquel momento fue sutil pero lo bastante clara.

—Lo siento, señorita Stephens —contestó Luke, al tiempo que se levantaba de la mesa—, pero me temo que tendré que llamarla más tarde. He venido sólo para decir le que había olvidado que tengo otra cita esta noche. Lo siento muchísimo.

—Por cierto —dijo Cord, pasándole un brazo a Rachel por los hombros—, no sé si Rachel habrá tenido la oportunidad de decirte que vamos a casarnos.

Rachel se quedó boquiabierta, e incapaz de decir ni una sola palabra, se limitó a contemplar cómo Luke le estrechaba la mano a

Cord para darle la enhorabuena y cómo después se llevaba el dedo al ala del sombrero para saludarla a ella.

Aquello era ya demasiado.

—¿Se puede saber a qué ha venido todo esto? —le preguntó cuando Luke se alejó.

—¿El qué? —contestó él, tomando tranquilamente un sorbo de cerveza.

-Sabes perfectamente bien de qué te estoy hablando, cariño —replicó con sarcasmo—. Estaba en medio de... una reunión de negocios y me has interrumpido. Quiero saber por qué has venido aquí, y sobre todo, por qué le has dicho al señor Harding que vamos a casarnos. No sé si has olvidado que me diste calabazas, y el señor Harding...

—No es adecuado para ti —la interrumpió, cruzándose de brazos.

—¿Que no es adecuado para mí? —había estado a punto de decirle que había cambiado de opinión, que ya no tenía intención de pedirle a Luke Harding que se casase con ella, pero su arrogancia le hizo pensárselo—. A mí me parece perfectamente adecuado. Y además, eso no es asunto tuyo.

—Lo he convertido en asunto mío —espetó—. Y te digo que con Luke no funcionaría.

—¿Y quién eres tú para decirme una cosa así? ¿El Cupido local? No estoy buscando amor, sino un marido, un socio si quieres decirlo así. Un año, eso es todo. Cuando llegue el momento de elegir un marido de verdad, ya me preocuparé de si es adecuado para mí o no, pero por ahora, Luke Harding me parecía perfecto.

Cord entrecerró ligeramente los ojos, pero Rachel no le prestó atención.

—Así que muchas gracias, señor Cantrell —continuó—. Has conseguido espantar lo que yo consideraba una buena oportunidad para hacer negocios.

—¿Una oportunidad de negocios? ¿Es que el matrimonio se ha visto ya reducido a eso últimamente?

—En este caso, sí —dijo, apartándose de él—. Y de la forma que está resultando lo de esta lista, voy a tener que terminar por poner un anuncio en el periódico. —¿Quién más hay en esa lista? —Eso no es asunto tuyo.

—Rachel —le contestó con impaciencia—, no hay un sólo domador de caballos en trescientos kilómetros a la redonda al que yo no

conozca. Sé cosas sobre ellos que tu investigador no ha podido averiguar; estoy seguro.

Rachel dudó un instante. Precisamente por eso había contratado a un investigador privado: para asegurarse de que ninguno de esos hombres tenía un pasado que pudiera resultar peligroso o inconveniente, pero ¿y si se le había pasado algo por alto? Sin demasiada convicción, abrió el bolso y sacó la lista.

—Bueno —dijo, y se aclaró la garganta—, está Pete

Wilkes en...

—... el rancho de Jensen —concluyó Cord—. Pete es un buen tipo, siempre que no te importe que tenga cuatro hijos en tres estados diferentes.

Rachel tragó saliva. En el informe no aparecía nada de eso.

—También está Wes Smith en el W Oak... —Es el primer tipo al que invitarías a una fiesta —intervino de nuevo—. Conoce a todas las mujeres que viven desde aquí a Abilene. Rachel apretó los labios. —Jim Atwood en el...

Cord masculló algo entre dientes y le quitó la lista de las manos antes de volverse a ella y sujetarla por los hombros.

—Los hombres como Atwood utilizan el látigo por placer —dijo entre dientes—. Y no le importa si es con un caballo o con una mujer —añadió, y la soltó—. ¿Qué clase de investigador contrataste? ¿Senil o ciego?

Su explosión la había asustado. La había hecho sentirse como una niña, una cría tonta y absurda.

—Pues tú también estabas en esa lista, Cord —espetó—. ¿Qué es lo que debería saber sobre ti que no está en el informe?

—Cada hombre tiene su lado oscuro, Rachel —contestó mirándola a los ojos—. Y yo no soy una excepción. Tú quieres salvar tu rancho, y yo puedo ayudarte a conseguirlo. Tendrás que confiar en mí si te digo que ni te haré daño ni te pondré en ridículo.

Algo le decía en su interior que Cord Cantrell era la peor elección que podía hacer. Era un hombre que le daba miedo, pero no un miedo que tuviese que ver con la violencia o la depravación, sino con la forma en que se le aceleraba el pulso cada vez que él la miraba y la electricidad que se disparaba por todo su cuerpo cada vez que la tocaba. No sabía cómo iba a poder controlar esos sentimientos con un hombre como él.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —le preguntó, y él sonrió.

—Que una mujer tan preciosa como tú le pida a uno en matrimonio no es algo que ocurra todos los días, Rachel. Una vez que recuperé el valor, vine hasta aquí. No estabas en la habitación del hotel, pero tu camioneta estaba aparcada delante, así que supuse que debías andar cerca. Ella asintió y tomó un sorbo de vino. —Dime, Cord, ¿qué le pasaba al señor Harding? Cord sonrió. —Que le falta carácter. Rachel se echó a reír. —Y eso es algo que tú sí tienes, ¿eh? —Puedes apostar lo que quieras a que sí.

—Si te casas conmigo, eso es precisamente lo que estaré haciendo.

—Entonces, ¿la oferta sigue en pie? —le preguntó mirándola.

—La oferta sigue en pie, vaquero —contestó, sin apartar la mirada de sus ojos.

Cord levantó su copa y brindó con ella.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

TRES

Por el poder que me ha sido conferido, yo os declaro marido y mujer.

Cord se quedó mirando al juez Wooder y después tragó saliva. Casado. Casi sin poder creérselo, bajó la mirada y vio la mano de Rachel en la suya. Tenía los dedos helados y entrelazados con los suyos, y la alianza de oro la señalaba como su esposa.

Su mujer.

Una de las testigos, la encargada de la recepción del juzgado, con aspecto de abuela, le sonrió alegremente y la otra testigo, una morena delgada y larga como un poste de teléfono se los quedó mirando con la misma expresión de un ternero.

Las paredes del juzgado parecieron encoger de pronto.

—¿No va a besar a la novia? —le preguntó el juez, mirándolo por encima de la montura de sus gafas.

¿Besar a la novia? ¡Maldita sea! ¡Si se sentía como un crío en su primera cita! Cord miró a Rachel, que tenía la vista clavada en su pecho. Incluso con tacones, su cabeza apenas le llegaba a la altura de la barbilla. El traje de chaqueta que llevaba era bastante formal, diseñado para transmitir la sensación de confianza, de éxito. Una buena elección. Al fin y al cabo, aquello no era más que una transacción de negocios. Una fusión, por decirlo de alguna manera. Incluso él había sacado del armario su único traje para la ocasión. Entonces, si todo aquello no era más que negocios, ¿por qué se estaba preguntando si bajo aquel exterior tan digno de Rachel, habría encaje y seda, piel suave y caliente?

Rachel tenía la mirada clavada en los diminutos lunares grises de su corbata. Estaba hecha un manojo de nervios, y que Cord dudase en besarla estaba poniéndola aún peor. Durante los tres días que habían tenido que esperar para conseguir la licencia matrimonial, se había pasado el tiempo entre intentando encontrar la forma de decirle que había cambiado de opinión, y preocupándose porque el que hubiera cambiado de opinión hubiera sido él. Cuando aquella mañana lo había visto aparecer delante del juzgado, a la hora en punto, hasta se había sorprendido, pero no tanto cuando la había puesto un anillo en el dedo

hacía tan sólo un instante. El gesto le había llegado al corazón, y también le había hecho sentirse incómoda, porque ella no le había comprado anillo a él.

El traje gris marengo también le había sorprendido. A no ser por las botas y el Stetson se parecía a cualquiera de los poderosos ejecutivos que había conocido, y no a un vaquero que se ganase la vida en un trabajo físico y duro. Aunque estaba muy guapo, la verdad era que le gustaba más en vaqueros.

El juez carraspeó.

—He dicho que puede besar H la novia.

—Ah... ah, sí —murmuró Cord, y se volvió hacia ella, la sujetó por los brazos y la acercó.

El corazón le golpeaba furioso el pecho y el estómago le dio un vuelco.

«¡Dios mío, ahora no!», gimió Rachel, sujetándose el estómago, y su mirada de terror detuvo a Cord.

—¿Tienen lavabo aquí? —le preguntó al juez pálida y con los ojos desmesuradamente abiertos.

El hombre se limitó a señalar a una puerta que había a su espalda, y Rachel salió corriendo con una mano en la boca.

Todos los ojos se quedaron mirando la puerta del baño. El juez miró a Cord arqueando las cejas.

—Se pone así por las mañanas —explicó Cord—. El médico le ha dicho que se le pasará en un par de semanas.

Antes de que el juez pudiese contestar, Rachel salió del baño con la cara roja como la grana.

—Perdón —murmuró, y rápidamente tomó su bolso.

—Vamos a que te dé un poco el aire, cariño —Cord la cogió por el brazo y sonrió a las testigos, que lo miraban boquiabiertas—. Señor Juez —dijo, extendiendo una mano—, le agradecemos mucho que nos haya hecho un hueco con tanta rapidez.

El juez asintió y le estrechó la mano.

—Espero que se encuentre mejor muy pronto —le dijo a Rachel—. A mi mujer le ocurrió lo mismo con el tercero de los chicos. La pobre no pudo probar bocado durante meses.

Rachel se lo quedó mirando atónita, pero antes de que pudiera decir nada, Cord la sacó de la habitación.

—¿Pero qué es lo que le has dicho?

—¿Que qué le he dicho? Nada.

—¿Y por qué será que no te creo? —le preguntó, cruzándose de brazos.

—¿Y esa es forma de empezar nuestro matrimonio, señora Cantrell? ¿Dudando de la palabra de su marido? —dijo, sonriendo.

Señora Cantrell. Había estado tan preocupada por otro montón de cosas que se había olvidado del pequeño detalle del cambio de nombre. Ahora era Rachel Cantrell. La señora de Cord Cantrell. La habitación empezó a darle vueltas y antes de que pudiera protestar, Cord le pasó un brazo por los hombros y la hizo sentarse en una de las sillas del recibidor.

-¿Qué te pasa, Rachel? No estarás... -¿Qué? — Embarazada.

—¡No! —se llevó una mano a la cara y sintió lo frías que tenía las mejillas. La maternidad no era algo por lo que tuviera que preocuparse —. Claro que no.

—Entonces, ¿qué te ha pasado ahí dentro? No es exactamente un cumplido para el novio que la novia tenga que ir al baño casi sin acabar la ceremonia.

—Yo... lo siento —dijo, sintiendo cómo el rubor le subía por el cuello—. A veces, cuando me pongo nerviosa... El estómago se me revuelve con facilidad.

Cord se la quedó mirando con expresión pensativa.

—¿Desde cuándo no comes nada?

—Eh... he tomado café esta mañana y...

—Lo que yo me imaginaba. ¿Y cuánto has dormido mientras esperábamos que la licencia estuviera preparada?

¿Dormir? Intentó recordar. Una cabezada aquí y allá.

—Cord, de verdad, no sé qué...

—Vamos —dijo, y tiró de ella—. Hay una cafetería aquí mismo; voy a darte de comer primero y después a meterte en la cama.

¡En la cama! Rachel clavó los pies en el suelo.

—Tenemos un acuerdo, Cord —intentó soltarse de él, pero Cord la sujetó con más fuerza—. Sólo porque esté cansada y no pueda pensar con claridad, no quiere decir que puedas cambiar las cosaí cuando te plazca —espetó, pero al mirarlo, se dio cuenta de que tenía más marcadas las pequeñas arrugas alrededor de los ojos. Debía estar tan cansado como ella.

—Mujer de poca fe —suspiró, y acercándola a él, le hizo levantar la

barbilla—. Rachel, cariño —le dijo en voz baja—, si llegamos a meternos bajo las sábanas juntos, ten por seguro que no será cuando estemos tan cansados que no podamos hacer nada —un escalofrío le recorrió a Rachel la espalda cuando le recorrió la línea de la mandíbula —. Y puedes apostar lo que quieras a que no pienso arrastrarte gritando y pataleando.

Rachel se quedó sin palabras y mientras él la conducía más allá de las puertas de cristal del tribunal, hacia el restaurante, se preguntó si de verdad sabía dónde se había metido.

Estaba oscuro cuando por fin se despertó. Desorientada, parpadeó varias veces intentando recordar dónde estaba y volvió a cerrar los ojos cuando lo recordó todo: la boda, la comida un tanto extraña con Cord, su preocupación tan amable al llevarla de vuelta al hotel e insistir en que se metiera en la cama. La verdad era que su tono había sido más paternal que otra cosa, y no había podido resistirse ni a sus ojos azules ni a su sonrisa.

¿Pero por qué estaría todo tan oscuro? Cord debía haber corrido las cortinas de plástico para que no pasara la luz. A tientas buscó el despertador de la mesilla y le dio la vuelta. ¡Las ocho!

¡Llevaba siete horas durmiendo!

Rachel se pasó las manos por el pelo revuelto y bajó las piernas de la cama. Sabía que el nerviosismo de los tres días que habían estado esperando la licencia matrimonial y la boda en sí habían hecho mella en ella, pero jamás dormía hasta medio día. Era ridículo. Había tenido la intención de descansar una hora más o menos y después hacer las maletas para estar preparada cuando Cord volviese del Bar None con sus caballos. Tenían unas tres horas de camino hasta Sweetwater y podrían haber llegado antes del anochecer. ¿Por qué no la habría despertado?

De pronto, con un escalofrío, se le ocurrió pensar que quizás no volviese. Tomó la almohada y la abrazó, y esperó un momento antes de levantarse y acercarse a la ventana para descorrer las cortinas y mirar hacia el aparcamiento.

Su camioneta estaba aparcada junto a la suya, con un carrito de transporte de caballos, y cerró los ojos y suspiró.

-¿Qué creías... —se dio la vuelta al oír la voz de Cord—. ¿Que había salido huyendo después de la boda?

—¡Cord! Me has dado un susto de muerte.

Su forma no era más que una sombra en una esquina de la habitación sentado en un sillón. Cuando se levantó para acercarse, Rachel se resistió al deseo de retroceder. Había vuelto a ponerse sus vaqueros y una camisa limpia.

—No has contestado a mi pregunta.

—Bueno… la verdad es que se me ha pasado un instante por la cabeza.

Rachel fue a encender la luz, pero él le sujetó el brazo y con la otra mano le quitó la almohada y la tiró sobre la cama. Sabía que debería estar asustada, sola en un hotel con un hombre al que no conocía, pero no era así.

—La verdad es que lo he pensado —le dijo, tomándole la mano—. Te mentiría si no admitiese que este matrimonio me asusta.

Cord vio la sorpresa en los ojos somnolientos de Rachel. La luz del aparcamiento la iluminaba y por un instante miró sus manos entrelazadas. Qué pequeños eran sus dedos y qué piel tan suave. La luz se reflejó en la alianza que pareció hacerle un guiño.

Había estado a punto de marcharse. Después de haber recogido sus cosas y de tener los caballos cargados, se había sentido más libre de lo que se había sentido en mucho tiempo, y la tentación de tomar la carretera hacia el norte, de vuelta a Montana, había sido fuerte.

Pero entonces había recordado a Rachel, durmiendo confiada en el hotel, esperando que volviese, y había tomado dirección sur.

—Aún puedes cambiar de opinión —le dijo ella—. No voy a retenerte en este… acuerdo si tú no quieres.

Su voz, profunda y seductora, lo revolvió por dentro. Ahí estaba él, preguntándole si confiaba en él, cuando ni siquiera él confiaba en sí mismo.

—Tenemos un trato, socia —dijo, y la soltó para encender la luz. Verla descalza, con la falda arrugada y la blusa desabrochada hasta el escote le puso un nudo en la garganta—. Ya no podemos echarnos atrás. ¿Cómo es ese refrán…? Nosotros mismos nos hemos hecho la cama, así que no tenemos más remedio que acostarnos en ella. —Figurativamente hablando, claro —contestó ella. —Claro.

—Cord… quiero darte las gracias por el anillo. No lo esperaba.

La dulzura de su mirada le hizo tragar saliva y se encogió de hombros.

—Bueno, no quedaría bien una mujer casada y sin anillo. No

queremos que la gente murmure, ¿verdad? Rachel se echó a reír.

—Me temo que eso no va a haber forma de evitarlo, aunque también es verdad que será mejor no echar más leña al fuego. Teniendo en cuenta las circunstancias, antes de que acabe el día de mañana tendremos todo un incendio.

Los dos sonrieron.

—¿Por qué no me has despertado? —le preguntó—. Podríamos estar ya en casa.

En casa. Era una palabra a la que él no estaba acostumbrado, y se asomó a la ventana para mirar su camión. —Ni una explosión te hubiera despertado, Rachel. Al entrar he hecho tanto ruido que hasta un muerto se habría despertado, y tú ni siquiera te has movido —dijo, y volvió a darse la vuelta—. Para mí también ha sido un día muy largo, y me gustaría comer algo antes de dormir un rato. Ya he dicho en recepción que nos vamos a quedar una noche más. Mañana por la mañana tranquilamente podremos marcharnos.

¿Mañana por la mañana? ¿Dormir en la misma habitación? Rachel miró la cama de matrimonio primero y después a Cord.

—Eh, bueno... de acuerdo. De todas formas yo ya he dormido bastante, así que si quieres usar la cama, puedes hacerlo —dijo, y se rascó con nerviosismo la nuca—. Yo puedo acomodarme en el sillón y... leer o algo así.

Hacía mucho tiempo que no se encontraba con una mujer que enrojeciera y le resultaba encantador y hasta provocativo, y el hecho de que le hubiera ofrecido a él la cama siendo tan evidente que le hacía falta una buena noche de sueño, era igualmente encantador. Miró las sábanas revueltas y se la imaginó a ella tumbada allí, vestida con algo de seda y encaje, como una novia de verdad, y la sangre se le convirtió en fuego. Aunque aceptase su oferta, en aquella cama no podría ni pegar el ojo. Oler su aroma en las sábanas y saber que estaba allí mismo, a tan sólo unos metros de distancia, y dormir sería lo último que tendría en la cabeza.

—Gracias por la oferta —dijo, e hizo un gesto hacia su camión, pero tendré que atar los caballos detrás del hotel, así que dormiré en el camión.

Rachel se acercó a la ventana.

—Podríamos haberlos recogido mañana.

—Bueno, mi antiguo jefe estaba digamos... perturbado por mi

marcha tan repentina, y ha sido muy claro sobre a dónde podíamos irnos mis animales y yo.

Cord no mencionó que lo que de verdad había enfurecido a su antiguo jefe era que hubiese roto todos los látigos que había en Bar None. La pena era no haberle roto alguno a él en la cabeza.

—Así que será mejor que coihamos algo antes de volver a meternos en el saco —sugirió, y después de mirar a su camión, sonrió—. Literalmente hablando.

Rachel se echó a reír.

—Me da la impresión de que lo único que has hecho desde que nos casamos ha sido darme de comer, señor Cantrell. A este paso, voy a engordar.

Rachel se puso unas sandalias planas y se estiró la ropa mientras Cord pensaba que precisamente darle de comer no era todo lo que hubiera querido hacer. Pero un trato es un trato, se dijo mientras ella se ponía la chaqueta y él no podía evitar ver cómo sus pezones se marcaban bajo la seda de su blusa.

Al menos, siguió pensando mientras le abría la puerta al pasar, un trato es un trato hasta que las dos partes deciden que deja de serlo.

A la mañana siguiente, Rachel recogió sus cosas mientras Cord se duchaba. Después de pasarse la noche casi sin dormir preocupándose por cómo iba a explicar un matrimonio tan repentino, estaba cansada, ansiosa e irritable. Desde luego ya sabía que tendría que pensar en alguna historia para explicar de dónde había sacado un marido, pero ahora que lo tenía, parecía haberse quedado sin palabras.

—¿Y dónde os conocisteis? —se preguntó en voz alta, fingiendo ser uno de los trabajadores del rancho.

Buena pregunta. Todo el mundo había creído que estaba en Dallas por un asunto de negocios. —En una subasta en Dallas.

Eso parecía plausible, sobre todo teniendo en cuenta que Earl había despedido a su último entrenador. Tenía sentido que ella tuviera interés en conocer a uno, pero casarse con él era un asunto completamente distinto. Lo mejor sería dar respuestas cortas. Las posibilidades de meter la pata serían menores.

--¿Y os habéis casado conociéndoos sólo cuatro días? —se preguntó en tono de incredulidad.

-Ha sido amor a primera vista —se contestó—. No pudimos evitarlo.

Sí, claro; y después van, y se lo creen. ¿Cómo iba a salir de aquel

enredo? Iba a ser evidente a los ojos de cualquiera que no estaban enamorados.

Lo único que tenía que agradecer era que Earl iba a quedarse en California una semana más. Sabía que se pasaría por el rancho de vuelta a su casa, un chalé de última moda al que se había mudado después de su tercer divorcio. No sabía cómo iba a reaccionar ante aquel repentino matrimonio, pero sabía que no muy bien, y con un suspiro, metió en la maleta el traje que había llevado el día anterior, y con dedos algo temblorosos, le estiró las arrugas.

Miró entonces la puerta del baño y oyó el agua correr, y una imagen del agua cayendo sobre unos hombros musculosos se apareció ante sus ojos.

Se sentía atraída por Cord, pero ¿qué mujer no lo estaría? Pero tener algo con él más allá de su acuerdo estaba fuera de toda posibilidad. Estaba encantada con su independencia, con no tener que darle explicaciones a nadie. Una mujer podía perderse muy fácilmente en una relación y pensar con el corazón o con el cuerpo en lugar de con la cabeza. Su rancho estaba en juego y eso era todo lo que importaba.

Además, Cord se marcharía dentro de un año y ella no era de esa clase de mujeres que tienen un romance tras otro. Había tenido muchas ofertas desde la muerte de Michael, e incluso alguna antes del accidente, pero no quería complicaciones, nada a lo que atarse. Al menos hasta que el rancho no volviese a funcionar en condiciones. Después ya tendría tiempo de pensar en matrimonio y en niños, y esa idea la hizo sonreír. Un rancho como el Circle T necesitaba un montón de niños.

Mientras tanto, no había razón por la que Cord y ella no pudieran llevarse bien durante ese periodo de tiempo. Ser amigos. No estaba dispuesta a permitir que la atracción que sentía por él interfiriera en sus planes. Ya se las arreglaría para evitarlo durante un año. La casa era grande y los dos iban a tener mucho trabajo. Seguro que ni siquiera se veían. Un año iba a pasarse en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando el agua de la ducha dejó de caer, oyó a Cord silbar mientras se secaba, y de pronto la puerta se abrió y asomó la cabeza y la mitad de su cuerpo.

—¿Tienes pasta de dientes? —le preguntó—. He olvidado la mía.

Su pelo negro, brillante por el agua, estaba peinado hacia atrás, y el agua le resbalaba por la frente y el cuello.

Del baño salía el vapor de la ducha a sus espaldas y llevaba una toalla anudada alrededor de las caderas, pero Rachel se negó a mirar más allá del brillo de sus hombros. Cuando sacó su bolsa de aseo de la maleta, la mano le tembló, y le tiró la pasta sin mirarlo a los ojos, y hasta que no volvió a desaparecer en el cuarto de baño, no dejó escapar la respiración que había estado conteniendo.

Pasta de dientes. Le había pedido la pasta de dientes con tanta naturalidad como si de verdad estuvieran casados. Bueno, casados como la gente normal. La idea de que Cord utilizase su pasta de dientes le produjo una extraña sensación en la boca del estómago. Sabía que sólo podían ser sus nervios, pero aun así, se sentía agradecida de que fuesen a hacer el viaje en coches distintos. Tres horas para calmar sus nervios y decidir cómo iba a explicar la repentina aparición del señor Cantrell.

Quince minutos más tarde habían salido del hotel y estaban en camino. Dos horas más tarde, pararon a comer algo y a darle agua a los caballos, y en una hora más, cogieron la carretera que conducía al Circle T.

En casa. Era como tomarse un buen trago de whisky. Se sentía bien por dentro, y de pronto supo, sin ninguna clase de dudas, que había hecho lo correcto. No importaba lo que ocurriese después: salvar el rancho era lo único verdaderamente importante para ella.

Incapaz de contener su excitación, detuvo el coche en la cuneta, paró el motor y se bajó, y con una enorme sonrisa, corrió hasta la camioneta de Cord.

—Vamos, vaquero —le dijo, abriendo su puerta incluso antes de que hubiera parado el motor—. Voy a enseñarte lo que es un rancho de verdad.

El entusiasmo de Rachel lo sorprendió. Siempre se había mostrado reservada y tranquila, y nunca la había visto mostrar tan abiertamente sus emociones. Le gustaba el cambio. A pesar del cansancio del viaje, tenía los ojos brillantes y las mejillas arreboladas por la emoción. Y su sonrisa, tan generosa como espontánea, lo contagió de tal manera que se encontró sonriendo, disfrutando de antemano de lo que fuera a enseñarle.

Se bajó de la camioneta, o para ser más exactos, se dejó arrastrar por Rachel, y miró a su alrededor.

—A que es precioso, ¿en? —susurró ella, y se soltó de él para

alejarse unos pasos y mirar a su alrededor.

Era una llanura despejada y salpicada de robles y arbustos. Echándose el sombrero hacia atrás, miró al cielo de un azul profundo, adornado en la distancia con regor-detas nubes blancas.

—¡Mira! —exclamó ella, señalando con el dedo un halcón que se lanzaba sobre una posible presa y que volvió después a elevarse con las garras vacías—. ¿Ves lo que te decía?

Pues la verdad era que no lo veía. Era una propiedad bonita, pero se parecía a los otros muchos ranchos que había visto en su vida. Quizás Rachel no había visto otros, pensó.

—Es bonito —dijo.

Rachel se acercó a él con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—Es más que bonito —le contestó, con tanta intensidad que Cord arqueó las cejas—. Es mío. Y tan pronto me deshaga de Earl, nadie, absolutamente nadie va a decirme cómo debo llevarlo.

Y tras dar media vuelta, se subió en su camioneta y salió disparada, levantando la grava con las ruedas. Cord se la quedó mirando atónito, preguntándose qué demonios le habría pasado. ¿Alguna vez llegaría a comprender a las mujeres? Mujeres... Qué demonios, sería feliz si pudiera comprender al menos a una.

Había estado muy callada desde que habían salido del hotel. Su única conversación había sido cuando le había pedido que la dejase a ella hacer las presentaciones y dar las explicaciones pertinentes cuando llegaran al rancho. El había estado de acuerdo, y apenas había vuelto a pronunciar palabra después. Parecía... tensa, y la verdad era que resultaba comprensible. Al fin y al cabo, estaba llevando a un completo extraño a su casa, pero aun así, tenía la sensación de que había algo más. Algo que no parecía capaz de identificar.

Volvió a subirse a la camioneta y cuando había andado unos quinientos metros de camino polvoriento, vio la casa. Era una vivienda de estilo español, con el tejado rojo de tejas árabes y un porche cubierto y sujeto por arcos. La casa era grande y estaba rodeada de césped y robles. Un poco más allá estaban los establos y dos pistas, además de varias casas más pequeñas que debían ser para los trabajadores del rancho.

Rachel le indicó por la ventanilla de su camioneta dónde debía aparcar.

—Vamos a entrar un momento —le dijo ella cuando hubo aparcado

—. Después te acompañaré a los establos para ayudarte a instalar tus caballos.

Cord detuvo el motor y la siguió por el camino de losas que llevaba a la entrada. Una cesta con flores amarillas llamó su atención. Parecía un hogar de verdad, pensó. Al menos era como él se había imaginado que debía ser.

Rachel se volvió hacia él en la puerta y sonrió con incertidumbre.

—Le pedí a Judy, la mujer de mi capataz, que se ocupara de las cosas de la casa mientras yo estaba fuera, pero ahora estará en su casa preparando la cena así que estaremos solos.

Cord se dio cuenta de que estaba intentando decirle que por ahora no iban a tener que explicarle a nadie quién era. Es más: tenía la impresión de que se habían detenido en la casa para que ella tuviera ocasión de acumular el valor suficiente para llegar después a los establos y encontrarse con sus empleados. Y al verla abrir la puerta con las mejillas sonrosadas, un irresistible deseo se apoderó de él y la tomó en sus brazos.

—¡Cord! ¿Qué estás haciendo?

Él sonrió.

—¡Qué voy a hacer! Pues pasar el umbral de la puerta con mi mujer en los brazos —le dijo, empujando la puerta con la punta de la bota. Que me ahorquen si estas curvas no están tan bien aquí en mis brazos como me parecía que podían estarlo al mirarlas.

Rachel se echó a reír con nerviosismo.

—Cord, de verdad, no tienes por qué hacer esto; no es como si...

Pero Cord la interrumpió besándola en los labios.

CUATRO

No podía moverse. La estaba besando con tanta intensidad que la había dejado paralizada. Su beso había abierto una presa de sentimientos que ahora corrían libremente por su interior: sorpresa, excitación, temor… y deseo. Hacía tanto tiempo que no la abrazaba ningún hombre, y tanto tiempo desde que ella había deseado que lo hiciera. Aquella situación no tenía ninguna lógica; sólo una peligrosa necesidad que había acelerado su corazón y su respiración.

Aún con ella en los brazos, Cord cerró la puerta con un pie y lentamente la bajó al suelo, dejando que sus cuerpos se rozasen el uno contra el otro hasta que sus pies tocaron el suelo. La pasión crepitó entre ellos como una corriente eléctrica. Desde la primera vez que lo vio, había sabido que si alguna vez llegaba a haber algo entre ellos, sería así: salvaje, irreflexivo e indomable.

Cord susurró algo incoherente y la empujó contra la puerta para sujetarla por las nalgas y apretarla íntimamente contra él. Sentir su deseo la excitaba, pero al mismo tiempo la asustaba. Iba demasiado deprisa y Rachel quiso separarse, pero él la apretó con más fuerza y la besó aún más apasionadamente, lo que atizó el fuego que ya había dentro de ella. Jamás la habían besado de aquella manera; nunca había experimentado aquel abandono. Le había rodeado el cuello con los brazos y su sombrero había caído olvidado al suelo.

Desde el primer instante en que probó sus labios, Cord olvidó su propósito inicial. Jamás había imaginado que ella iba a responderle así, que iba a ser tan suave y tan dulce, tan complaciente. La sujetaba firmemente contra su cuerpo, pero se resistió al deseo de moverse como su cuerpo le pedía, y sintió, más que oyó, su gemido de abandono. ¡Maldita sea! Estaba perdiendo el control, y no podía permitirlo. Y menos en aquel momento.

Con alguien que los observaba.

El carraspeo de una voz masculina dejó paralizada a Rachel. Por un instante aquella intrusión la irritó, pero después, cuando la realidad volvió a abrirse paso en su conciencia, se aferró a los hombros de Cord aterrorizada.

A pesar de aquella inesperada visita, Cord no quería dejarla

marchar.

—Más despacio, cariño —le susurró—. Tenemos compañía.

Rachel palideció primero, y después se puso roja hasta la raíz del pelo, y como quien no quiere la cosa, Cord se dio la vuelta hacia donde ella miraba. De pie en una de las puertas, a escasos metros de ellos, había un hombre alto de cabello oscuro y escaso. La expresión de su rostro bronceado era de ira, tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados. La postura era claramente intimidadora. Parecía querer decir que aquel lugar y Rachel le pertenecían, y a Cord no le gustó nada aquella mirada.

No cabía duda, sin que nadie se lo dijera, de que aquel era el cuñado, Earl, el hombre que había empujado a Rachel a buscar un marido. Al parecer regateaba hasta el último céntimo para el rancho, pero era evidente que no para él. Parecía acabar de salir de una revista de moda para hombres: camisa blanca recién planchada, pantalones de color crudo e impecables zapatos de vestir. El brillante que lucía en sus manos de manicura perfecta serviría para comprar heno durante cinco años.

El instinto le empujó a pasar un brazo por los hombros de Rachel al darse la vuelta para enfrentarse a Earl.

—Earl… —Rachel se pasó la mano por el pelo—. Creía que… que estabas todavía en California.

—Es evidente.

La mirada de Earl y la de Cord se encontraron.

Hubo un momento de silencio que a Rachel le pareció toda una eternidad. Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Aún no se había recuperado del beso de Cord que la acababa de arrollar como un tornado, cuando tenía que enfrentarse a Earl y explicarle lo de su matrimonio tan repentino.

Mil mariposas le bailaron en el estómago cuando Earl salió al recibidor. Iba a descubrirlo todo, lo sabía. Se daría cuenta de por qué se había casado con Cord y como el perro de presa que era, lucharía por recuperar el control. Era muchas otras cosas, pero no un cobarde. Pero ella tampoco lo era. Ya no. Inspiró aire profundamente y cuadró los hombros. Tranquilízate. Manten el control. Eso era lo que Michael le había enseñado.

Se obligó a sonreír alegremente y se cogió de Cord por la cintura.

—Earl, quiero que conozcas a Cord Cantrell —tragó saliva—. Mi

marido.

Rachel vio cómo Earl lo comprendía todo casi inmediatamente, y la sorpresa dejó paso a la ira. -¿Qué?

—Nos hemos casado ayer —Rachel apoyó la mano en el pecho de Cord para mostrar la alianza, y el rítmico latido de su corazón le ayudó a tranquilizarse.

-¡Casados! —exclamó Earl, casi como si escupiese la palabra—. No he estado fuera más que una semana ¿y te has casado? —su mirada se endureció al mirar a Cord—. ¿Y con él?

La forma de pronunciar la palabra él le hizo parecer una especie de insecto al que nadie tendría reparos en pisar, y la tensión humedeció las palmas de las manos de Cord.

—Earl, no es necesario que...

—Rachel —la interrumpió él—, me gustaría tener unas palabras contigo en el despacho.

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta.

Rachel apretó los dientes. Le enervaba no sólo que hubiera dicho el despacho en lugar de tu despacho , sino que diera por sentado que iba a seguirlo sin rechistar. Pero claro, ¿no era eso lo que siempre había hecho? Cerró los ojos y soltó aire lentamente. Quizás fuese mejor hablar con Earl a solas. La expresión asesina de Cord no iba a causarle más que problemas. Lo último que necesitaba en aquel momento eran dos toros dispuestos a embestirse el uno al otro.

Hizo ademán de seguir a Earl, pero Cord la sujetó por un brazo con firmeza, con posesividad.

—Señor Stephens.

La serenidad fría de la voz de Cord dejó parado a Earl, que se dio la vuelta lentamente.

Sea lo que sea lo que tenga que decir —dijo, acercando a Rachel contra su costado—, puede decirlo aquí.

Rachel miró a Cord e intentó disimular. Nadie que los viera podría tragarse lo de la parejita feliz. ¡Maldita sea! ¿Por qué todos los hombres ponían tanto empeño en hacer las cosas a su manera?

Earl volvió a salir al recibidóV

—Te mueves con rapidez —le dijo—. ¿La convenciste de que se casara contigo antes o después de saber quién era?

Cord se quedó inmóvil, y apretó con fuerza el hombro de Rachel antes de soltarla para dar un paso hacia Earl. Ella apretó los dientes,

furiosa por estar en medio de aquella lucha de poder entre Cord y Earl. Le había dicho a Cord que quería hacer las cosas a su manera, pero no, como el machista que era, tenía que hacer las cosas como quisiera él.

—Cord, por favor —le rogó, poniéndole una mano sobre el pecho, pero él siguió mirando, implacable, a Earl.

—Lo que Rachel es ahora es mi mujer, y será mejor que no lo olvides antes de que sigamos hablando.

Earl apretó los dientes, evidentemente callándose la respuesta

—No creo que puedas culparme por estar sorprendido, Rachel —le dijo a ella—. Hace mucho tiempo que somos familia, y esta... noticia me ha dejado algo perplejo. Desde la muerte de Michael, tu bienestar ha sido siempre mi primera preocupación.

Fue difícil contener la risa. Rachel sabía bien que el único bienestar que le preocupaba a Earl era el suyo propio y el balance de la cuenta de resultados. Lo único que pretendía con aquel comentario era cambiar de táctica. Cuando la intimidación no funcionaba siempre tiraba de sus sentimientos. Lo que venía a continuación era el discurso de sólo estoy haciendo lo que Michael hubiera querido que hiciese.

—Agradezco tu preocupación, Earl —le contestó—, y siento no haber podido ponerme en contacto contigo. Es que todo ha ocurrido tan... rápido.

Rachel vio temblar un músculo en la mandíbula de Cord al oírla disculparse. Earl no iba a escuchar ni una sola palabra de lo que le dijese teniendo enfrente a Cord con aquel gesto.

—Cord, cariño —dijo, volviéndose a él con una sonrisa en los labios —, sé que tienes que acomodar a los caballos. ¿Te importa si me quedo aquí a hablar con Earl? Sam, mi... nuestro capataz puede ayudarte y yo estaré contigo en unos minutos.

Los ojos de Cord se volvieron del color del mar durante una tormenta.

—Claro, cariño —su rostro perdió toda expresión—. Saldré a conocer al resto de los empleados.

Rachel se encogió. No había pretendido hacer que Cord se sintiera un empleado, pero él parecía haberlo entendido así, y tras darle un beso en los labios, levantó su sombrero del suelo y miró con el ceño fruncido a Earl.

—Señor Stephens.

Lo vio cerrar la puerta y quiso seguirlo, explicarle, pero Earl se

había puesto a su lado y la sujetaba por un brazo.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Pareces un poco pálida.

¿Que si estaba bien? se repitió, resistiendo las ganas de soltar una carcajada. Estoy casada con un hombre al que conozco exactamente hace cuatro días para poder deshacerme de ti, ¿y me preguntas si estoy bien?

—Claro que estoy bien. Sólo un poco cansada, eso es todo.

Earl la sujetó por los hombros para ponerla frente a él.

—Rachel —le dijo con expresión triste—, quiero que me contestes a una pregunta, y que me contestes con sinceridad: ¿por qué te has casado con ese hombre?

Cord aparcó el camión con los caballos junto a los establos, dio un tirón del freno de mano y paró el motor. Se sentía fatal. Más: se sentía como un completo idiota. ¿Qué demonios le habría pasado para reaccionar así? Hacía tan sólo unas horas, había accedido a que fuese Rachel quien hiciese las presentaciones y diera todas las explicaciones, pero en cuanto Earl había abierto su bocaza, algo se había cortocircuitado en su interior. Sir Galahad al rescate.

Menudo rescate.

Lo único que había obtenido con su galantería había sido el rechazo de Rachel. Quizás un rechazo muy educado, pero rechazo al fin y al cabo. Como si fuese un empleado que hubiese olvidado cuál era su puesto.

Aunque, en realidad, ¿no era precisamente eso lo que era él? Y desde luego había perdido los papeles al besar a Rachel.

Al entrar al recibidor había percibido la presencia de alguien y la había besado para evitar que a ella se le escapara decir que no estaban casados de verdad. Pero con lo que no había contado había sido con su respuesta. Aquella mujer era pura pasión, y Dios... qué dulce sabía. Más dulce que ninguna otra mujer, y más suave. Cuando se había apretado contra él, le había hecho perder por completo el control, y como si fuese un caballo salvaje, había seguido montándolo deseando que nunca llegase el fin.

Había maldecido a Earl por estar allí, por interrumpir. Pero si no hubiera estado, no habría besado a Rachel, razón de más para detestar a Earl. Ahora que sabía cómo era el calor que latía en ella bajo su fachada de serenidad, ¿cómo se las iba a arreglar para no volver a tocarla? —¿Puedo ayudarte en algo, vaquero? Aquella voz grave lo

sobresaltó. Un hombre de pelo gris y un rostro surcado de arrugas estaba en la ventanilla del camión.

—Si se llama usted Sam, sí que puede. —Pues a no ser que esté buscando a alguien que le preste dinero o que le pague una deuda, ese soy yo.

Cord sonrió y se bajó del coche para estrechar su mano.

—Cord Cantrell. Rachel me dijo que preguntase por usted para acomodar mis caballos.

Sam estrechó su mano con las cejas arqueadas. —¿Lo ha contratado? -Algo así.

El capataz siguió a Cord a la parte trasera del camión. —Su nombre me resulta familiar —dijo, rascándose la nuca, hasta que de pronto, abrió los ojos de par en par—. jCord Cantrell! Ahora lo recuerdo. El año pasado estuvo a punto de ganar en Fort Worth Futurity. Lo vi montar ese alazán suyo... ¿cómo se llamaba?

Montana Moon.

Cord abrió la puerta del remolque. —¡Eso! Montana Moon —el hombre sonrió abiertamente-. ¡Montó esc caballo mejor que el mismísimo diablo! Sonriendo también, Cord se subió al camión, le puso una cabezada a Montana y lo sacó. Sam silbó apreciativamente al ver al animal.

—¡Vaya! ¡Qué preciosidad!

Después bajó a su última adquisición, de nombre Sas-safras Lady, pero él había decidido llamarla simplemente Lady.

Después de darles agua, Sam llevó a los animales a una de las pistas para que pudieran estirar un poco las piernas y le mostró a Sam dos de las casillas vacías donde podía acomodarlos. Mientras Cord cubría el suelo con serrín, Sam charlaba, y mientras estaba recordando lo acontecido en el concurso de Fort Worth del año anterior, Rachel entró en el establo. Cord se dio cuenta enseguida de su expresión cansada y sintió otra vez la misma ira hacia Earl. Pero ella había querido manejar la situación, así que, muy bien. Ella era la jefa.

—Hola, Sam.

Sam se volvió al oír la voz de Rachel y se tocó el ala del sombrero.

—Bienvenida a casa, señorita Stephens. Estaba acomodando a Cord aquí mientras sus caballos estiran las patas en una pista.

«Y volviéndolo loco con tu charla», añadió Rachel para sí misma.

—Gracias, Sam. Te lo agradezco.

El capataz asintió.

—Por cierto, si no ha hecho todavía planes para él, estaría encantado de que se quedara con nosotros. Tenemos esa habitación de más desde que les construyó a los chicos su propia casa.

¿Que Sam estaría encantado de que se quedara con ellos? ¿cómo podía haberle causado Cord tan buena impresión en tan poco tiempo? Pero claro, hasta ella misma se había quedado impresionada con él en su primer encuentro. Desde luego por razones muy diferentes, pero también había tenido la misma idea que Sam.

Miró entonces a Cord, algo molesta porque no le hubiese dicho nada a Sam. Era evidente que estaba intentando ponerle las cosas difíciles por haberle pedido que la dejase sola con Earl, aunque ya no tenía importancia. Si había sobrevivido después de decírselo a Earl, no tendría más dificultad en sobrevivir después de decírselo a Sam, aunque sabía que con la facilidad de palabra de su capataz, todo el mundo en un radio de doscientos kilómetros lo sabría antes de que acabase el día.

—La verdad es que sí que tengo planes hechos para el señor Cantrell —contestó Rachel, mirando a Cord a los ojos—. Y tendrás que irte acostumbrando a llamarme señora Cantrell, Sam. Cord es mi marido desde ayer.

Seguramente era la primera vez que veía a Sam sin palabra. Con los ojos abiertos de par en par, miró a Cord y después lo señaló con un dedo acusador.

—¿Y me ha dejado hablar y hablar con usted como si fuese otro de los empleados?

—Mi nombre es Cord, Sam, y no quiero que pienses en mí sino como uno más de los empleados —le contestó, y levantó un poco el rastrillo que estaba usando como un saludo silencioso.

Así que seguía enfadado. Como si no hubiera tenido ya bastante con Earl, ahora tenía que vérselas con la cabezonería de Cord.

—Me gustaría enseñarle Circle T a mi marido, Sam. ¿Te importaría buscar a Parker y pedirle que prepare un hueco para el aparejo de Cord?

—Yo mismo lo haré —contestó Sam alegremente, y salió del establo.

Dos milagros en un día: Sam sin palabras y Sam encantado de hacer un trabajo que no era suyo. Algo muy raro estaba ocurriendo allí.

Entonces se volvió a mirar a Cord. Él dejó el rastrillo

y vació una segunda carretilla de serrín en la segunda casilla y comenzó a extenderlo sin ni siquiera mirarla.

—¿Te parecen bien estas casillas? —dijo ella, intentando empezar una conversación.

—Sí, están bien —contestó, subiéndose las mangas hasta los codos y siguió trabajando. A decir por la expresión seria y concentrada de su rostro, se diría que estaba en una competición de doma.

Exasperada, Rachel cogió otro rastrillo y se dispuso a ayudarle.

—¿Qué te ha parecido Sam?

—Me gusta —contestó, pero siguió trabajando.

¡Maldita sea! ¿Es que no era capaz de darse cuenta de que quería hacer las paces? No, claro que no. Seguía sepultado bajo su orgullo. Rachel suspiró.

—Cord, ¿es que no vas a preguntarme qué ha pasado con Earl?

—Mi trabajo no es hacer preguntas. Si tienes un caballo que domar, o una casilla que limpiar, llámame. Por lo demás, me ocuparé sólo de mis asuntos.

Rachel tiró al suelo el rastrillo y se puso las manos en las caderas.

—Mira, Cord, me doy cuenta de que lo que ha ocurrido en la casa ha dañado tu orgullo masculino y lo siento, pero por hoy ya he tenido mi dosis de hombres arrogantes y cabezotas. Cuando estés preparado para hablar de ello, estaré esperando en la casa.

Jamás hubiera creído que un hombre pudiera moverse tan rápido. Apenas había terminado de darse la vuelta cuando él la cogió del brazo.

—¿Quieres hablar de ello? Muy bien —le dijo, con la rabia brillándole en los ojos—. Voy a decirte qué es lo que me molesta, señora Cantrell. Tanto si este matrimonio es real como si no, tú eres mi mujer, y eso significa algo para mí, aunque para ti no quiera decir nada. Pensar que te dejaba sola con ese hijo de perra me dio ganas de partirle la cara a alguien, especialmente a ese imbécil de cuñado que tienes.

Rachel hizo ademán de soltarse hasta que se dio cuenta del significado de sus palabras. ¿Por qué iba a molestarle a él que se quedara a solas con Earl?

—Yo creía que estabas enfadado porque... bueno, porque yo...

—¿Porque me has pedido que me marchara? Me sentó como una

patada en el estómago, pero sabía que iba a ocurrir —la tensión de su cuerpo se suavizó, pero seguía teniendo el mismo brillo en los ojos—. Me habías pedido que te dejase hacerlo a tu manera y yo había accedido. Hasta que conocí a Earl.

Rachel sabía muy bien que Earl podía enfurecer a cualquiera.

-Por eso precisamente necesitaba que te marcharas, Cord. Por tu expresión se deducía que estabas dispuesto a convertirlo en mermelada —dijo, sonriendo—. Y aunque la verdad es que la idea no me desagrada, tengo que tener cuidado hasta que consiga el control del Circle T. Si le hago enfadar, me pondrá todas las trabas del mundo, y el rancho no puede esperar tanto tiempo. Apenas llegamos a fin de mes.

Cord sabía que lo que le estaba diciendo era verdad. Estaba claro que no había los suficientes caballos para poder ganar el dinero que se necesitaba para mantener un rancho tan grande como aquel. También se había dado cuenta de que el serrín que utilizaban de cama para los caballos era de calidad inferior y que el techo del granero necesitaba una reparación. Lo que no comprendía era por qué era tan importante para ella.

-Podrías comprar otro rancho si el Circle T no sobrevive. Una vez te hayas deshecho de Earl, puedes vivir en cualquier parte.

Una campana sonó en la distancia y Rachel sonrió lentamente.

—¿Sabes qué es eso? Es la campana que Judy utiliza para llamar a Sam y a sus dos hijos, Clint y Dave, para cenar. Todos los días les amenaza con que si llegan tarde no comerán más que la cebada de los pollos, pero todos saben que podrían llegar a media noche a casa y que encontrarían una comida caliente sobre la mesa —su voz se suavizó y su mirada se volvió soñadora—. El Circle T es lo que quiero, Cord. El polvo, el calor, el cielo azul y los espacios abiertos. Todo, lo bueno y lo malo.

Entonces lo miró a los ojos y la determinación brilló en el fondo de su iris gris verdoso.

—Quiero ver crecer a mis hijos aquí, darles todas las cosas que yo no he tenido, cosas que no podían comprarse. Un hogar, un hogar de verdad, no una cadena de casas hechas de paredes frías y habitaciones vacías.

Una imagen se apareció en la imaginación de Cord: Rachel de pie en el porche, haciendo sonar una ridícula campana y sonriendo al pequeño de cabello oscuro que venía corriendo para cenar.

Sentimientos que Cord creía muertos se despertaron en aquel momento, y aunque consiguió deshacerse de la imagen, no pudo hacerlo de sus sensaciones. Su piel era suave y cálida, y sintió una quemazón subirle por el cuerpo. La necesidad de abrazarla lo sobrecogió, y se quedó mirando la piel tentadora de su cuello largo y delgado, y cuando volvió a encontrarse con sus ojos, supo que ella estaba sintiendo también ese mismo impulso.

—Cord —su voz era ronca—. Te agradecería que me soltaras.

Pero Cord se acercó más a ella. Su pelo olía como las flores en primavera.

—Eso no es lo que dijiste antes, cuando atravesé el umbral de la puerta contigo en brazos.

Rachel se resistió al deseo de acercarse a él. No había olvidado ese beso. Dudaba de que pudiera olvidarlo nunca, pero tenía que asegurarse de que no volviese a ocurrir.

—Acordamos que yo no formaba parte de este acuerdo.

—Te aseguro que no ha sido nada personal —contestó él, sonriendo a escasos centímetros de ella.

-¿Cómo?

—Lo hice para callarte —y eso era lo que quería volver a hacer en aquel instante. Hundir las manos en su pelo y besarla hasta que sintiera el mismo deseo que él, y con una fuerza de voluntad que no sabía poseer, Cord la soltó y retrocedió—. Me di cuenta de que había alguien en cuanto entramos. Presentí que no podrías engañar a quienquiera que fuese y que dirías que no estamos casados de verdad. Actué por instinto, pero fue una decisión puramente de trabajo, te lo aseguro.

¿Una decisión de trabajo? Sintió un cosquilleo subirle por la espalda al recordar cómo había reaccionado a ese beso, y sus mejillas se pusieron rojas como la grana.

—La próxima vez será diferente —dijo él, al tiempo que se agachaba para coger el rastrillo.

-¿La próxima vez?

-La próxima vez que te bese —le dijo, tan cerca de ella que su respiración le acarició la piel—. La próxima vez, no habrá ningún testigo, y te prometo... que no tendrá nada que ver con nuestro acuerdo.

No iba a haber forma de deshacerse de su cuñado, pensaba Rachel mientras quitaba los platos de la mesa después de cenar. Earl había

insistido en quedarse para compartir una cena con los recién casados, pero ella sabía que sus motivos iban mucho más allá. Había estado midiendo a Cord, haciendo preguntas como por casualidad sobre quién era y de dónde venía. También le había hecho preguntas a las que ella ya había contestado aquella misma tarde, como por ejemplo dónde se habían conocido los dos y dónde se habían casado. Era como si estuviera intentando pillarlos. Sospechaba algo, eso estaba claro, y Rachel se alegró de haber compuesto una historia entre los dos. Al menos no había vuelto a repetirse el incidente de la llegada. Cada uno se había quedado en su rincón durante la cena, que había consistido en un rápido guiso de carne y una ensalada.

Por enésima vez miró el reloj; si Earl no se marchaba pronto, hasta podía decidir quedarse a pasar la noche en lugar de coger el coche hasta Dallas. La posibilidad le hizo dejar los platos rápidamente en el fregadero y ponerse con la cafetera. El olor casi le produjo arcadas. Earl había dicho que necesitaba una buena dosis de cafeína para volver a casa, así que había triplicado la medida normal y lo había puesto a que se fuese haciendo mientras comían. Con una taza tendría suficiente para emprender el camino, así que llenó tres tazas con la nariz arrugada.

—Así que el año pasado —estaba diciendo Earl—, invertí en esa compañía química que está a punto de convertirse en una mina de oro. Michael había pensado hacerlo también, pero...

Cord volvió su atención a Rachel, que acababa de entrar en el comedor con la bandeja y el café. Al oír mencionar el nombre de Michael, su expresión había cambiado, como había ocurrido todas las veces que se había pronunciado el nombre de su marido. Earl se había pasado la noche entre indagando en el pasado de Cord, fanfarroneando de su acierto en los negocios o hablando de Michael. Seguramente pretendía matarlo de aburrimiento.

—Hablando de inversiones —dijo Rachel al tiempo que dejaba la bandeja sobre la mesa—. Precisamente me estaba preguntando dónde estará mi cheque de este mes. Voy a volver a retrasarme en el pago de la hipoteca.

Earl tomó un sorbo de café y se atragantó.

—Yo firmé un talón antes de salir para California —dijo, limpiándose los labios con la servilleta—. ¿Es que no lo has recibido?

Esa historia ya le sonaba familiar.

-No.

—Maldita sea... es imposible encontrar una secretaria medianamente decente —protestó—. Pero no te preocupes, que mañana mismo me ocuparé de ello. Estaré en la oficina a primera hora de la mañana y haré que te lo envíen por correo urgente.

Esa también la había oído antes.

—Podría acercarme yo misma a recogerlo —sugirió—. Así podríamos aprovechar la oportunidad y hablar del control de mi fideicomiso. No quiero seguir cargándote con el peso de ese trabajo. Sé que te ha ocupado una considerable cantidad de tiempo y que te ha apartado de tus responsabilidades.

—No seas tonta, Rachel —dijo con suavidad—. Sabes que nunca me ha importado. Te habrías perdido en la complejidad de los negocios de Michael; precisamente por eso lo dispuso él de esta forma.

Michael otra vez. Rachel se resistió a fruncir el ceño. —La verdad es que... he decidido venderlo todo, excepto el rancho.

Rachel se dio cuenta de la exagerada calma de los movimientos de Earl mientras se servía una segunda taza. Tomó otro sorbo y tosió un poco.

¿Es que usas una marca nueva, Rachel? No recordaba que tu café fuese tan fuerte.

—Lo siento, Earl —dijo Cord—. Rachel lo ha hecho así de fuerte porque es como a mí me gusta. Puedo traerte un poco de leche si quieres.

Rachel miró a Cord sorprendida, y él, tras saludarla con la taza en la mano, tomó un sorbo, y Rachel no pudo evitar sonreír.

—Está bien —contestó Earl, y como para demostrarlo, tomó otro sorbo. Parecía que estuviera bebiendo barro—. ya te he explicado en otras ocasiones que todo tu dinero está en propiedades, y con el mercado a la baja tal y como está, sería una locura vender ahora.

-Es posible —dijo Rachel—, pero es mi decisión, por muy loca que sea.

Earl suspiró como un padre resignado. —Rachel, eso supondría unas pérdidas enormes. Pero si cambiases de opinión y te decidieras a vender el rancho, tengo un comprador que estás dispuesto a pagar una fuerte cantidad de dinero.

Rachel sujetó con más fuerza la taza. —Ya hemos hablado de eso otras veces, Earl. No pienso vender el rancho —dijo con firmeza—. No

me importa qué pérdidas pueda tener en las propiedades, porque Circle T es todo lo que me importa.

Earl se inclinó hacia delante y le contestó con tono airado.

—Así que estás dispuesta a perder una gran cantidad de dinero del fideicomiso para mantener un rancho arruinado y que traga dinero como un pozo sin fondo. ¿Qué clase de negocio es ese? —apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia delante—. Precisamente esa fue la razón de que Michael dejase el fideicomiso en mis manos. Si no tuvieras a nadie que cuidase de ti, no tardarías en perderlo todo.

—Ya tiene a alguien que cuide de ella.

Rachel se volvió al oír la voz gélida y mortalmente serena de Cord.

—Me tiene a mí, Stephens, y te sugeriría que no lo olvidases.

Hubo un segundo de puro desafío entre los dos hombres, y Rachel se alegró de haber despejado la mesa.

—Por supuesto, Cord —contestó Earl entre dientes—. Pero con el debido respeto, ¿qué sabes tú de negocios? Domar caballos no es exactamente lo que se considera altas finanzas.

—Puede que no, pero he aprendido lo bastante como para saber cuándo debo contratar a alguien si no puedo hacer yo mismo un trabajo. Es tkn fácil como abrir la guía de teléfonos: contable empieza por A y abogado también.

La expresión de Earl se oscureció.

—¿Estás amenazándome, Cantrell?

—Por supuesto que no —intervino Rachel. La conversación estaba perdiendo los estribos por momentos y tenía que detenerla inmediatamente—. Lo que ocurre es que Cord sabe lo ansiosa que estoy por ocuparme yo misma de mis propios asuntos. Te agradecería que preparases todo el papeleo, Earl. Han pasado ya dos años, y como ya estoy casada, no hay razón para retenerlo más tiempo.

—Muy bien —la expresión de Earl era pétrea—. Pondré la bola en movimiento tan pronto llegue mañana a mi oficina —miró su reloj y tras un último sorbo de café, se puso de pie—. Y si quiero estar allí pronto, será mejor que me vaya. Tengo una reunión por la mañana y... Un trueno.

No. No podía ser. Precisamente aquella noche. Rachel se acercó a la ventana del salón justo a tiempo de ver un relámpago brillar en la noche negra de Texas. Un segundo trueno hizo retumbar las ventanas y el viento comenzó a alborotar los arbustos y árboles del jardín. Earl se

puso a su lado.

Parece que se aproxima una tormenta. A decir por el tono de voz de Earl, él tampoco estaba contento con aquella fatalidad.

-Espero que no te importe, porque me da la impresión de que voy a tener que pasar aquí la noche.

¿Importarle? No podía quedarse allí. No podía. Miró frenética a Cord y percibió cierta risilla en su mirada. Sintió ganas de gritar.

Cord y ella iban a tener que dormir en la misma habitación.

CINCO

Fue una tormenta tremenda, un violento aguacero que cargó el aire de electricidad y llenó los pulmones de Rachel con el aroma fresco y limpio de la lluvia. En circunstancias normales, hubiera recibido esa clase de tormenta con entusiasmo, y no sólo porque se necesitase el agua, sino porque siempre había experimentado una sensación de paz y bienestar estando dentro de casa mientras una tormenta rugía a su alrededor.

¿Circunstancias normales? Se habría echado a reír de no tener la garganta reseca y el estómago del revés. La palabra normal ya no encajaba en su vida.

No encajaba desde que había conocido a Cord Cantrell.

Miró entonces desde la cama de su dormitorio, sobre la que tenía la maleta que estaba deshaciendo, hacia la puerta de la terraza. Cord estaba de espaldas a ella, con los brazos cruzados, contemplado la noche. La única luz que había en la habitación era la que provenía de una pequeña lámpara que había sobre la mesilla. De haber estado sola, lo habría dejado todo a oscuras para contemplar la tormenta.

La lluvia repiqueteaba en el tejado metálico que cubría el patio. Una ráfaga de viento se coló por la ventana y movió el pelo negro de Cord, y Rachel contuvo la respiración cuando un nuevo relámpago perfiló su cuerpo delgado y musculoso.

Era un hombre hermoso, en el mismo sentido que era un potro salvaje acorralado por primera vez, y no le complacía ser ella quien le hubiera puesto la brida por primera vez, por muy temporal que esta fuera. Aunque haberse casado fuese a solucionar buena parte de sus problemas, tenía la inquietante sensación de que al mismo tiempo estaba creando otro, más grande y quizás más peligroso. -Rachel.

Rachel dio un respingo al oír su nombre. Tenía la sensación de que le había estado leyendo el pensamiento. -¿Sí?

—¿Conoces bien a Earl? —le preguntó, volviéndose de la ventana con el ceño fruncido.

¿Por qué le haría una pregunta como aquella. —¿Que si lo conozco bien?

—Sí, ya sabes, me refiero a si sabes mucho sobre él. Rachel sacó

una blusa rosa de la maleta, precisamente la que había llevado puesta cuando conoció a Cord, y la sacudió para quitarle las arrugas.

—Bueno, Earl era el único hermano de Michael, mayor que él tres años. Estudió derecho en uno de esos colegios tan exclusivos del Este. Me ha dicho varias veces en cuál, pero nunca me acuerdo.

La verdad es que no le importaba. Cord se acercó a ella y se apoyó contra la cómoda. —¿Michael y Earl eran socios? Cord no se podía ni imaginar lo absurda que era esa suposición. Ni Michael ni Earl habían comprendido nunca lo que significaba compartir responsabilidades. Los dos eran tenaces como arañas y se hubieran estrangulado el uno al otro antes que ceder ni un solo ápice de control. —Earl era demasiado arriesgado, demasiado agresivo en los negocios para el gusto de Michael. Michael era precavido y siempre le gustaba ir sobre seguro. Algunos decían que era frío y calculador.

Cord sacó una bolsa de hojas de olor que tenía en la cómoda y pasó el dedo sobre el tejido suave.

—Y tú, ¿cómo lo llamabas?

Desilusión.

—Mi marido era un hábil hombre de negocios. Si quería algo, si tenía un acuerdo que cerrar, nada ni nadie podía detenerlo.

—¿Fuiste tú un acuerdo comercial, Rachel?

Rachel hizo une mueca de dolor. Una joven de veintidós años enamorada perdidamente jamás habría podido pensar en su matrimonio como un acuerdo comercial, pero ahora... bueno, ahora tenía veintisiete años y desde luego no estaba perdidamente enamorada. Se había dado cuenta demasiado tarde de que Michael la había elegido por su posición social y porque quedaba bien agarrada de su brazo.

Inspiró aire profundamente y miró a Cord a los ojos.

—Sí —le contestó.

Cord apretó la bolsa de olor en la mano y un perfume a rosas llenó la habitación.

—Pues fue un imbécil.

Rachel se dio la vuelta para que no pudiera ver la gratitud que sentía por sus palabras.

—Pues fíjate, y yo todo este tiempo pensando que ese título me correspondía exclusivamente a mí —comentó, intentando no darle importancia, mientras sacaba la bolsa de aseo de la maleta—. De todas

formas, Earl vivía su vida mucho más alegremente que nosotros, así que lo veíamos bastante poco. Solía viajar mucho, bien con la mujer de ese año o con la secretaria de la semana. Hasta después de la muerte de Michael y de convertirse él en administrador de mi herencia, jamás se había preocupado tanto de mi bienestar. Como ya has oído, él cree que el rancho es una mala inversión y que debería venderlo y poner el dinero en algo más seguro.

—¿Algo como esa planta química de la que ha hablado esta noche?

—Eso es —de pronto cayó en la cuenta de por qué le había preguntado si conocía bien a su cuñado—. Si me estás preguntando si Earl es un estafador, la respuesta es no. Michael y él heredaron un montón de dinero tras la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, y después Earl ha heredado la mitad de los bienes de Michael. Los dividendos de mi fideicomiso serían calderilla comparados con lo que él gana todos los meses. Earl no es más que un roñoso —dijo, haciendo un gesto amplio con la mano—. Tiene que beberse un vaso de aceite todos los días para que los engranajes no le crujan al andar.

Cuando se volvió a mirar a Cord, se dio cuenta de que él miraba fijamente la mano con la que había hecho el gesto,y entonces se dio cuenta de que había estado explicándose con unas braguitas de seda negra en la mano. Rápidamente las metió en un cajón, rezando para que la habitación estuviera lo bastante a oscuras para que él no pudiera ver el rojo carmesí que le subía por el cuello. —Eh... ¿por qué no entras tú primero al baño mientras yo termino de deshacer la maleta? Cord dio un paso hacia ella. —En un momento.

Estaba demasiado cerca, y olía como la lluvia. Ni siquiera estaba segura de si el aire lo había cargado la tormenta o él. De cualquier forma, toda la piel de su cuerpo parecía haberse sensibilizado y su respiración estaba alterada. No se atrevía ni a moverse, temiendo tocarlo para saber si en su piel había la misma electricidad que ella tenía en la suya. Se quedaron inmóviles durante un momento, y cuando por fin él se separó, Rachel no estuvo segura de si el aire que soltó y que había tenido retenido en los pulmones era de alivio o de desilusión.

—Una cama estupenda —dijo él, y se dejó caer en la cama. Acto seguido, sujetó uno de los barrotes del cabecero y tiró con firmeza. El cabecero golpeó varias veces la pared.

—Sh... —Rachel se llevó un dedo a los labios—. Earl está en la habitación de invitados, justo al lado de la nuestra.

—¿No me digas? —con un gesto exagerado, Cord se quitó una de las botas y la dejó caer sobre la alfombra desde lo alto-. ¿Y?

Estaba disfrutando de la situación, y eso le molestaba.

—Pues que preferiría no molestarle —dijo entre dientes.

La segunda bota aterrizó de la misma manera en el suelo.

—Mm... qué maravilla —dijo en voz alta, y el cabecero volvió a rebotar en la pared cuando Cord saltó sobre la cama.

Rachel miró fijamente la pared.

—Cord, por favor, estáte quieto —le susurró, y la expresión picarona de sus ojos y verle botar sobre la cama estuvo a punto de hacerla reír.

—No voy a pararme, cariño. No te preocupes por eso —contestó él, con una sonrisa que le desafiaba a intentar detenerlo.

—¡Cord! —insistió en voz baja— ¡Por favor!

—He nacido para complacerte, cielo -dijo, y volvió a sacudir el cabecero de la cama.

Un vaquero de metro ochenta columpiándose en la cama como un niño a la hora de irse a dormir era una imagen demasiado ridicula como para no echarse a reír, y Rachel intentó disimular la ri?a tapándose la mano con la boca.

—¡Cord, basta ya!

Intentó detenerle sujetándole por un hombro, pero era como intentar parar la lluvia. Entonces utilizó las dos manos, pero tampoco consiguió nada: seguía botando en el colchón y el cabecero seguía dando golpes contra la pared.

—Amor mío, claro que me gusta tu entusiasmo —le dijo Cord a la pared.

Exasperada, Rachel gimió y los ojos se le abrieron de par en par cuándo cayó en la cuenta de cómo debía haber sonado ese gemido.

—Está bien, Cantrell —dijo, y blandió el arma que tenía más cerca, una almohada, para darle un golpe en la cabeza.

Cuando se preparaba para un segundo asalto, él la sujetó por la muñeca y la tiró encima de él, sobre la cama, pero ella le tapó la cara con la almohada, apoyando el peso de todo su cuerpo sobre él, y oír sus protestas ahogadas le dio aún más ganas de reír.

Nunca había jugado así. Era divertido y muy sensual. —Te tengo en mi poder, vaquero. Ahora vas a ver lo que...

Se encontró de espaldas sobre el colchón tan de repente que no

pudo terminar la frase. Cord tenía sus brazos sujetos y la miraba con expresión vengativa. - ¿Qué es lo que voy a ver ahora? Era la primera vez que veía a Rachel sonreír de verdad. Tenía las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos, invitándole, y el deseo afilado como un cuchillo le dejó paralizado y lleno de necesidad.

Era tan suave y tan pequeña, la clase de mujer a la que un hombre quería proteger, por la que sería capaz de golpearse el pecho como un gorila y hacer el más absoluto de los ridículos. En aquel momento, sería capaz de hacer cualquier cosa que ella le pidiera. Lo único que tenía que hacer era pedírselo. Entonces vio sus pupilas agrandarse y se dio cuenta de que a ella también le estaba afectando su proximidad, y no pudo evitar el movimiento de sus pechos con la respiración agitada. Cuando se inclinó sobre ella para besarle un pecho, ella contuvo la respiración. —Rachel... ¿pero qué me estás haciendo? —murmuró. No recordaba que el deseo pudiera ser tan agudo, tan doloroso. Deslizó las manos por sus brazos, casi esperando que ella se apartara nada más soltarla; sin embargo, ella enredó los dedos en su pelo y tiró de él, gimiendo suavemente cuando él le acarició los pechos.

Rachel tenía la sensación de que iba a salir ardiendo de un momento a otro. Cord le acariciaba con los pulgares sus pezones endurecidos y ella cerró los ojos con fuerza, intentando bloquear las sensaciones que corrían por sus venas como fuego líquido, y contuvo un grito cuando cambió los dedos por la boca, arqueándose hacia él, dejándose llevar por la necesidad.

Le oyó pronunciar su nombre cuando se incorporó ligeramente para desabrocharle el botón de los vaqueros, y al abrir los ojos, se encontró con la mirada fiera de Cord iluminada por un relámpago. Era una mirada tan salvaje y magnífica como él mismo, y de pronto recordó que no era la clase de hombre que construye cercas o que echa raíces. Una noche con Cord o un año. No podía entregarse a un hombre que no tenía intención de quedarse.

—Cord —dijo, enlazando su mano con la de él—. No podemos hacer esto.

Él se sonrió y la besó en la sien.

—Cariño, a no ser que lleves a alguien en el bolsillo, no digas que no podemos, porque no sé si te habrás dado cuenta, pero yo estoy preparado.

Por supuesto que se había dado cuenta. La evidencia de su erección

estaba precisamente contra su muslo.

—Lo siento, Cord —dijo, enrojeciendo—. Yo... yo no me esperaba que las cosas fueran a salirse de madre de esta forma, pero no puedo hacerlo —se quedó inmóvil bajo su peso, intentando controlar el latido furioso de su corazón—. Sabes que no estamos casados, no en el verdadero sentido de la palabra. Sería una locura negar que me siento atraída por ti, pero un revolcón sobre el heno no es lo que estoy buscando. Lo único que conseguiríamos sería complicar las cosas, y quiero que seamos amigos.

—¿Amigos? —Con un gemido de frustración se quitó de encima—. Por amor de Dios, Rachel, ¿quieres que seamos amigos después de como me has besado? Dos veces en el mismo día, además. ¿Quieres explicarme cómo vamos a arreglárnoslas para pasar todo un año así cuando ni siquiera hemos podido tener las manos quietas en sólo un día?

Las mejillas le ardían. Era verdad lo que estaba diciendo. Si estaba enfadado, no podía culparlo. Hasta ella estaba enfadada consigo misma por obligarlo a parar. Tal y como se sentía, bastaría una mirada suya para hacerle cambiar de opinión.

—Pues tendremos que hacerlo —dijo, y se levantó de la cama—. Tenemos un acuerdo y pienso conseguir que lo respetes. Esta noche dormiré en el suelo, y cuando Earl se haya ido, podrás ocupar la habitación de enfrente.

Cord vio cómo Rachel caminaba hasta un armario antiguo y sacaba de él una manta para extenderla en el suelo. Parte de él se alegraba de que no fuese de esas mujeres que van acostándose con el primero que llega, pero otra parte de él... bueno, la otra parte se sentía terriblemente frustrada. Con el ceño fruncido, tomó una almohada y se levantó de la cama.

—Ese colchón es demasiado blando para mí de todas formas —dijo entre dientes, arrebatándole la manta de las manos.

—Cord, no tienes que...

—He dicho que voy a dormir yo en la manta, maldita sea.

Tiró la manta y la almohada a la terraza. Ojalá refrescase la noche, porque si no, tendría que recurrir a la ducha fría.

Rachel se lo quedó mirando con expresión dolorida, y después se dio la vuelta para terminar de deshacer la maleta. Su pelo del color de la miel le cubría la cara al inclinarse hacia delante y le vio apartárselo

de la cara con un gesto de la mano. El sabor dulce de su boca seguía presente en sus labios, y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para contenerse y no volver a saborearla otra vez.

Por fin Rachel cerró la cremallera de su maleta ya vacía y la dejó a los pies de la cama, y después tomó una bolsa de plástico transparente con jabones, pasta de dientes y demás y lo llevó al baño. -Rachel.

Se quedó a la entrada del baño, pero no se dio la vuelta.

—Jamás he forzado o he presionado a una mujer para que hiciese el amor conmigo. Puedes dormir tranquila esta noche, y todas las noches que yo esté en esta casa.

Entonces se volvió a mirarlo, y vio nítidamente el alivio reflejado en sus ojos.

—Sin embargo, sí que hay una cosa que tienes que dejarme hacer.

—¿Y qué cosa es esa?

—De ahora en adelante, seré yo quien haga el café. No creo que pudiera sobrevivir a un año del tuyo.

Riéndose, Rachel cerró la puerta del baño y mientras él se quitó la camisa y se desabrochó los pantalones, pero se lo pensó mejor y decidió dejárselos puestos. Rachel ya estaba suficientemente nerviosa.

Se tumbó sobre la manta, le dio unos cuantos golpes a la almohada y después de acomodó, dejando que el sonido de la lluvia calmase la velocidad de sus pulsaciones.

Se despertó tranquilamente a la mañana siguiente, disfrutando de la sensación de estar en su propia cama después de varios días de ausencia. El aire fresco entraba por la puerta de la terraza y se acurrucó bajo las sábanas y cerró los ojos para no ver el sol.

¡El sol! Rachel se incorporó inmediatamente. Dios mío... ¿qué hora sería? Miró el despertador que tenía sobre la mesilla; eran las siete. Se había dormido toda una hora. Al apoyar la cabeza en la almohada la noche anterior y escuchar la respiración de Cord, había estado segura de que no iba a poder pegar ojo en toda la noche. Ese era el último pensamiento que recordaba.

Entonces miró hacia la terraza, y vio la manta de Cord doblada cuidadosamente con la almohada encima. Lo único bueno de haberse dormido aquella mañana, se dijo mientras se levantaba y se vestía a toda velocidad, era que

Earl se habría marchado ya y no tendría que volver a hablar con él.

Aun así y para asegurarse, miró por la ventana al salir y suspiró

aliviada al ver que el coche de Earl ya no estaba. Tendría que llamarlo más tarde e intentar sacarle una cita para hablar de su fideicomiso, pero por ahora, tenía caballos a los que dar de comer y establos que limpiar antes de que hiciera demasiado calor.

Iba recogiéndose el pelo en una coleta mientras atravesaba la cocina para salir por la puerta de atrás, pero el olor a café la detuvo y sonriendo, vio la cafetera medio llena. Cord Cantrell era decididamente un hombre de palabra.

Se sirvió una taza y con ella en la mano, caminó hasta los establos. En la distancia, bajo la sombra de varios robles, vio a Parker, el más joven de los empleados del rancho, ejercitando uno de los caballos de Cord. Iba a levantar la mano para saludarlo cuando el sonido de un motor diesel llamó su atención y se detuvo, para mirar con la mano protegiéndose los ojos hacia el corral para el ganado.

¿Por qué habría un camión cargado de vacas en su propiedad?

Debía ser un error, se dijo mientras se acercaba corriendo. Sería mejor aclararlo antes de que descargaran, pero al dar la vuelta se encontró con que el transportista había abierto la puerta del camión y que azuzaba a las reses con un grito para que salieran.

Sam y sus hijos estaban contemplando la escena. —¡Sam! —lo llamó, pero estaba de espaldas a ella y era imposible que la escuchase con el estruendo de las vacas. Fue entonces cuando vi a Cord de pie junto al camión, hablando con el conductor.

—¡Cord! —le gritó, y él la buscó con la mirada, la saludó y después siguió con su conversación para irritación de Rachel-

—¿Qué es esto? —le preguntó, señalando al ganado con la taza de café en la mano, con lo que el líquido se desbordó.

—Vacas, cariño —dijo, y firmó el documento que el conductor le mostraba.

—Ya sé lo que son. Lo que quiero saber es qué están haciendo aquí.

—Las pedí hace dos días —le contestó, antes de devolverle el documento al conductor y de tomar un sorbo de café de la taza que ella seguía llevando en la mano.

—Cord —Rachel lo agarró de la camisa y le apartó a un lado. El conductor los miró sorprendido, pero se subió en su camión—. Cord, no puedo permitirme tener esas vacas. Creía que habías comprendido que...

—No las hemos comprado, sino que nos las han prestado —dijo.

Rachel estrujó su camisa y miró por encima de su hombro, dispuesta a detener el camión antes de que se marchase.

—¿Pero de qué estás hablando? ¿Por qué nos iba alguien a prestar una vaca?

Cord se echó a reír.

—No vamos a comérnoslas, Rachel. Vamos a usarlas para separar ganado.

—¿Separar ganado?

—Separarlo —tomó otro sorbo de café y dejó la taza sobre una bala de heno del corral—. A eso es a lo que me dedico. Entreno caballos para pastoreo de ganado. ¿Es que no lo sabías?

—No —miró las vacas, unas tres o cuatro docenas, y se preguntó cómo iba a pagarlas—. Creía que un domador de caballos era nada más que un domador de caballos. Sam suele ocuparse siempre de las contrataciones.

—Tranquilízate —le dijo, sujetándola por los hombros para que le mirase—. Estas vacas van a pagarse solas. Lo único que tenemos que hacer es hacernos con clientela.

Rachel se soltó.

—Eso es fácil de decir. Se necesita tiempo para tener clientela, y mientras tanto, ¿de dónde voy a sacar dinero para el préstamo?

Cord apretó los dientes al oírla hablar en singular. —El dueño de estos animales es amigo mío y sabe que puede prestármelas. Lo único que tenemos que hacer es preocuparnos de que estos animales ganen peso antes de que llegue el siguiente grupo, y tienes pasto suficiente para que eso ocurra. Mira —añadió, agarrándola por la cintura—, sé que debería haberte hablado de esto antes de...

—Por supuesto que deberías haberme hablado de ello —le contestó con los brazos en jarras.

—Y lo habría hecho si tu amiguito Earl no hubiera estado rondando por aquí. Y anoche tenía otra clase de cosas en la cabeza.

La mención de la noche anterior le puso las mejillas como la grana, pero no estaba dispuesta a permitirle cambiar de tema. Los dos se quedaron mirándose el uno al otro durante un momento antes de que él volviese a hablar.

—Puede ganarse bastante dinero con esta clase de caballos, Rachel —dijo suspirando y echándose el sombrero hacia atrás—. Sólo te pido que confíes en mí. Y cuando llegue en diciembre el concurso de

Futurity en Fort Worth, podremos... -¿Futurity?

—El concurso para potros de tres años. Es una especie de baile de puesta de largo para caballos de separar ganado. El año pasado presenté a Montana, y este año presentaré a Lady —Cord apartó la mirada al oír que Sam lo llamaba—. Ya te lo explicaré con detalle más tarde. Si te interesa, ¿por qué no te quedas por aquí y observas?

Y tras darle un beso en los labios que la tomó por sorpresa, volvió a entrar en el corral. Parker desmontó de Montana y le entregó las riendas. ¿Que si estaba interesada? No se lo perdería por nada del mundo.

El ganado estaba inquieto, pensó mientras se subía a uno de los travesaños de la empalizada para observar. Cord se subió a su caballo con suma facilidad y tras hacerle darse la vuelta, entró en el corral, de frente a las vacas, todas en tropel en el otro extremo.

Se quedó un instante observándolas hasta que se decidió a avanzar lentamente, abriéndose camino entre ellas, hasta que dos o tres quedaron separadas. Con una orden que Rachel no pudo ni siquiera detectar, Cord hizo girar a montaña en torno a la vaca más grande del grupo.

Al animal no le hizo ninguna gracia quedar separada de las demás e intentó marcharse, pero Montana le cortó el paso.

Jamás había visto algo parecido. Si la vaca movía tan solo un músculo, el caballo lo movía también. Era como un baile, una especie de juego de imitación. Caballo y jinete era uno moviéndose frente al animal. Cord mantenía la mano baja, pegada al cuello de Montana, mientras con la otra se sujetaba al pomo de la silla.

A Rachel se le puso el corazón en la boca cuando la vaca giró brusca e inesperadamente hacia la izquierda. El caballo la siguió a galope para interceptarla, luego clavó las manos para cambiar la dirección imitando a la vaca, todo en décimas de segundo. Cord se movía con él como si fuese mercurio, sin perder ni un solo movimiento. Por fin la vaca se quedó quieta, sorprendida, sin saber hacia dónde tirar, y Montana se quedó también inmóvil, con sus poderosos músculos en tensión.

Cord lo hacía parecer tan fácil... Aquel era su dominio; su control de la situación era absoluto, y la idea le resultaba inquietante y excitante al mismo tiempo. Ni siquiera se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que Cord apartó por fin a Montana de la vaca y entre los gritos y los silbidos de Sam y los demás, se acercó a

ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué te ha parecido?

Estaba demasiado impresionada para disimular.

—Es la cosa más bonita e increíble que he visto nunca —dijo.

La sonrisa de Cord creció aún más, y se bajó del caballo.

—Vamos —dijo, tendiéndole una mano—. Es tu turno. ¿Su turno?

-¿De qué estás hablando?

-Por lo menos deberías intentarlo, Rachel. Al fin y al cabo, es tu rancho, y deberías probar tú misma lo que se esté haciendo.

En un abrir y cerrar de ojos, Cord la había agarrado por las caderas y la había subido a la silla. Rápidamente le ajustó los estribos sin hacer caso de sus protestas mientras Sam y sus hijos gritaban animándola desde el otro lado del corral.

—Cord, no puedo hacerlo —protestó, y sacó un pie del estribo--. Me voy a caer de narices.

Él volvió a meterle la bota en el estribo. -Sabes montar, ¿no? -Claro que sé montar, pero...

Hizo girar a Montana y le dio a Rachel las riendas. -Entonces sólo tienes que sujetarte, cariño, y separar una vaca.

El caballo salió a galope hacia el grupo de vacas cuando Cord chasqueó la lengua, y Rachel se agarró al pomo de la silla. Con el corazón en la garganta, se abrió paso entre el inquieto grupo de animales, rezando para no quedar convertida en un montón pisoteado de polvo. Cuatro vacas se separaron del grupo a su izquierda.

—Vaya a por esa novilla marrón, señora Cantrell —le gritó Sam.

Instintivamente, presionó al caballo con la rodilla derecha y los dos giraron a la izquierda, y después Montana salió como una bala hacia delante al sentir sus tacones en los flancos, con lo que separó la novilla del resto. Enfadada, la novilla mugió.

-¡Ya la tienes! —gritó Cord, y Sam y el resto de los hombres la vitorearon.

Acababa de separar su primera vaca.

La adrenalina voló por sus venas durante las décimas de segundo en que vaca y caballo se miraron. Ahora que tenía su vaca, ¿qué demonios tenía que hacer con ella?

Montana tomó la decisión por ella. En un abrir y cerrar de ojos, en cuanto la vaca hizo su primer movimiento hacia la izquierda, Montana bajó la cabeza y se echó a la izquierda. Era como si el caballo se

hubiera marchado de entre sus piernas, como la primera zambullida en una ola cuando la tabla se ha ido de debajo de los pies. Rachel gritó y se aferró al pomo de la silla. Los dos saltaron hacia la izquierda, después hacia la derecha, imitando los movimiento de la enfadada novilla.

—¡Es tuya, Rachel! —gritó Cord—. ¡No la pierdas ahora!

Oyó un silbido agudo y los vítores de los hombre animándola, pero no apartó los ojos de la vaca, intentando anticipar su siguiente movimiento, preparada para moverse con ella. Era increíble. Montana se lanzó hacia un lado pero Rachel no se movió con la suficiente rapidez y la novilla se escapó hacia la manada, saltando sobre sus camaradas por la prisa.

Riéndose, Rachel dio la vuelta con el caballo y volvió

hasta Cord. Sus ojos estaban llenos de alabanza y entusiasmo.

—Y decías que no podías hacerlo. ¿Cuánto tiempo llevas enganchando vaqueros?

—Me parece que los dos sabemos quién estaba enganchando a quién aquí, ¿no es así, Cord? —le contestó sonriendo al bajarse del caballo—. Sabías que una vez me hubiera subido en el caballo y hubiera separado mi primera vaca me engancharía, ¿verdad?

Él sonrió también.

—Entonces ¿se quedan las vacas?

—Con una condición.

-¿Cuál?

—Que me enseñes a hacerlo.

SEIS

—Señora Cantrell, agradezco su interés por hacer negocios con el Sweetwater First Trust and Loan, pero como ya le expliqué en su última visita, que creo fue hace un mes, hay muy poco dinero ahora en el mercado y me temo que no podremos darle el préstamo que nos solicita. El director del banco, un hombre delgado, con la sienes ya plateadas y un traje demasiado grande para él, empujó la solicitud que Rachel había cumplimentado de nuevo hacia ella. Ojalá hubiese tenido tiempo de ponerse algo más serio que sus vaqueros y las botas, pero había tenido mucho trabajo en el rancho aquella mañana. Además no había querido que Cord pensase que iba a la ciudad para otra cosa que no fuera a comprar provisiones. Era incómodo tener que estar pidiendo dinero y prefería que él no lo supiera.

—Señor Raskin —Rachel sonrió educadamente y volvió a empujar la solicitud hacia él—, si analiza un poco las cifras que figuran en esta solicitud, creo que verá que el cambio ha sido sustancial. Sólo en las dos últimas semanas...

—¿Desde su matrimonio?

Ella apretó los dientes.

—Sí, desde mi matrimonio el Circle T ha adquirido ocho caballos nuevos para pupilaje y doma, y seis nuevos clientes para clases. Con ese ritmo de crecimiento voy a necesitar algo de dinero para mano de obra y pienso, eso sin mencionar algunas reparaciones necesarias en los establos y en la valla.

El señor Raskin dijo que no con la cabeza.

—Los indicadores económicos señalan que vamos a sufrir una baja generalizada en los próximos meses, señora Cantrell. Los pocos préstamos que concedamos tendrán que basarse en los saldos medios y en la historia crediticia de cada caso, y no en especulaciones futuras. Sus riesgos en ese sentido son muy elevados.

Asno pomposo... Ni siquiera se había molestado en mirar la solicitud, pero Rachel amplió su sonrisa.

—Señor Raskin, una vez obtenga el control del fideicomiso que me legó mi marido, seré más que capaz de cubrir mis riesgos, así como de devolverle la cantidad prestada.

Él asintió.

—Ah, sí, el fideicomiso. He hablado con su cuñado, Earl Stephens, sobre ese particular, y él me ha dicho que esos fondos no van a estar disponibles durante un periodo de tiempo indefinido.

¡Maldito Earl! Rachel apretó el brazo de madera de la silla en la que estaba sentada. No le había devuelto ni una sola de las llamadas telefónicas que le había hecho desde su visita, y su secretaria le había dicho que iba a estar unos cuantos días fuera de la ciudad.

—Esos fondos ya no son competencia del señor Stephens. Ahora soy yo quien tiene potestad sobre ellos.

Él arqueó las cejas con escepticismo.

—Estaré encantado de abrir una cuenta a su nombre si desea hacer una transferencia.

Aquel cretino sabía perfectamente que no podía hacer eso, y los músculos de la cara empezaban a dolerle de tanto sonreír.

—Un tecnicismo legal me impide hacer lo que usted me sugiere en este momento, pero estará todo solucionado en unos cuantos días.

—Espléndido —dijo, entrelazando los dedos—. Entonces guardaré esta solicitud mientras tanto. Estoy deseando poder serle de alguna utilidad

«Y yo estoy deseando llevarme mi dinero a otra parte, imbécil».

Rachel se levantó de la silla y estrechó su mano mortecina. El hecho de que Michael no confiase en ella lo bastante para dejar que manejase sus propias finanzas había sido un golpe bastante duro, pero después había tenido que soportar a Earl y ahora a Raskin. ¿Cuánto tiempo más, cuántos hombres de esa clase iba a tener que soportar antes de poder recuperar el control de su propia vida?

Pues iba a conseguir el dinero. No sabía cómo, pero lo conseguiría. Y mientras tanto, tendría que mantener a raya a sus acreedores y rezar por un milagro.

Una vez fuera del banco, miró su reloj. Había dejado a Cord en la barbería al llegar a la ciudad y habían quedado para comer en el restaurante. Aún le quedaban veinte minutos.

Bien. Era la oportunidad de ir a Piensos y Granos Stockton. Tenía más de una misión que quería ocultarle a Cord, y si se daba prisa, aún tenía tiempo de acometer la segunda.

Pues a mi hijo mayor, Joe, no le da miedo mancharse las manos como a esos otros crios de hoy. Joe es el mecánico de la ciudad, por si

necesita usted algo.

Con los ojos entrecerrados, León, el barbero, se quedó mirando la imagen de Cord en el espejo.

¿Alguna vez ha pensado en dejarse bigote?

Cord se quedó mirando la mancha blanca de crema que tenía sobre el labio y después la maquinilla de afeitar esperándole en el aire.

Sería mejor no mover la boca, así que se limitó a gruñir su negativa. León se encogió de hombros y le quitó la crema con dos movimientos de su muñeca antes de limpiarle a Cord la cara con una toalla caliente.

—Puede decirle a Rachel que Joe tiene todavía la pieza que pidió para el tractor y el carburador para su camioneta. Cuando quiera, pude arreglárselos.

Como si a él fuese hacerle caso. Él mismo se había ofrecido para arreglárselos, pero ella se había negado.

—Se lo diré.

León le quitó el delantal y lo sacudió.

—Así que es usted de Montana. Yo tengo un hermano que vive en Missoula. ¿Ha estado alguna vez allí?

Cord no recordaba haber mencionado de dónde era, pero claro, Sam había estado en la ciudad hacía unos días, y sonriéndose, se pasó la mano por el pelo. Le gustaba el corte.

—Un par de veces —contestó, al tiempo que se ponía el sombrero.

—Una ciudad bonita, Missoula, pero con demasiada nieve —la caja registradora sonó cuando León hizo la suma—. Son diez dólares.

Después de pagar, León le ofreció una caja de caramelos.

—Llévese uno de esos rojos para Rachel. Siempre tengo un montón cuando sé que va a venir a cortarse el pelo.

—Gracias.

Se metió los caramelos en el bolsillo y miró el reloj de pared. Aún tenía veinte miffUtos antes de que llegase la hora de encontrarse con Rachel. Le había dicho que iba a hacer unas compras, y le había dado la impresión de que se trataba de algo personal, así que no había querido presionarla.

Las dos últimas semanas había hecho todo lo posible por evitarlo. Se había ido a dormir siempre antes que él y se las había arreglado para no coincidir en el desayuno. El único momento en que la había tenido sólo para él había sido mientras le enseñaba a separar ganado con Montana, a primera hora de la mañana, antes de que llegase su

primer cliente, o a última hora de la tarde.

No le gustaba admitir lo mucho que deseaba que llegase ese momento. Le parecía una estupidez, ya que era su marido, que valorase tanto esos minutos a solas con ella. Aprendía rápido, y era decidida y tenaz. Y tenía en los ojos el mismo brillo cuando montaba que cuando hablaba de su rancho. Y él estaba loco de celos.

Cord salió de la barbería preguntándose cómo sería si Rachel lo mirase a él así, con aquellos mismo ojos. Quería saber cómo sería que acudiese a él por su propia voluntad, que se dejase abrazar y que infundiera en él esa pasión que ya había saboreado y que volvía a desear.

En ese momento fue cuando la vio, caminando deprisa por la acera varias tiendas más allá. Se quedó un instante parado para admirar sus piernas largas y sus nalgas redondas bajo los vaqueros. El efecto que aquella mujer tenía sobre sus hormonas era increíble. Se detuvo frente a la tienda de grano, y tras mirar a su alrededor, entró rápidamente.

Cord echó a andar hacia la tienda. Si ya había terminado con lo que fuera que tenía que hacer, podrían comer antes.

El cielo azul estaba salpicado de nubes blancas y altas. Hacía calor, demasiado para entrenar a los caballos, así que no importaba si se tomaban su tiempo para comer. Quizás hasta pudieran pasear un poco por la ciudad, o dar una vuelta con el coche. O aún mejor: podían irse a comer fuera. Había visto un lago desde la carretera que no quedaba muy lejos. Parecía un sitio agradable, y la idea da estar a solas con Rachel le hizo apretar el paso.

Podían comprar unos cuantos sandwiches, decidió mientras entraba en la tienda. Y unas galletas de chocolate, o...

Se quedó clavado en el suelo al verla. Estaba detrás del mostrador, con la mano en el brazo de un tipo alto y de hombros inmensos al que sonreía con la mirada baja.

Se la quedó mirando con la sensación de haberse caído de un caballo salvaje. Su parte más razonable le decía que seguramente no se trataba de lo que parecía a simple vista, que no era más que un encuentro inocente, pero entonces Rachel lo miró, y vio en sus ojos una culpabilidad inconfundible.

Con los puños apretados, se acercó a ella.

-Rachel.

Cord tenía la mirada fija en el otro hombre, que al principio pareció

sorprendido y después, azarado. Se separó de Rachel y carraspeó.

—Cord, te presento a Rick Stockton, un amigo mío. Rick, mi marido, Cord.

Rick se limitó a asentir. Evidentemente era lo bastante listo para saber que si no quería perder la mano, sería mejor que no se la tendiese.

—No me había dado cuenta de que era ya la hora de comer — dijo Rachel, intentando no darle importancia a la situación.

—Eso es evidente.

Cord estaba intentando con todas sus fuerzas controlar la rabia que sentía en su interior, pero es que no sabía cómo hacerlo. Lo que le estaba comiendo por dentro, aquellos... celos eran algo nuevo para él. Sabía que estaba perdiendo el control. Era como si fuese una ente vivo que llevase en su interior, un anijnal atrapado y furioso que necesitase salir.

¿Pero qué derechos tenía él sobre Rachel? Aquella maldita situación había terminado siendo mucho más de lo que él se esperaba. Une preciosa y deseable mujer a la que podía mirar, pero a la que no podía tocar. Mierda... se ponía tan nerviosa e inquieta cada vez que se acercaba a ella como una vaca que acabase de llegar al corral, y ahora acababa de verla con aquel tipo, tan a gusto como un par de pantalones viejos. No había bastante tierra en todo Texas que ella le pudiera ofrecer para que él pudiera digerir verla con otro mientras llevase su nombre.

-Gracias por ocuparte de esto, Rick —le dijo Rachel, y cogió una pequeña caja de cartón de debajo del mostrador—. Ya lo arreglaré contigo en otro momento.

—¿Y qué te parecería si lo arreglásemos ahora? Cord dio un paso hacia delante y Rachel salió de detrás del mostrador para bloquearle el paso.

—Eh... no es... necesario —dijo Ricky, sonriendo con nerviosismo.

—Vamonos, Cord —dijo Rachel, y tiesa como una escoba, pasó de largo y salió de la tienda.

Rick no iba a irse a ninguna parte por el momento, así que mejor sería seguir a Rachel, pero no sin antes prometerle al otro que tendría que vérselas con él si existía alguna razón.

Rachel estaba ya casi llegando al restaurante cuando la alcanzó.

—¿Puede saberse qué estaba pasando ahí dentro? —le preguntó,

sujetándola por un brazo para darle la vuelta. —¿Cómo?

No le parecía que Rachel fuese de la clase de mujeres que mienten, y le dio la corazonada de que quizás se equivocaba,

—Sé sincera conmigo, Rachel. Acabo de encontrarte haciendo manitas con un tipo y quiero saber qué está pasando.

—No está pasando nada.

Cord hubiera deseado poder darle un puñetazo a algo, pero se limitó a cogerla por los dos brazos y resguardarse un poco de las miradas.

-Pues cuando entré en la tienda, tu cara decía otra cosa.

—Ya te he dicho —repitió—, que no pasa nada. Deberá haberle prestado atención a la intensidad de las palabras de Rachel, pero estaba demasiado enfadado para poder parar.

—Si necesitabas un marido, ¿por qué no te casaste con el Hércules ese de la tienda? —le soltó los brazos y ella retrocedió un paso—. Ah. claro. Él no doma caballos. Conseguías más por tu dinero conmigo.

Lamentó haber dicho aquellas palabras inmediatamente. La mirada de Rachel, el dolor que vio en sus ojos, lo pilló desprevenido.

—Ábrela —le dijo con una calma forzada.

-¿Qué...

-¡Ábrela!

Sintiéndose ya un poco ridículo, abrió la bolsa. Dentro había una caja más o menos con el mismo tamaño de su mano envuelta en papel azul y adornada con un lazo blanco, y al sacarla tuvo el más horrible de los presentimientos.

—Feliz cumpleaños, pedazo de burro —espetó Rachel, y dando media vuelta, echó a andar.

Cord se quedó pensativo un instante. Sí, era su cumpleaños. Lo que pasaba era que nunca lo había celebrado y hacía años que no recibía ningún regalo. ¿Pero cómo lo habría sabido? Deshizo el lazo, quitó el papel y abrió la caja. Dentro, envuelto en papel blanco, había una hebilla de cinturón de plata decorada con la imagen de un caballo separando ganado. Cord pasó el pulgar por el dibujo. Era suave y frío, y sintió una tensión tremenda en el pecho.

Rachel... Dios mío, ¿qué iba a decirle?

Cuando la encontró en el restaurante, esperándolo, se sentó junto a ella y le cogió la mano.

—Como decir lo siento noˆes suficiente —dijo, y apretó su mano

cuando ella intentó soltarse—, ¿qué te parecería si coges la camioneta y me pasas por encima unas cuantas veces?

Ella no contestó y siguió mirando al frente sin pestañear.

—Vale; me pasas por encima y después me llevas arrastrando atado al parachoques hasta casa.

Con eso consiguió verla esbozar una media sonrisa.

—Está bien: me pasas por encima, me atas al parachoques y me arrastras hasta casa... desnudo —sacó un caramelo del bolsillo y se lo enseñó—. ¿Lo aceptas como un regalo de paz?

Rachel se lo quedó mirando sin hablar y después tomó el caramelo y se lo metió en la boca.

—Eres un cretino, Cantrell. Rick es amigo mío, eso es todo. Si hubiera sido algo más que eso, puedes estar seguro de que me habría casado con él.

Cord se preguntó brevemente si el tal Rick se lo habría pedido, pero enseguida decidió que esa línea de pensamiento no iba a traerle nada bueno. —Lo sé. Tienes razón, y lo siento. Rachel volvió a mirar hacia otro lado, y él se acarició la mano con el pulgar. Era increíble que tuviera unas manos tan suaves con lo duro que trabajaba. —¿Cómo has sabido que era mi cumpleaños? Ella se encogió de hombros.

—El día que nos conocimos, me dijiste que estaba a punto de ser tu cumpleaños, así que cuando nos casamos, miré la fecha en la licencia matrimonial.

Aquella admisión la hizo sentirse extrañamente bien.

—Me ha encantado el regalo —dijo, besándole la mano.

Rachel miró sus manos entrelazadas y sintió que el pulso se le aceleraba. Desde la noche que la había besado, había hecho todo lo posible por evitar estar a solas con él, porque sólo con rozarse, e incluso a veces con una mirada, sentía flaquear su decisión.

Y ahora, teniendo sus labios en la muñeca, sintió dispararse el timbre de alarma. Olía a crema de afeitar y bálsamo y sintió el irrefrenable deseo de acariciarle la piel suave de la barbilla recién afeitada. Pero se limitó a soltarse de él.

—Yo... le dije a Rick que lo pidiese. Lo había visto en un catálogo —la piel le quemaba dónde él la había tocado pero se resistió a frotarse para borrar la sensación—. El... eh... hizo el paquete también.

Cord cerró los ojos un instante y después se puso de pie.

—¿Quieres disculparme un instante, por favor?

—¿Dónde vas?

—A veces hay que disculparse aún en caliente, cariño

—dijo, y se enderezó el sombrero—. Cuando venga la camarera, pídeme una hamburguesa de buey.

—¡Manten bajas las caderas, Rachel! Tienes que meter la tripa y apretar el trasero. Eso es. Muy bien.

Rachel se sentó firmemente en la silla, prestando toda su atención a las instrucciones de Cord. Montana y ella estaban siguiendo a una vaca.

—No deje que se le vaya —gritó Parker para darle ánimos, sentado en la valla desde la que había estado viendo la lección de la tarde.

La vaca salió hacia la izquierda.

—No te separes de la silla —gritó Cord—. Manten bajas las riendas y los talones. Usa las pantorrillas.

Con un inesperado giro a la derecha, la vaca se le fue. Rachel murmuró algo en voz baja al dar la vuelta al caballo para mirar a Cord. Él le sonrió desde una yegua castaña.

—No te estás concentrando.

—Hoy no es mi noche —contestó ella, tras bajarse de la silla y quitarse los guantes. Era la tercera vaca que se le escapaba en cinco minutos.

Habían estado trabajando con luz eléctrica durante más o menos veinte minutos. El cielo estaba claro, había una brisa suave y fresca y en el aire se mezclaban el olor a polvo y hierbabuena.

Cord desmontó también y se acercó a ella.

—¿Ocurre algo?

Nada que el dinero no pueda arreglar. Se volvió de espaldas a él para acariciar a Montana.

—No —le contestó.

—¿Quieres que me ocupe yo de los caballos, Cord? —se ofreció Parker tras bajarse de la valla.

—Te lo agradecería.

—Gracias, Park —contestó Rachel, sonriendo. Sabía que había estado trabajando con Cord y que lo había convertido en su héroe. Y la verdad era que no podía culparlo. Ella también lo adoraba. En las seis semanas que llevaba allí, Cord había obrado verdaderos milagros. El rancho tenía mejor heno y mejor grano, las camas de los establos eran de la mejor cualidad y tenían los suficientes caballos en pupilaje para pagar casi la totalidad de los préstamos y los salarios.

Era una pena que casi no fuese todo. -¿Qué ocurre, Rachel?

-Que hoy estoy un poco cansada, eso es todo —Cord le bloqueaba el paso, pero ella lo dejó atrás—. Me parece que voy a ir a casa y meterme... —¿Por qué será que no te creo? Con el ceño fruncido, Rachel se apartó el pelo de los ojos.

—Ya te he dicho: simplemente estoy un poco cansada. —Si tú lo dices —contestó él, y la dejó pasar—. No me meteré en asuntos que no me conciernen.

Aquella vez. fue ella quien lo sujetó por un brazo cuando él hizo ademán de marcharse.

—Espera. Yo... lo siento. Tienes razón: hay un problema —cerró los ojos y suspiró—. Hay un pago de amortización de la deuda dentro de treinta días y no creo que pueda reunir el dinero. —¿Cuánto? La cifra le hizo silbar.

—La multa y los intereses subirán aún más si no pago a tiempo. Me retrasaré tanto que no podré volver a recuperar mi fideicomiso. Cord frunció el ceño.

—Ya te he dicho que puedo contratar un abogado para luchar contra ese hijo de...

—No. No voy a usar tu dinero para luchar mis batallas, Cord. Earl no puede evitarme para siempre, y mientras tanto, ya me las arreglaré.

A veces aquella mujer era demasiado independiente. Earl se escondía deliberadamente tras una montaña de papeles y no había forma de obligarle a renunciar a ese poder.

Por el momento.

Pero mientras tanto, podía haber otra forma.

—Hay una competición de aquí a tres semanas en Amarillo.

Muy bien: ella diciéndole que iba a perder el rancho, y a él sólo se le ocurría hablarle de un concurso de caballos.

—Fantástico —Rachel apretó los puños e hizo ademán de marcharse —. Que te lo pases bien.

—Rachel —dijo, justo detrás de ella—, el premio son diez mil dólares.

—¿Qué? —le preguntó, dándose la vuelta

—Diez de los grandes —repitió, sonriendo.

Con esa cantidad podría pagar el plazo de la deuda y aún le quedaría bastante dinero para reparar el tejado del granero. Pero no. No podía.

—Es tu dinero, Cord, no el mío.

—Si gano, sería el dinero del rancho —insistió.

-No.

Mascullando algo entre dientes, Cord se dio la vuelta.

—De acuerdo —dijo, y volvió a mirarla—: te presenta
remos también a ti. El premio para los aficionados es de
cinco mil.

Se hubiera echado a reír de buena gana, pero la única explicación para una sugerencia de ese tipo era que estuviese mal de la cabeza.

—Cord, te agradezco el voto de confianza, pero por si lo has olvidado, te hundiría en el barro.

—Ganar es una actitud, cariño. Y no sólo del caballo, sino también del jinete. Tu técnica es buena. Sólo tendremos que trabajar en la actitud.

—¿Y qué le pasa a mi actitud? —le preguntó con los brazos en jarras.

Él se echó a reír.

—Pues que piensas como una persona.

Desde luego, había perdido por completo el seso.

—¿Y cómo qué se supone que debo pensar? —Pues como un caballo y una vaca. Cord se puso a cuatro patas delante de ella, con un brillo malicioso en los ojos.

—¿Qué estás haciendo, Cantrell? —le preguntó. —¿Qué voy a hacer? Soy una vaca. Aquella vez no pudo evitar echarse a reír. —¿Y se supone que yo soy el caballo? El asintió.

—Un caballo precioso, además.

—Esto es ridículo —dijo, y comenzó a andar para salir de la pista, pero él volvió a ponerse de un salto delante de ella.

—A ver si puedes pararme, cariño. Puedes ganar cinco mil dólares.

Rachel se quedó pensando un instante en la cifra y después miró a su alrededor para ver si alguien los observaba. Sam y su familia habían ido a la ciudad y Parker estaba ocupado con los caballos. ¿Qué daño podía hacer por seguirle un poco el juego?

Rachel abrió las piernas y se agachó frente a él. La sonrisa de Cord era traviesa y segura de sí misma. —Cuando estés montando, tienes que sentir al caballo, moverte con él. Tres animales, pero un sólo pensamiento. Aquello era una estupidez, pero el corazón comenzó a latirle con fuerza y las palmas de las manos se le humedecieron.

—Anticípate. Rachel —dijo Cord en voz baja. ¿Qué voy a hacer ahora?

Rachel se lo quedó mirando fijamente, intentando concentrarse. Cord saltó a la izquierda, y ella también. El polvo se levantó en torno a sus piernas.

—Eso es —le dijo—. Ahora quédate frente a mí. No dejes que el caballo levante la cara.

Con el cuerpo completamente en tensión, fue moviéndose a la par. Izquierda. Derecha. Los separaban sólo unos centímetros, y sus ojos, oscuros como un mar tempestuoso, brillaban de excitación

Fingió un movimiento hacia la izquierda para salir en realidad hacia la derecha, y como una cometa al final de una cuerda, Rachel lo siguió, bloqueándole el paso.

Rachel estaba frente a él, en tensión, esperando que hiciese un movimiento. Tenía el pelo revuelto alrededor de la cara y los ojos entornados e irradiando pasión y determinación, una mezcla que le aceleró el pulso inmediatamente.

Durante las últimas semanas, se las había arreglado para mantener las distancias, exactamente desde aquel día en la ciudad. Era lo mejor y él lo sabía, pero con eso no conseguía acallar la frustración que cada vez era más grande en su interior. Estaba volviéndolo loco. Con sólo verla el día anterior limpiando un caballo se había lanzado a soñar despierto, pero los sueños nocturnos eran aún peor...

—¿Te rindes? —le picó ella.

Cord sonrió y cambió el peso hacia la izquierda, y de repente, se lanzó a su cuello.

Rachel lanzó un grito de sorpresa cuando Cord la levantó en el aire.

-¡Cord!

—Siempre hay que esperar lo inesperado, cariño —bro

meó. ˆ

—Eso no es justo. Bájame.

—¿Ves lo que quiero decir? —le preguntó, sin soltarla—. Piensas como una persona. Las vacas no piensan en lo que es justo o no lo es. Tienes que pensar como ellas para

ganar.

—Vale, vale —le concedió, riéndose—. Tienes razón. Ahora déjame en el suelo.

Cord la bajó lentamente, pero no la soltó. Le tenía sujetos los brazos

y al mirarla a los ojos, su sonrisa de desvaneció. El perfume a rosas de su piel estaba embriagándole los sentidos.

Tenía que volver a saborearla. Sólo una vez. Esperaba que ella se opusiera, que se resistiera, pero le vio echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos.

Rachel hubiera jurado que se le estaban deshaciendo los huesos. Intentó recordar por qué se había resistido tanto tiempo a que aquello ocurriera, pero no pudo pensar. Y aunque hubiera podido, no le hubiera importado. Con un hilo de voz pronunció su nombre, y la necesidad que percibió en su propia voz la sorprendió. Cord la besó suavemente en los labios antes de acariciarlos con su lengua, y el deseo le atravesó el cuerpo como una flecha de fuego. Necesitaba tocarlo, sentirlo más cerca, pero no podía hacerlo con los brazos atrapados, así que intentó soltarse.

Por favor, Rachel, no te resistas —la voz de Cord era ronca-. Déjame besarte.

¿Resistirse? ¿Es que no se daba cuenta, no sentía lo que estaba pasando? Pero en el mismo instante en que iba a decírselo...

-Oye, Cord —el grito de Parker la dejó paralizada—, he llevado a Montana a su casilla y... ¡vaya!

Parker se quedó clavado en el sitio al ver a Rachel en los brazos de Cord, roja como la grana, y rápidamente dio media vuelta murmurando una disculpa.

Con los dientes apretados, Cord la soltó, y ella retrocedió, sorprendida de que todavía le funcionasen las rodillas.

-Lo siento -dijo él—.Te había dicho que no te forzaría nunca y yo... bueno... supongo que me he dejado llevar por el momento.

¿Que lo sentía? ¿Le había dado un beso que podría derretir el hielo, y lo sentía? Las mejillas le quemaban e intentó ocultarlo con un movimiento de la cabeza,

-¿Cómo era eso que has dicho antes? ¿Esperar siempre lo inesperado? Pues creo que has hecho una demostración bastante buena.

—Maldita sea, Rachel; yo no te he besado para demostrar nada.

—Olvídalo —le dijo, sabiendo que ella no podría hacerlo—. Sólo ha sido un beso.

Cord entornó los ojos.

-Cierto.

Tenía que pensar en el rancho, en el negocio.

—Lo que quiero saber es —dijo, apartándose el pelo de los ojos con dedos temblorosos—, si crees de verdad que podemos ganar en esa competición.

El repentino cambio de tema pareció pillarlo por sorpresa, y asintió.

Rachel lo miró a los ojos y sonrió.

—Entonces, ¿dónde hay que firmar?

SIETE

Acabamos de ver a Mark Holden montando a Little Leroy por el rancho Tully, amigos, y ha hecho un buen trabajo —dijo el presentador por los altavoces—. Con un total de 222 puntos en el open de Abilene, el joven y su caballo serán un equipo difícil de batir.

La multitud gritó y aplaudió, a lo que el jinete les saludo llevándose la mano al sombrero. Entonces el presentador llamó al siguiente participante.

Rachel se acomodó en la silla, cerró los ojos e inspiró aire. Ella era la última participante, justo después del que acababa de ser anunciado.

—¿Estás bien?

Lentamente abrió los ojos y se encontró con el rostro preocupado de Cord. Tenía la mano apoyada en su pierna, e incluso a través de sus vaqueros y zajones de cuero, sentir su calor la tranquilizó.

—Tan bien como estaba ayer y antesdeayer. —Bien —dijo él, dándole un apretón. La hebilla que ella le había regalado brillaba en su cinturón—. Esos dos días son los que te han traído hasta la final, cariño. Ahora sólo tienes que seguir haciendo lo que estuvieras haciendo. -Ya no me queda más —dijo, con una mano en el estómago. Había vomitado el desayuno en el baño, igual que los otros dos días, justo antes de cada prueba. Él se echó a reír.

No tienes de que preocuparte. Lo único que tienes que hacer es entrar ahí y enseñarle a todo el mundo lo que sabe hacer tu caballo.

Aún no podía creerse que hubiera llegado tan lejos. Al hacer la reserva de una suite en el hotel dos días antes, no confiaba en pasar de la primera prueba. Se volvió al oír los gritos de júbilo del público y vio al caballo de su oponente apartar con éxito un enorme becerro, y sintió el estómago cono si fuese una tostadora eléctrica puesta al máximo pero sin pan.

—Para ti es muy fácil decir eso, Cantrell —le contestó, y tiró del ala de su sombrero blanco para encajárselo bien—. Legar a las finales ha sido un paseo para ti.

Cord revisó una vez más las acciones y los estribos para asegurarse de que estaban equilibrados.

—Yo todavía no he ganado, y tú aún no has perdido.

—Cord, ¿cómo voy a ganar un 222?

—Con un 223 —contestó él, cogiéndole una mano—. ¿Qué es lo que te he enseñado?

Había fuerza en su mano. Tranquilidad.

—Que ganar es una actitud.

—Esta es mi chica —contestó, sonriendo—. Ahora ve a por uno de esos becerros.

La sirena sonó por los altavoces señalando el final de la prueba para el participante anterior. Su puntuación había sido un 223.

Tuvo la sensación de que el eStómago se le había bajado a las rodillas, e inspirando aire profundamente, entró en la arena.

—Vamos, Montana —le susurró—. Vamos a elegir uno de esos bichos y a enseñarles a los jueces lo que sabes hacer.

Durante los dos minutos y medio que siguieron, Rachel se dejó llevar por su instinto. Cuando la sirena sonó, el presentador la despidió con elogios e hizo un pausa para esperar la puntuación: 223 y medio.

La multitud gritó de alegría, y en algún lugar, sonó un claxon. Aturdida, Rachel les saludó con el sombrero.

Había ganado. Había ganado.

Apenas había salido por la puerta de la pista cuando un par de manos fuertes la cogieron en volandas por la cintura y la sacaron de la silla.

-¡Cord!

Cord dio una vuelta con ella en el aire y la besó en los labios, y ella le rodeó por el cuello. La excitación recorría sus venas, y aunque no estaba segura si era por haber ganado o por aquel beso, se aferró al cuello de Cord.

Pero de pronto se vieron separados por la gente que venía a felicitarlos, a Cord por su habilidad como entrenador y a Rachel por la monta. Tanta atención era embriagadora, pero jamás en su vida había deseado más estar sola. Con Cord. Sus ojos se encontraron por un segundo intenso, antes de que a Rachel se la quisieran llevar en doce direcciones distintas a la vez. Le tomaron una fotografía abrazando a montana y un periodista se acercó a ella para hacerle una breve entrevita mientras eran filmados por una cámara.

En otras ocasiones había llevado diamantes, coches rápidos, atendido a las fiestas más de moda del mundo, pero nada, nada se parecía a la sensación de haber ganado su primera competición. Jamás

se había sentido tan feliz, y se echó a reír cuando Cord le guiñó un ojo mientras hablaba con otro entrenador. Aquel momento era insuperable, no podía haberlo mejor.

Pero cuando Cord ganó el open para profesionales, aún lo fue más.

La excitación del día se prolongó hasta la noche, cuando el hotel que albergaba a los participantes organizó una barbacoa para celebrar la clausura del concurso. Linternas de papel salpicaban el césped y las avenidas; hileras de pequeñas luces brillaban en los árboles y el olor de la carne a la brasa se extendía por el aire cálido de la noche. Bajo el cielo claro salpicado por un millón de estrellas, una banda tocaba música country, y Rachel descubrió algo que los vaqueros hacían aún mejor que montar a caballo: hacer fiestas.

Casi sin respiración, rechazó amablemente el baile que le proponía uno de los empleados del rancho de Abilene, y se dejó caer en un banco bajo un enorme roble. Había estado como volando en un torbellino desde el momento de su victoria y necesitaba tener un instante de tranquilidad.

Cinco mil dólares.

Rachel sonrió. No era un premio tan grande como el de Cord, pero era lo suficiente para pagar la letra. El tejado del granero tendría que esperar, y también el camión y la valla. Ya que habían esperado hasta entonces, ¿qué daño podía hacerles esperar otras cuantas semanas más?

Dejó vagar la mirada entre la gente buscando un sombrero blanco más alto que los demás. Hacía un rato que un grupo de vaqueros de Pipe Creek se lo habían llevado. Estaba tan atractivo con su traje que la verdad es que le había fastidiado bastante perderlo de vista, especialmente después de las miradas de que había sido objeto por parte de las mujeres que estaban en la fiesta. Rachel se sonrió. No era su marido en el sentido verdadero de la palabra, pero las mujeres de la fiesta no tenían por qué saberlo.

¿Cómo iba a poder sustituirlo cuando se separaran?, se preguntó, cerrando los ojos. Earl un magnífico caballista, el mejor que había visto jamás, y todo el mundo en el Circle T iba a echarlo de menos. Pero nadie tanto como ella.

Sabía que estaba llegando a depender demasiado de él, y no quería que eso ocurriera, pero saber que estaba allí le daba una tranquilidad y una sensación de bienestar que jamás había experimentado antes. Y había también otros sentimientos, sentimientos que prefina no

identificar ni analizar, pero que invariablemente estaban allí. Con un suspiro, se levantó el pelo de los hombros para dejar que el aire le refrescase la nuca.

Nadie podría reemplazar a Cord; lo sabía tanto con la cabeza como con el corazón, pero no le hacía ningún bien pensar en ello en aquel momento. Aquella noche, sólo aquella noche, ¿qué daño podía hacerle engañarse a sí misma y pensar que no iba a marcharse nunca?

Desde una esquina un poco más allá de la pista de baile, Cord vio a Rachel sentada bajo un roble y se dirigió hacia ella. La había visto bailar con varios hombres, pero no había podido cortar la conversación con el adiestrador de Pipe Creek hasta aquel mismo momento. Sabía que estaba aún disfrutando de su victoria y no había querido interrumpirla, pero el resto de la noche, era suya.

Estaba preciosa. Llevaba un vestido turquesa con adornos de piel y lentejuelas en los hombros. La cintura era ajustada y la falda larga y de vuelo, y al verla girar en la pista, se había alegrado de que llevase botas para que nadie más pudiera ver sus largas piernas.

Al verla ahora sentada en el banco, con los ojos cerrados y la espalda arqueada para separarse el pelo, se había quedado helado. Estaba tan tentadora que en lo único que podía pensar era en llevársela a la habitación, quitarle el vestido y hacerle el amor hasta que los dos se agotaran. Tragó saliva y se maldijo por pensar así. Se había jurado que no iba a forzar las cosas con ella, pero compartir la habitación había sido más difícil de lo que se había imaginado. Saber que estaba al otro lado de la pared ie estaba volviendo loco. Se había despertado las dos noches sudando, con las sábanas enrolladas al cuerpo de tanto dar vueltas.

Estaba ya tan cerca que podía oler su aroma tan inconfundible. Tenía las mejillas arreboladas de bailar y los labios ligeramente entreabiertos, y tuvo que apretar los puños para no rendirse a la tentación de abrazarla. Tenía el estómago hecho un nudo. Maldita sea... iban a tener que hablar de ese tema sin remedio. No estaba hecho de piedra. Si ella no lo aceptaba, sabría dónde encontrar una mujer que lo hiciese.

Rachel abrió los ojos y lo que vio en ellos lo dejó clavado en el sitio. Era la misma expresión que tenía siempre que hablaba del racho, pero ahora esa expresión iba dirigida a él con esa misma intensidad, ese mismo calor.

Vio en ellos pasión, pero se preguntó si no se lo habría imaginado de tanto desearlo. Toda la frustración, el deseo, habían valido la pena si lo que había visto en el fondo de sus ojos era verdad. Y cuando la vi sonreír, perdió la capacidad de pensar. Se estaba hundiendo en arenas movedizas y era incapaz de evitarlo. Se había estado engañando a sí mismo pensando que podría ir en busca de otra mujer mientras tuviese alguna opción con Rachel. Si tenía que esperar todo el maldito año, demonio... si tenía que esperar toda la vida, la esperaría, si eso significaba que podría abrazarla y ser mirado de aquella manera.

Con el pulso acelerado, la tomó de la mano para llevarla hasta la pista de baile. Aquella noche, decidió al tomarla en sus brazos, Rachel no bailaría con nadie más.

Rachel se acomodó en los brazos fuertes de Cord y apoyó la mejilla en su camisa blanca. Su aroma era embriagador, un olor masculino que le hizo comprender lo inteligente que era la naturaleza. Estaba respondiendo en un nivel muy básico a algo que no podía ver, ni siquiera tocar. Los perfumistas no podían lograr ni de lejos un aroma tan fuerte, tan poderoso. Era peligroso estar tan cerca de aquel hombre, saber que iban a compartir la misma habitación en el hotel. Intentó convencerse de que estaba bailando así con él sólo para la galería, pero si eso era verdad, ¿por qué entonces sentía que el estómago se le retorcía y que el corazón le latía como un tambor?

Cord no podía acercarse más a ella. Si lo intentaba, seguro que hasta los arrestaban. Sus cuerpos se movían al ritmo de la mxísica, pero lo que estaban haciendo no era bailar, y al deslizar las manos por su espalda, tuvo que hacer un enorme esfuerzo por recordar que estaban en un sitio público.

Ella le rodeaba el cuello con los brazos, pero Cord dudaba de que fuese consciente de que le estaba acariciando. Una necesidad se le clavó dentro, tan profunda como un pozo sin fondo, y supo que incluso si llegaba a tenerla, no desaparecería, sino que se haría más profunda y más exigente. La idea le asustaba, pero no podía evitarlo. Con los labios le acarició la sien, y sintió acelerarse su pulso bajo la piel. Rachel le deseaba tanto como él a ella. ¿Que sentido tenía seguir esperando? -Rachel.

Tenía los ojos cerrados, y Cord le besó los párpados. -¿Mm?

—Volvamos a la habitación.

Entonces los abrió. Tenía las pupilas dilatadas por la pasión e iba a

decirle algo cuando la música se paró de pronto y sonaron los tambores.

Dos hombres se acercaron a ellos. Uno iba vestido como un sheriff del lejano oeste, y el otro era su ayudante. Sus expresiones eran muy serias.

—¿Señor y señora Cantrell? —preguntó el sheriff, subiéndose los pantalones.

Apretando los dientes, Cord soltó a Rachel y se volvió hacia él. -¿Sí?

El sheriff carraspeó. —Los dos están bajo arresto.

Aunque sabía que era una broma, Cord sintió deseos de estrangularle. —¿Por qué?

—Por cuatreros. Tendremos que encarcelarlos —dijo, señalando hacia una caja de cartón que habían pintado como una cárcel— ...hasta que alguien venga a depositar la fianza.

¿Por qué ahora? gimió Cord en silencio, dejando que el ayudante le pusiera unas esposas de plástico. ¡Maldita sea mi suerte!

Rachel se quedó mirando a Cord mientras le ponían las esposas y se la llevaban, con la multitud riéndose y silbando, y Cord murmuró algo entre dientes y la siguió.

Cord abrió la puerta de la habitación del hotel. Era más de media noche. Desde el mismo momento en que los dos se habían convertido en el centro de atención, no había habido forma de escapar, incluso después de que los hubieran sacado de la cárcel. Aun así, no tenía más remedio que admitir que habían pasado un buen rato.

Encendió la luz y Rachel entró en la habitación. Iba canturreando algo en voz baja, con los ojos brillándole por la excitación de la noche. A la mañana siguiente volverían al rancho, y Cord sabía que, una vez allí, volvería a parapetarse tras el muro que ella misma había construido entre los dos.

¿Y cómo podía culparla? se preguntó mientras dejaba la llave en la mesita junto al sofá. Ya había tenido su ración de hombres que habían intentado pisotearla, y se merecería algo mejor. Se merecía un hombre que supiera estar a su lado, y no sólo durante un año, sino durante toda su vida. Entonces se paró a pensar en la suya propia, en todos los años de ir de un sitio para otro, en las noches solitarias... Si hubiese alguna posibilidad, una sola...

No. Los vaqueros eran unos maridos desastrosos. ¿No era eso mismo lo que su madre le dijo mil veces a su padre antes de acabar por

marcharse? Además, durante los años que llevaba dedicándose a los caballos, había visto que la acusación de su madre era cierta. Los hombres que se dedicaban a domar caballos estaban pensando siempre en el próximo animal, en el próximo concurso. Sería sólo cuestión de tiempo el que llegase el momento de volver a marcharse.

Deseaba físicamente a Rachel, pero la idea de echar raíces, tener hijos y acudir al oír la campana para cenar le asustaba cien veces más que una manada salvaje. La idea de un hogar, un verdadero hogar, jamás había sido para él más que una breve fantasía, y después de aquella noche, después de haber visto cómo Rachel lo miraba, había llegado a la conclusión de que no quería hacerle más daño del que ya había tenido que sufrir. Si no le quedaba más remedio que ducharse con agua fría y trabajar dieciséis horas al día durante el próximo año, eso es lo que iba a hacer, maldita sea.

Su decisión flaqueó algo cuando sintió su mano rozarle el brazo.

—He pasado una noche maravillosa, Cord. Gracias. Cuando Rachel lo besó en la mejilla, apretó los dientes e hizo un esfuerzo por sonreír. —Yo también.

Ella se lo quedó mirando un instante antes de sonreír. —Buenas noches. —Buenas noches.

Cord la vio caminar hacia su habitación y cerrar la puerta a sus espaldas y acto seguido se preguntó cuál sería el caudal de agua fría del grifo de! baño.

Con un suspiro, salió a la terraza de su habitación. Lo único que necesitaba era unos minutos de tranquilidad para recuperar la serenidad, y después bebería hasta caer redondo. Aunque después tuviese que pagar las consecuencias a la mañana siguiente, merecería la pena poder dormir sin soñar una sola noche.

Una brisa fresca sopló por la terraza mientras el suave resplandor de las farolas iluminaba las calles vacías. Las ventanas de las casas estaban ya oscuras. Todo el mundo estaba ya en la cama... el último sitio en el que él quería estar. Un ruido a sus espaldas llamó su atención, y el corazón se le paró al darse la vuelta.

Rachel estaba de pie allí, vestida con una bata de seda color verde esmeralda. La llevaba atada a la cintura, pero el escote revelaba lo bastante para que el corazón se le lanzase a un galope furioso. Se acercó a él con un vaso de whisky en una mano y una sonrisa en los labios. —He pensado que quizás tuvieras sed.

Cord tenía la sensación de haberse tragado un calcetín de algodón. Tomó el vaso que ella le tendía poniendo su mano sobre la de Rachel, para retenerla así un instante y poder disfrutar de mirarla. La bata confería a sus ojos el color verde del bosque y tenía los labios entreabiertos y humedecidos.

Tomó el vaso y se bebió la mitad de un trago, agradeciendo la quemazón del whisky al pasar por la garganta.

—Rachel, cielo —le advirtió con voz ahogada—, si estás intentando ponerme a prueba, será mejor que te advierta que no voy a ser capaz de resistirla. Si no sales de aquí en un par de segundos, esa preciosa bata va a salir volando seis pisos de altura y tú vas a estar tumbada debajo de mí en un abrir y cerrar de ojos.

Rachel sonrió satisfecha, y tomando el vaso de su mano, tomó un buen trago antes de dejarlo sobre la mesa de la terraza.

—Vaya, Cord —le contestó en voz baja—, ¿siempre has sido tan romántico?

Fue todo lo que le hizo falta escuchar. Cord tiró del lazo de la bata y la seda cayó a sus pies. Lo que vio debajo le hizo correr fuego por las venas: un body verde agua adornado con encaje negro.

Rachel se quedó sin aire cuando Cord la apretó contra él. Aunque había visto en su mirada una ansiedad primitiva, no había esperado que fuese tan fuerte. Depués de bailar con él aquella noche había sabido, como sólo una mujer puede saber, que aquella misma noche harían el amor, y el deseo de que llegase el momento, había hecho aún más dulce la espera. Y al ver que Cord no iba a tomar la iniciativa, bueno pues había decidido tomar ella misma las riendas del asunto.

Y ahora parecía que él había recuperado el control.

Lentamente Cord deslizó sus manos por la espalda hasta alcanzar sus naglas y la apretó contra él, y Rachel sintió su miembro contra el vientre, lo que sirvió para intensificar su propia necesidad, una necesidad tan fuerte que le hizo pronunciar su nombre e invitarlo a seguir. Cord la levantó en brazos, la llevó hasta la cama y se tumbó sobre ella antes de besarla en los labios con tal posesividad que parecía temer que se desvaneciera entre sus brazos. Su lengua parecía de fuego, excitándola cada vez más, mientras le bajaba las hombreras del body. Rachel tuvo la sensación de convertirse en puras llamas cuando alcanzó sus pechos para acariciarlos.

Cord se apartó de sus labios y fue recorriendo con besos su cuello y

sus pechos hasta llegar a su pezón ya endurecido, y Rachel gimió, hundiendo las manos en su pelo. Sus manos eran capaces de obrar magia en su cuerpo, y un instante después, el body había desaparecido y estaba desnuda bajo su cuerpo.

Era como un sueño verla tan apasionada, deseándolo tanto como él la deseaba a ella, y se desabrochó la camisa mientras que ella se ocupaba de sus pantalones. Tenía unas manos suaves como la seda y con ellas le quitó el pantalón. Su piel era blanca y delicada, y por un instante tuvo miedo de hacerle daño, pero ella estaba tan desesperada por sentirlo como él lo estaba por sentirla a ella, y sus ruegos y susurros estaban volviéndolo loco.

Rachel se aferró a él cuando Cord la penetró, gimiendo de placer, y arqueó la espalda moviéndose hacia él con su mismo ritmo, un ritmo que iba creciendo a medida que la necesidad crecía también, hasta que el fuego explotó en los dos.

Ninguno supo cuánto tiempo se quedaron así, abrazados el uno al otro, hasta que lentamente Cord volvió a empezar a moverse, y el tiempo ya no importó.

Cord se despertó poco a poco cuando el sol le rozó los hombros desnudos y se abrazó a Rachel, y su suspiro de satisfacción le hizo sonreír. Entonces la besó en un hombro y lentamente fue ascendiendo.

—No deberías hacer eso —murmuró ella medio dormida, pero extendiendo el cuello para que pudiera hacerlo.

—¿Por qué? —le preguntó mientras la besaba en la nuca. No estaba seguro de si se habría imaginado que tenía un punto especialmente sensible allí.

—Porque... —Rachel contuvo la respiración cuando sintió sus dientes en la piel—... van a echarnos de aquí de un momento a otro. Son casi las doce.

Decididamente aquel era el lugar, pensó al oírla gemir.

—Cariño, tendrían que venir los Ranger de Texas en pleno para sacarme de esta cama.

Rachel sonrió. Era como si su piel cobrase vida allí dónde Cord la besaba, de tal forma que le resultaba imposible estarse quieta. Cuando sintió su mano en uno de sus pechos, se mordió el labio.

—Creo que no voy a poder volver a andar jamás —le dijo, mirándolo por encima del hombro—. ¿Es que nunca estás satisfecho, Cantrell?

Cord se echó a reír.

—¿Y por qué no lo averiguamos? —le sugirió.

Rachel cerró los ojos y se estremeció al sentir su mano entre las piernas, y gimió cuando encontró la entrada de su vagina.

Cord tuvo que esforzarse por mantener bajo control su propio deseo. Quería satisfacerla a ella, verla disfrutar a la luz del sol con los ojos cerrados. Pero cuando volvió a oírla gemir, su control se desintegró y le hizo darse la vuelta en sus brazos para penetrarla con la misma pasión ciega que había sentido la noche anterior. Rachel se arqueó contra él, su necesidad tan fiera e intensa como la suya. El temblor comenzó como el trueno lejano de una tormenta hasta que de pronto estalló violentamente, volando en mil pedazos como un cristal roto. Un instante después, Cord vibró con la misma intensidad, pronunciando su nombre al tiempo que la apretaba contra él.

Cuando fue capaz de volver a pensar, Cord se incorporó apoyándose en los codos. Tenía la piel sonrosada y los ojos oscuros y somnolientos, fijos en él.

—¿Qué estabas diciendo antes sobre satisfacción? —le preguntó, y la besó en la punta de la nariz.

—No seas impertinente, vaquero —le contestó—, y limítate a darme de comer. Estoy muerta de hambre.

Cuando Cord se inclinó de nuevo sobre ella para besarla, Rachel se las arregló para salir de debajo de él y sentarse en la cama. Había sido la noche más increíble de su vida, pensó al ver la ropa desperdigada por el suelo.

¿Y ahora qué?, se preguntó, pasándose la mano por el pelo, y se volvió a mirar a Cord, que seguía desnudo tumbado en la cama. Sin saber por qué, de pronto se sintió extrañamente tímida y buscó con la mirada algo que ponerse encima. Su body estaba al pie de la cama, junto a los calzoncillos de Cord, y sintió cómo le ardían las mejillas.

—No lo hagas, Rachel —le dijo él, y tiró de ella para que volviese a meterse en la cama.

—¿Hacer qué? —le preguntó sin mirarlo, pero Cord la obligó a hacerlo poniéndole un dedo bajo la barbilla.

—No sientas vergüenza por haber pasado la noche conmigo. Entre nosotros las cosas no funcionan así. Los dos hemos esperado mucho tiempo para que esto llegase a ocurrir y también los dos sabemos que era inevitable.

Rachel lo miró a los ojos y asintió. Tenía razón, por supuesto. Aunque lo había negado ante sí misma, aunque había luchado contra ello, siempre había sabido en el fondo que aquel momento iba a llegar, que quería que llegase a ocurrir.

—Lo que pasa es que no sé qué decir ahora que... bueno... —sintió que las mejillas le echaban fuego— ...ya sabes, ahora.

—¿Y qué esperas que ocurra? ¿Que haga otra muesca en mis botas, me ponga los pantalones y te diga :Muchas gracias, señora. He pasado una noche estupenda?

Rachel se echó a reír y se tranquilizó un poco.

—Lo que ha ocurrido esta noche ha sido muy especial para mí, Rachel —le dijo, tomando sus mejillas entre las manos—. Tú eres especial para mí —añadió, y la besó en los labios con tanta ternura que Rachel tuvo ganas de llorar.

Sabía que ninguno de los dos iba a tener suficiente con una noche. Ni siquiera estaba segura de poder saciarse de él, y en aquel instante reconoció qué era lo que durante todo el tiempo había estado intentando negar. Instintivamente había sabido lo que ocurriría si bajaba la guardia: que terminaría por necesitarlo, por depender de él... por quererlo.

Ya pensaré en eso más tarde, se dijo al abrazarlo una vez más. Más tarde, cuando tuviesen que dejar aquel mundo de fantasía y volviesen a la fría realidad de la vida

OCHO

Hacía calor, un calor insoportable e irritante. Rachel se remangó la camisa, se puso los guantes de trabajo, cogió la horca y comenzó por la primera casilla del establo. Los caballos necesitaban una cama limpia hiciese calor o no.

Normalmente esa clase de trabajo se hacía antes de que el sol estuviera en todo lo alto, pero aquella mañana se había despertado más tarde que de costumbre, y esa idea le hizo sonreír al recordar la noche de pasión que había compartido con Cord. Hacía ya un mes que se había celebrado el concurso de doma y poco a poco Cord se había ido llevando sus cosas a su habitación, hasta que ya había quedado fuera de duda dónde iba a dormir cada noche.

Con el ceño fruncido, se secó el sudor de la frente y echó una palada de estiércol en la carretilla. Cord y ella tenía una especie de… acuerdo, aunque un acuerdo tácito, sin palabras: sin promesas, sin lazos. Trabajaban juntos todo el día, cenaban juntos y compartían la misma cama. ¿Y eso qué tenía de malo? , se preguntó al tiempo que echaba otra palada. ¿Por qué no disfrutar el uno del otro durante el tiempo que él siguiese allí y después, bueno, después él tendría su tierra, ella su rancho, y la vida continuaría igual.

Apoyó la frente en el puño de la horca y suspiró, y después se quitó el guante para secarse una lágrima furtiva. Se estaba volviendo una sensiblona. Había sabido desde el primer momento en dónde se estaba metiendo al hacer el amor con Cord.

No; eso no era verdad tampoco. Nada podía haberla preparado para el torbellino en el que había vivido desde la noche del concurso. Jamás hubiera creído que iba a enamorarse tan profunda y completamente.

Pero así había sido, y tendría que aprender a seguir adelante con ello.

Inspiró aire profundamente, volvió a colocarse el guante y se obligó a pensar de forma positiva. Tenían suficientes caballos en pupilaje para pagar la letra de la hipoteca y el sueldo de los empleados. Las ganancias del concurso habían servido para pagar los impuestos y arreglar el tractor. Ahora tenía que reunir lo bastante para reparar el tejado del granero y la valla del límite sur. Ah, sí; y también el

carburador de su camioneta.

Suspiró y volvió al trabajo. La camioneta tendría que esperar.

No podía faltar mucho tiempo, quizás sólo unas cuantas semanas más, para que pudiese tener el control de su dinero. Cord le había dicho un montón de veces que estaba dispuesto a pagarle un abogado para hacer frente a Earl, pero ella se había negado. Si aceptaba el dinero de Cord, eso le daría cierto derecho sobre ella, cierto control, y de eso ya tenía demasiado. Jamás volvería a permitir que un hombre tuviese esa clase de poder sobre ella.

Hizo una pausa en el trabajo para recuperar el aliento. Tanto calor y tanta humedad eran insoportables, pero aun así, sonrió. La noche había merecido la pena.

—Hace demasiado calor para que estés haciendo eso.

Rachel se dio la vuelta al oír la voz de Cord. Al salir de la casa lo había visto preparándose para ir a la ciudad, y se había imaginado que ya estaría allí.

Cargó otra palada más y se volvió hacia él. Parecía muy serio.

—No estaría haciendo esto —le contestó, con su mejor voz de mujer fatal—, si alguien no me hubiese tenido despierta toda la noche y después no me hubiese dejado dormirme.

Cord esbozó una medio sonrisa pero después frunció el ceño.

—Ha habido una llamada para ti del señor Raskin. Rachel apoyó en el suelo la horca. Tenía una cita con el señor Raskin al día siguiente, pero no había querido que Cord se enterase.

—Gracias —le contestó, y siguió trabajando—. Lo llamaré más tarde.

—No será necesario —dijo él, y le quitó la horca de las manos para dejarla apoyada contra la pared—. Ha cancelado tu cita con él. Me ha dicho que después de revisar de nuevo tu solicitud, siente tener que decirte que no puede concederte el préstamo.

¡Maldito fuese la comadreja de Raskin! ¿Por qué demonios tenía que decírselo a Cord?

-¿Por qué no me lo habías contado, Rachel? -le preguntó él, alejándose de ella— Aunque sólo sea por una vez, ¿no podrías contarme tus problemas y dejarme ayudarte?

Rachel lo miró de frente.

—¿Por ayudarme quieres decir prestarme el dinero? —¡Sí, maldita sea! ¡Prestarte el dinero, si eso es lo que necesitas! ¿Cómo crees que me

siento al saber que has acudido a un banco en lugar de acudir a mí? ¿Que ni siquiera me dejes arreglarte la camioneta, aunque se te esté rompiendo cada dos por tres?

Cord se dio cuenta de que estaba gritando, pero no le importó. Coger la llamada de Raskin le había dado el pistoletazo de salida. ¡Maldita fuese la independencia de aquella mujer! Ya había aguantado bastante.

—Pues lo siento si te molesta, Cord —le contestó con demasiada serenidad-, pero los gastos de rancho son cosa mía. y no tuya. Nuestro acuerdo era... —¡A la mierda nuestro acuerdo! Hubo un atisbo de temor en los ojos de Rachel, pero que enseguida desapareció tras un muro de indiferencia.

—¿Estás diciendo que quieres romperlo?

—¡Por amor de Dios, Rachel! —exclamó— No, no es eso lo que estoy diciendo. ¡Lo que pasa es que creía que lo que tenemos tú y yo es algo más que un maldito acuerdo!

El corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

—¿Lo que tenemos? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

—Sí. lo que tenemos. Me importas tú, y me importa tu rancho. Quiero ayudar. Somos socios, ¿recuerdas?

Le importaba ella, pero sólo eso... Nada de amor. Sólo socios.

—Efectivamente: somos socios —el dolor que sentía en el pecho le hacía difícil respirar, pero levantó la horca y volvió al trabajo—. Pero no pienso tomar ningún dinero tuyo prestado, así que es mejor que dejemos el tema. Hace demasiado calor para discutir.

¡Condenanda mujer! Cord apretó los dientes viéndola

cargar la horca con el sudor cayéndole del pelo. El número creciente de caballos y el papeleo del rancho estaban cobrándose su precio en ella. Tenía ojeras, y se había dado

cuenta de que su atención había decaído en las últimas

clases de soma.

Estaba llegando al límite de sus fuerzas, y se negaba a escuchar los consejos de que bajase el ritmo. Se había mudado a su habitación, pero desde luego no había entrado en ningún otro aspecto de su vida. Era curioso, pero había habido un momento en que había creído que sería suficiente para él compartir la cama con Rachel, y le sorprendía y le irritaba darse cuenta de que ya no le era bastante. Quería más, pero sabía que no tenía derecho a pedírselo porque no podía ofrecerle lo

mismo a cambio.

Con el ceño fruncido, se caló el sombrero. Rachel parecía a punto de desmayarse con aquel calor. Tenía la camisa empapada de sudor y las mejillas al rojo vivo. ¿Pero es que no sabía cuándo debía parar?

—Parker —gritó, con los puños apretados, y el joven no tardó más de tres o cuatro segundos en aparecer—. ¿Te importaría limpiar esta casilla para la señora Cantrell?

Cuando ella hizo ademán de protestar, Cord dio media vuelta.

—Me voy a la ciudad —dijo sin volverse—, y voy a traer ese maldito carburador tanto si te gusta como si no.

Rachel lo vio alejarse mordiéndose la lengua. No iba a empezar una discusión delante de Parker, pero más tarde, hablarían del tema.

-Gracias, Parker le dijo, y forzó una sonrisa al darle la horca—. Voy a cercarme a echar un vistazo a la valla sur. Volveré más o menos en una hora.

Rachel se subió a la camioneta y cerró de un portazo, maldiciendo en voz alta. Aquel condenado motor no quería arrancar. Después de varios intentos, por fin volvió a la vida.

Ahí estaba, se dijo, irguiéndose satisfecha. Esta furgoneta funciona a la perfección.

Y cuando Cord volviese de la ciudad, le diría por dónde podía meterse su carburador.

Una hora más tarde, estaba de pie al lado de una camioneta que se negaba a moverse, preguntándose si le quedaría algo por hacer. Había probado a gritarle, a hablarle con suavidad, incluso a darle golpes al carburador y pisotones al acelerador, pero nada había funcionado.

¡Maldita sea! Miró entonces hacia el cielo y frunció el ceño. El aire se había hecho aún más pesado, casi irrespirable, y unas nubes enormes y negras amenazaban en el horizonte. Nunca habían tenido un tiempo como aquel y sintió cierta inquietud.

Pensó en la posibilidad de volver caminando hasta el rancho, pero se calaría hasta los huesos si empezaba a llover. En fin; había un refrán en Texas que le parecía muy cierto: si no te gusta el tiempo, espera cinco minutos. Y volvió a mirar hacia las nubes. Quizás lo mejor fuese quedarse allí. Podía encerrarse en la cabina de la furgoneta si era necesario. Al menos aquel trasto serviría de algo.

¿Y por qué estaría todo tan en silencio?, se preguntó, mirando a su alrededor. Parecía como si la tierra se hubiese quedado sin vida. Ni un

solo ruido, ni un movimiento. Confundida, se sentó junto a la furgoneta, a la sombra de la cabina.

¿Iría Cord a buscarla al volver de la ciudad? Se había ido hecho un basilisco, pero no le duraban mucho los enfados. Cerró los ojos al imaginarse la expresión sabi-honda que tendría al llegar.

Pero la verdad es que había tenido razón, y eso era precisamente lo que la ponía enferma. Estaba intentando demostrarle que podía ocuparse de sí misma y precisamente en aquel momento tenía que quedarse allí sentada a esperar que él la rescatase. Con un suspiro, agarró varias piedrecillas del suelo y las fue tirando una a una contra un arbusto cercano. ¿Por qué no podía comprender lo importante que era para ella su independencia? No podía renunciar a ella, porque lo único que conseguiría sería que dejarlo marchar fuese mucho más difícil.

Socios. Así los había llamado. Ni siquiera estaba segura de saber por qué le había molestado tanto. Necesitaba que le recordasen que era un acuerdo comercial la base de su relación, y no el amor.

Al menos para Cord.

Por segunda vez en aquel día, tuvo que tragarse las lágrimas. ¿Cómo iba a ser capaz de dejarlo marchar?

Entonces se oyó un sonido, un ruido extraño, como un tren que se acercase a toda velocidad. Miró hacia arriba y se dio cuenta de que el aire había adquirido un color amarillento mortecino, y soltando las piedras que aún le quedaban en la mano, se levantó para mirar hacia el horizonte. El miedo le agarrotó el pecho cuando vio la espiral que se levantaba amenazante desde el suelo hasta el cielo negro. Un tornado.

Algo estaba pasando.

Cord pisó a fondo el acelerador sin apartar ni un instante la vista de la carretera. Estaba casi llegando a la ciudad cuando había dado media vuelta para volver al rancho. En aquella ocasión, Rachel y él iban a hablar claro. Estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para poder entrar en esa cabezota suya tan dura. Tenía que hacerle comprender que extenuarse día tras día de la forma en que lo estaba haciendo le acarrearía más daños que beneficios. Y tanto si le gustaba como si no, iba a contratar a un abogado para que se ocupase del bastardo de Earl, a no ser que... fuese él mismo quien lo hiciera. Pero qué testaruda era aquella condenada mujer... Pero al mismo tiempo, ¿no eran esos potros los más divertidos de enseñar? Era difícil

imaginarse a Rachel como un potro al que domar, y la idea le hizo sonreír. Durante el día era todo profesionalidad, formalidad y ,cabezonería, pero por la noche era tan hermosa, libre e indomable como un mustang salvaje.

Pisó a tope el pedal del acelerador mientras veía pasar los arbustos que bordeaban la carretera en una nebulosa. Rachel trabajaba tan duro como cualquier hombre, incluso más, pero por la noche, cuando se entregaba a él... Dios, era más suave y más dulce que cualquiera de las mujeres que había conocido. Le hacía desear cosas que jamás había deseado antes, cosas que le asustaban.

Se frotó la nuca intentando disipar la inquietud que le subía por la espalda. Algo no iba bien. Lo sabía. Podía sentirlo. ¿Pero qué?

Debía ser su imaginación. Había tenido una pelea con Rachel, hacía calor, y aquella maldita humedad que casi no le dejaba respirar...

No le dejaba respirar. Cord miró hacia el horizonte, vio las nubes negras y reparó en la pesadez del aire. Y en el color. Él ya había visto antes ese mismo color dos años antes, en Abilene.

El miedo se apoderó de su estómago y encendió la radio.

—...el tornado que está arrasando el área de Sweetwater. Se aconseja a los residentes que busquen refugio adecuado inmediatamente. El tornado avanza en dirección sudoeste a unas treinta millas por hora. Los iremos informando a medida que vayamos recibiendo más información, pero por ahora, esta es la lista de refugios públicos donde pueden...

¡Mierda! Salió de la autopista ya hacia el camino del rancho, escupiendo polvo con las ruedas de atrás. El cielo estaba más negro, más amenazante, pero aún no se veía rastro del tornado. Quizás no pasara por el rancho.

Paró la camioneta delante del establo y abrió rápidamente la puerta. Sorprendido, Parker se incorporó de bebedero que estaba limpiando.

—¿Dónde está Rachel ? —le gritó mientras entraba en los establos.

Confundido, Parker dejó el cepillo y se limpió las manos en los vaqueros.

—Ha salido a revisar una parte de la valla que se había roto.

Cord volvió a salir corriendo.

—¿Dónde?

Parker se rascó la cabeza.

—Bueno, no estoy muy seguro; me parece que era hacia el sur, pero…

—¡Maldita sea Parker! —espetó Cord, cogiéndolo por la pechera de la camisa—. Hay un tornado a punto de pasar por aquí y puede que Rachel esté en su camino, así que haz el favor de recordar.

Parker tragó saliva.

—Al sur. Estoy seguro.

De pronto se escuchó un ruido que llamó su atención. Una especie de rugido profundo. Cuando miraron hacia el cielo, estaba allí, en la distancia, una espiral estrecha y que avanzaba dando vueltas.

—Ve a decirle a Sam y a su familia que se pongan en un sitio seguro y que no se muevan de allí. Voy a buscar a Rachel.

Parker asintió y salió corriendo, y Cord se subió de un salto en la furgoneta y desapareció.

En cuestión de minutos, el tornado alcanzaría la parte sur del rancho. Apretando el volante entre las manos, Cord dio un pisotón al acelerador. Tenía que llegar allí antes que el tornado.

Rachel veía acercarse el tornado como si fuese la figura de un gigante que no dejaba de girar. Las hierbas secas pasaban volando a su alrededor, el cielo estaba negro como una tumba y el ruido del viento era ensordecedor. Con el corazón latiéndole en la garganta, se quedó allí, hipnotizada por la impresionante representación de la naturaleza. El remolino estaba ya muy cerca, yendo y viniendo entre el cielo y la tierra. Parecía casi como si no fuese real, como si fuese un sueño espectacular y estremecedor.

Pero no era un sueño, y venía directo hacia ella. «Por amor de Dios, Rachel; este no es momento para contemplar el paisaje». Si no se movía rápido, en un par de minutos iba a encontrarse montando el caballo más salvaje de su vida.

Miró frenéticamente a su alrededor, buscando un lugar donde refugiarse, pero estaba al menos a un par de kilómetros del rancho, en un llano abierto. Miró entonces a la furgoneta, pero inmediatamente rechazó la idea. No funcionaba, y seguro que tampoco la protegería.

Un hierbajo le pegó en la cara, y lo apartó. El viento tiraba de su pelo y de su ropa.

¡Corre, maldita sea! ; Pero hacia dónde?

Estuvo a punto de caer de espaldas; parecía como si sus botas estuvieran llenas de piedras y sus piernas hechas de esponja. Un conejo

pasó a todo correr a su lado y se perdió en un montículo a unos metros de ella.

Era como una pesadilla en la que uno no podía respirar ni mover las piernas. El torbellino se acercaba como una serpiente recorriendo la tierra y el viento creció, y sin pensarlo más, dio media vuelta y corrió detrás del conejo.

Despacio, tenía que ir despacio. A juzgar por la distancia a la que se encontraba el tornado y la velocidad a la que se movía tenía menos de un minuto para enterrarse en alguna parte. Por fin consiguió ponerse en movimiento e inyectar energía a su piernas para correr más rápido de lo que jamás había corrido en toda su vida. El viento le gritaba en los oídos y el cielo giraba amenazante.

Sin pensárselo dos veces, se lanzó por encima del montículo y fue a aterrizar sobre una piedra. El dolor se le presentó como una neblina blanquecina y ardiente delante de los ojos pero ella parpadeó para disiparla y poder esconderse lo mejor posible. Las piedras y los arbustos le arañaban la cara y los brazos.

El ruido era ensordecedor, y parecía atravesarle el cuerpo. Nubes de polvo y hierbas se le metían en los ojos cuando el tornado pasó a algo menos de treinta metros de ella. Entreabrió los ojos y gritó cuando vio su camioneta salir volando como si fuese un trozo de madera seca y después volver a salir para caer de lado como un juguete roto.

El tornado siguió avanzando, saltando y bailando sobre la tierra, dejando un paisaje desolado donde quiera que tocase. Tomaba la dirección del rancho, y Rachel rezó para que todo el mundo del Circle T se hubiera puesto a salvo.

Y Cord. Un gemido se le quedó atragantado en mitad de la garganta. Dios, ojalá no hubiesen discutido antes, y hundió la cabeza entre los brazos. Si ese tornado lo pillaba volviendo de la ciudad, podía no tener tanta suerte como había tenido ella, pensó al volver a mirar su camioneta destrozada. El miedo le atravesó las entrañas como si fuese un cuchillo afilado. No iba a pasarle nada. Tenía que estar bien.

Se puso boca arriba con una mueca de dolor cuando el dolor del golpe que se había dado en el brazo le subió hasta la cabeza. Tenía los brazos arañados y sangrando, los vaqueros rotos en la rodilla y una herida debajo. Lo peor ya había pasado. Lo único que tenía que hacer era quedarse allí tumbada un momento para recuperar el aliento antes de comenzar el camino de vuelta hacia casa.

Entonces fue cuando la negritud del cielo se abrió de parte a parte y comenzó a llover a cántaros.

Cord puso en marcha las escobillas del parabrisas, pero tal y como llovía, servían de bien poco. Había visto cómo el tornado había cambiado de dirección y se dirigía ahora hacia el norte, hacia el rancho, y aunque le preocupaba lo que pudiera pasarle al Circle T y a su gente, no podía hacer nada por ellos.

Rachel era lo único que tenía en aquel momento en la cabeza. Imaginársela ahí fuera, sola, enfrentándose a un tornado y ahora a aquella tormenta, le contraía dolorosa-mente los músculos del pecho...

Un objeto grande y negro llamó su atención. ¡La camioneta de Rachel! El corazón se le aceleró y estuvo a punto de parársele cuando vio el vehículo tirado de lado, con el parabrisas hecho pedazos.

Las ruedas traseras de su camioneta patinaron sobre la tierra mojada cuando Cord pisó el freno. La sangre le palpitaba en las sienes al imaginarse su cuerpo pequeño y delgado en la cabina, roto como una muñeca de porcelana. En cuanto bajó de la camioneta, gritó su nombre.

La cabina estaba vacía, y sintió un tremendo alivio al volver a incorporarse y darle las gracias al cielo. ¿Dónde podría estar?

Cord se dio la vuelta, mirando la zona con los ojos entornados. La lluvia era tan intensa que era difícil ver nada. Se pasó una mano por la cara para apartarse el agua, pero no sirvió de nada.

-¡Rachel!

Gritó su nombre con todas sus fuerzas y avanzó unos pasos, pero no podía imaginar dónde se habría escondido.

¡Maldita sea! Si no hubiera perdido los nervios con ella aquella mañana y si no se hubiera marchado tan furioso, habría reconocido los signos antes. Habría podido llegar a buscarla a tiempo. Si le había ocurrido algo...

No. Estaba bien. No podía ser de otra manera. Todo aquel tiempo no había querido admitirlo, pero Rachel significaba demasiado para él como para perderla. No podía perderla. No iba a perderla.

Volvió a llamarla una y otra vez, pero era como si gritase bajo una cascada. El barro tiraba de sus botas cuando dio unos pasos hacia la izquierda, intentando ver algo bajo aquel diluvio. A través del estruendo de la lluvia le pareció oír un sonido... una voz de mujer...

¡Rachel!

Entonces la vio, haciéndole señas con un brazo al salir de detrás de

un montículo. Con un grito de alegría salió corriendo hacia ella, tomándola en brazos justo cuando iba a caerse hacia delante. Estaba cubierta de barro y tenía el pelo y la ropa empapados. Nunca había estado más bonita.

—¿Estás bien? —le gritó.

Ella asintió.

—Sí, pero sácame de aquí, por favor.

Cord la tomó en brazos para llevarla al coche. Rachel vio el resto entre la bruma: el rugido del motor, el movimiento de las escobillas del parabrisas, una manta que le ponía por los hombros y después el aire caliente de la calefacción. Cerró los ojos y se apoyó en el hombro de Cord, intentando apartar la imagen del tornado avanzando hacia ella.

De pronto volvió a abrirlos y se incorporó.

—Cord, mi camioneta...

Una ráfaga de viento zarandeó la cabina y Rachel se vio lanzada hacia el otro lado del asiento. Cord estiró un brazo y le colocó el cinturón de seguridad.

—Olvídate de la maldita camioneta —contestó—. Lo único que importa es que estás a salvo.

Había estado preocupado por ella. Preocupado de verdad. Las lágrimas volvieron a agolpársele en los ojos por la intensidad de sus palabras. Con los nudillos blancos de tanto apretar el volante, Cord no apartaba la mirada del camino. Con tanta agua no podía ver más que a escasos metros de distancia.

—Lo que iba a decir... —continuó Rachel, arrebujándose bajo la manta— ...era que la condenada había vuelto a dejarme tirada. Por eso me quedé bloqueada ahí. Cord masculló algo entre dientes. —Debería haberte quitado las llaves y haberlas tirado al pozo.

Rachel toleró la regañina porque se la merecía. -Tenías razón, Cord. No debería haberla usado —suspiró y apoyó la cabeza—. Admito que a veces soy un poco... testaruda.

-Querrás decir cabezota, obstinada y terca. Rachel le hizo una mueca. —Te estás pasando, vaquero.

Siguieron avanzando poco a poco hacia la casa, con el único ruido de las escobillas y el golpeteo de la lluvia en el techo del coche. Cuando por fin llegaron frente a la casa, Rachel abrió la puerta.

—Tengo que ir a ver a Sam y a Judy para asegurarme de que todos están bien. Los animales...

—No vas a ir a ninguna parte —contestó él, sujetándola por la muñeca—. Llamaremos desde la casa y si no hay línea, seré yo quien vaya a ver si todo va bien. —Pero...

—¿No habré olvidado citar tozuda, testaruda y poco dispuesta a ayudar? ¿Quieres hacer el favor de cerrar el pico, y por una sola vez, hacer lo que yo te digo?

Rachel cerró la boca con un gesto exagerado y se lo quedó mirando.

—Eso está mejor.

Cord la llevó hasta la casa en brazos y abrió la puerta del baño con el pie para abrir la ducha. Dejó a Rachel sobre la tapa de la taza. Estaba temblando bajo la manta. El grifo del agua caliente chirrió al abrirlo.

—Métete en la bañera.

Ella contestó que no con la cabeza.

—Hasta que no llames a Sam, no.

Cord dijo entre dientes un juramento y suspiró.

—Está bien, voy a llamar a Sam, pero será mejor que te encuentre ahí sentada cuando vuelva.

Rachel intentó erguirse pero no dijo nada. Cuando Cord volvió dos minutos más tarde, seguía sentada en el mismo sitio.

—Todo el mundo está bien, incluidos los animales.

Gracias a Dios. Rachel cerró los ojos aliviada.

—Ahora, mi querida señorita, tenemos que quitarte esa ropa —Cord la puso de pie y le dio un beso en la mejilla—. Normalmente estaría encantado de hacerlo yo, pero va a ser difícil porque estás empapada, así que tendrás que ayudarme.

Ella asintió y dejó caer la íianta. Con dedos tembloroso empezó a desabrocharse la camisa, pero apartó sus manos y de un tirón, la desabrochó. Los botones cayeron tinteneando al suelo. Mientras él le quitaba la camisa, ella intentó desabrocharse el botón de los vaqueros, pero estuvo a punto de perder el equilibrio, así que Cord la hizo sentarse de nuevo.

—¿Te habían dicho alguna vez que el azul te sienta muy bien.

Rachel lo miró sin comprender y él se echó a reír, antes de ayudarla a levantarse y de meterla en la ducha. Nubes de vapor se extendieron por el baño, y con los ojos cerrados, Rachel se apoyó contra la pared de azulejos, dejando que el agua caliente estimulase sus músculos doloridos.

Un minuto más tarde, Cord entró también en la ducha, desnudo, y

la rodeó con los brazos, y ella apoyó la cabeza sobre su pecho, disfrutando de la sensación de su cuerpo fuerte y del agua cayéndole por la espalda. Él la besó en lo alto de la cabeza y le acarició suavemente la espalda; poco a poco, sintió que la tensión desaparecía.

Era maravilloso tener a alguien que cuidara así de ella. Rachel jamás había recibido esa clase de ternura antes. Su madre había estado siempre demasiado ocupada y Michael… bueno, Michael simplemente no era de ese tipo. Después de unos minutos, Cord cerró el agua caliente, la secó primero a ella y luego se secó él y después la llevó al dormitorio. Cuando la vio hacer una mueca al dejarla sobre la cama, se arrodilló frente a ella. —¿Estás herida?

—Yo… no estoy segura. Tengo el brazo hinchado y me arde la rodilla.

Empezando por un pie, Cord fue examinándole la pierna. Tenía numerosos raspones y pequeñas heridas, y la rodilla estaba descarnada, igual que los codos y los nudillos. Cuando le tocó el brazo izquierdo, Rachel gritó. —¿Qué te ha pasado? —Iba persiguiendo un conejo.

Rachel se miró el brazo. Se estaba inflamando por segundos, y tenía una enorme cardenal azul y negro. Cord la miró con el ceño fruncido y ella suspiró. —A no ser que hubiera querido probar cómo se siente uno en un procesador de basura, tenía que quitarme de en medio rápido. El agujero de detrás del montículo era el único sitio dónde podía ir y me lancé a él sin preguntarme qué habría en el fondo.

Cord se colocó una toalla alrededor de la cintura y se acercó al armario. Se quedó mirando sus ropas durante un momento y después cogió la bata de una percha. Rachel lo vio de pie allí, de espaldas a ella, con la bata apretada en un puño.

—Cord, ¿qué pasa? —le preguntó con suavidad.

Él tenía la mirada clavada en la bata, que emanaba el olor a rosas de Rachel, mientras oía el golpeteo de la lluvia en el tejado del patio.

Pero la tormenta del exterior no era nada comparada con la que se estaba desatando en su interior. Jamás había experimentado esa clase de emoción, un dolor tan profundo, tan intenso, que parecía que el pecho fuese a abrírsele por la mitad.

Lentamente se dio la vuelta y la vio sentada en el borde de la cama, con el pelo goteándole. Parecía tan delicada, tan frágil.

—¿Que qué pasa? —repitió, casi susurrando—. Has estado a punto de morir.

Rachel se sorprendió de la emoción que revelaba su voz; había dolor en ella, dolor y miedo. Con el corazón en la garganta, decidió moverse con precaución en aquel nuevo terreno que estaban pisando.

—Pero no he muerto —contestó—. Estoy aquí —añadió, dándose cuenta de que lo que fuera que estaba conteniendo estaba haciéndole mucho daño.

Cuando se acercó a ella, llevaba los puños apretados, y Rachel le quitó la bata de la mano y la dejó sobre la cama, y después se incorporó y se abrazó a él.

—Cord —le susurró al sentirlf tenso—, necesito que me abraces.

Él cerró los ojos pero siguió con los brazos colgando.

—Tengo miedo de hacerte daño —dijo con voz ahogada.

—Acabo de sobrevivir a un tornado, vaquero. Creo que también podré sobrevivirte a ti.

Entonces la abrazó, y ella se colgó de él, apoyando la mejilla sobre su pecho. Cord la besó primero en la sien y después en el pómulo.

—Cuando vi tu camioneta tirada de lado, fue como si alguien acabase de atravesarme un anzuelo en la garganta.

Rachel le acarició el pelo aún mojado.

—Estoy bien. Sólo un poco asustada, eso es todo.

—Entonces ya somos dos.

Tenía que clarificar las emociones que estaba sintiendo en aquel momento. Aunque Cord y ella habían pasado el último mes viviendo como marido y mujer en el sentido Tísico, no se había dicho nada ni de compromisos ni de amor. Nada que sugiriera que podía decidir quedarse cuando el plazo de un año hubiese concluido.

No quería malinterpretar lo que estaba ocurriendo entre ellos en aquel momento. Desesperadamente quería decirle lo mucho que lo quería y lo mucho que lo necesitaba, pero él le había dicho que no era de la clase de hombres aptos para el matrimonio y que no estaba dispuesto a dejarse atar. Pero ahora algo había cambiado: estaba hablando con ella de sus sentimientos, compartiéndolos; aquel era el primer paso que habían dado más allá del sexo o de los negocios.

Pero si avanzaba demasiado deprisa, si le hablaba de sus sentimientos, ¿no conseguiría sólo hacerle huir despavorido?

No podía correr el riesgo. No en aquel momento. Le demostraría lo mucho que lo quería; se lo diría con el cuerpo, y él tendría que saberlo, tendría que llegar a sentirlo. Era demasiado fuerte como para pasar

desapercibido.

Cogió su cara entre las manos y le acarició los labios con el pulgar.

—Hazme el amor, Cord —le susurró, y él cerró los ojos con un gemido.

Dios Rachel... Quiero hacerte el amor, pero con lo que acabas de pasar y tu brazo que cada vez...

-No pasa nada —le interrumpió con un beso—. Estaré bien sólo si me haces el amor, y pronto.

Lentamente se sentaron los dos sobre la cama, pero en el último momento Cord se dio la vuelta y la colocó a ella sobre su cuerpo. Sabía que estaba preocupado por hacerla daño y el corazón se le inflamó por la ternura con que la estaba besando. Pero se estaba conteniendo, y eso no era lo que ella quería. Lo quería todo de él, cuerpo y alma.

Fue tentándole con las manos y la lengua, moviéndose sobre él lenta y seductoramente. Su piel estaba ahora caliente y fue saboreando sus labios, su cuello, después el pecho, después el estómago... Cada caricia era un puro deleite para los dos, y cuando Cord pronunció su nombre, Rachel creyó que el corazón iba a estallarle del amor que sentía por él.

Entonces se colocó sobre él, cerrando los ojos cuando el dolor inicial de tenerlo dentro se transformó casi inmediatamente en un placer intenso. Aferrado a sus caderas, Cord la llamó por su nombre mientras ella se movía, más rápido a medida que la necesidad crecía, hasta que el temblor de un rayo sacudió su cuerpo. Cord la penetró entonces con todas sus fuerzas, temblando cuando la fuerza del climax se desató dentro de su cuerpo.

Jamás había experimentado tanta felicidad, una satisfacción tan sobrecogedora, tanto que tuvo ganas de llorar de pura dicha. Y un momento después, cuando él la cogió con ternura en sus brazos, eso fue lo que hizo.

NUEVE

-Vuelve a meterte en la cama.

Rachel dio un respingo al oír la voz de Cord en la puerta del dormitorio. Lo creía fuera, revisando los daños que la tormenta había causado el día anterior.

—Es que estoy muy sola aquí dentro —le contestó sonriendo.

Cord esbozó una sonrisa antes de volver a fruncir el ceño.

-Me prometiste que te quedarías todo el día en la cama.

Rachel le rodeó el cuello con los brazos.

—Porque pensé que te ibas a quedar conmigo.

—Ahora estoy aquí —dijo, y la besó el los labios.

Rachel tenía la sensación de no poder saciarse de él. La noche anterior se habían quedado dormidos tarde, el uno en los brazos del otro, con la tormenta aún rugiendo fuera. Al despertarse por la mañana, el cielo, estaba claro y el olor a lluvia impregnaba el aire.

A regañadientes, se separó de él.

—He estado en ascuas toda la mañana imaginándote aquí arriba metida en la cama y desnuda.

Cord intentó volver a besarla, pero ella lo evitó y se sentó en el borde de la cama para calzarse una bota.

—Tengo que ver por mí misma lo que ha sufrido el rancho. El agujero del techo del establo debe haber dejado pasar el agua como si fuese una cascada.

Cord se quedó en silencio un instante y después carraspeó.

—Ya no tienes que preocuparte por el agujero.

—¿Qué quieres decir con que ya no tengo que preocuparme? ¿Después de una tormenta como esa? Tiene que haber sufrido daños sin más remedio.

Cord se sentó junto a ella.

—Ya no tienes que preocuparte porque el granero ya no tiene techo.

Rachel se quedó paralizada con la bota en la mano. ¿Qué estaba diciendo? Debía estar de broma; pero al ver la expresión seria de sus ojos, supo que estaba hablando en serio.

Cerró los ojos e inspiró aire profundamente.

—¿Qué... qué ha pasado?

Cord le tomó la mano.

—El tornado se lo arrancó. Las paredes y lo de dentro está intacto, pero ahora hay un enorme tragaluz en el techo.

Rachel apoyó la cabeza sobre su hombro y suspiró.

—¿Qué más?

—Eso es todo. No hay más daños.

La camioneta y el techo del granero. ¿Cómo iba a reemplazarlos? El rancho llegáfca justo a final de mes, y ahora esto. Y lo peor de todo es que tenía el dinero, pero no podía utilizarlo porque Earl se lo impedía. Maldito fuera su cuñado y el control que tenía sobre ella, y maldito fuese Michael por dárselo.

De pronto se incorporó.

—Lo sabías desde ayer, ¿verdad?

—Sí, pero...

De un tirón se soltó de su mano y se puso de pie.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

Su expresión se endureció.

—Rachel, acababas de sufrir un trauma muy fuerte y necesitabas descansar. Y además, ¿qué podrías haber hecho?

—Lo que pudiera hacer no es la cuestión. Tenía derecho a saberlo.

Intentó ponerse la otra bota de pie, pero estuvo a punto de caer al suelo por un mareo. Cord la sujetó rápidamente.

Es exactamente lo mismo que pienso yo —dijo, sentándola de nuevo sobre la cama—. Estás tan débil como un cabritillo recién nacido. No tienes por qué levantarte de la cama.

—Mi rancho es lo que me obliga a levantarme de la cama —le contestó, y se llevó una mano a la sien esperando que pasara el mareo —. Todo lo que ocurre aquí me importa, y que esté un poco magullada y un poco cansada no quiere decir que esté desvalida o indefensa. Cord apretó los dientes. —Nadie ha dicho eso.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no me lo dijiste ayer? —No quería que te preocuparas más de lo que ya lo estabas. Creía que estaba haciendo lo correcto.

Aquello era ya demasiado. Después de haberse pasado meses luchando por mantener el rancho, luchando por conseguir el dinero... Rachel sintió la histeria crecer en su pecho.

-¿Lo correcto? —repitió, mirándolo de frente—. Mi-chacl pensó que estaba haciendo lo correcto cuando dejó mi dinero en manos de Earl.

Earl dice que está haciendo lo correcto negándose a entregarme lo que por derecho es mío. Y Raskin, el idiota, me ha dicho que algún día le daré las gracias por no haberme concedido el préstamo.

No me gusta que me compares con ellos —contestó él, controlando la furia.

No te estoy comparando con ellos, Cord —le dijo, y dio un paso hacia él—. Tú mismo me has hablado muchas veces de actitudes. Pues yo estoy harta de la actitud de los hombres, de la maldita manía que tienen de pensar que necesito protección. Soy perfectamente capaz de valérmelas por mí misma.

—Lo tendré en cuenta —espetó.

Le había herido y lo sabía, pero ¿cómo si no podía hacerle entender cómo se sentía? Tenía que intentarlo.

—Cord —le dijo con suavidad—, si tú estuvieses en mi lugar, ¿cómo te sentirías? ¿No querrías saberlo si ocurría algo, tanto si era bueno como malo? Y mientras fueses capaz de respirar, ¿te quedarías sentado en la cama dejando que otros se ocupasen de ti?

Cord se cruzó de brazos.

—Claro que no.

—Exacto —dijo, poniéndole las manos en los brazos—. Conozco mis limitaciones, Cord. No soy tan tonta como para no saber hasta dónde puedo llegar. Pero aunque así fuera, es mi decisión. Tendré que aprender cómo volver a empezar.

Sintió el corazón en un puño cuando lo vio mirarla de aquella manera, con la mandíbula apretada y los labios medio entornados. Ni siquiera iba a intentar entenderla, pensó con tristeza. Si no lo intentaba, no habría esperanza para ellos.

Pasó un momento largo y cargado de tensión hasta que Cord tomó aire y lo soltó lentamente. Entonces estiró los brazos y la acercó contra él. Rachel cerró los ojos, sintiéndose como si acabasen de quitarle una losa del pecho.

-Cord...

No era el mejor momento para hablar del siguiente tema, pero no tenía otra opción.

-¿Qué?

Le estaba acariciando la espalda, y así, era difícil concentrarse.

—Me estaba preguntando... ¿cuándo será el próximo concurso de doma?

—El sábado que viene, en Abilene —contestó—, ¿por qué?

—Bueno... —se encogió de hombros—, si el premio es lo bastante grande, y si tengo suerte, podría ganar para un tejado nuevo.

Cord la soltó y su cara era como una máscara sin expresión.

—No puedes participar. Necesitas tiempo para reponerte, pero yo podría participar. El premio esta vez es bastante fuerte y estoy seguro de que cubriría...

Rachel dijo que no con la cabeza.

—Ya hemos hablado de eso antes, Cord. No puedo aceptar tu dinero.

La furia le brillaba en los ojos, pero no se dejó intimidar.

-Por favor —le rogó—, deja que lo intente a mi manera.

Cord asintió apretando los dientes.

—De acuerdo, Rachel. Lo haremos a tu manera —Pero tras un instante de silencio, añadió—: Y si a tu manera no resulta, lo haremos a la mía.

Rachel se cubrió la cara con una toalla de papel mojada, y tras pasarse las manos varias veces por el pelo, volvió a calarse el sombrero.

Era la tercera ronda de aquella mañana, y por el momento, se las había arreglado para ir pasando y seguir en el concurso. Si puntuaba alto, llegaría a las finales.

Entonces miró su reflejo en el espejo del baño. Estaba más pálida de lo que lo había estado los demás días y se sentía un poco débil. Aunque era normal para ella vomitar antes de una competición, se sentía más débil de lo ordinario. Y las sienes le daban unos martillazos tremendos.

Se bajó un poco más el ala del sombrero y se decidió a salir del baño. Quizás Cord no se diese cuenta.

Qué ilusa. Había estado observándola como un halcón desde el tornado, esperando verla romperse en mil pedazos. No había querido que se presentara a aquella competición y Rachel se preguntó si no tendría razón. Aunque los cortes y los arañazos se habían curado ya, tenía menos fuerza y de vez en cuando aún se sentía mareada

Pero no se había atrevido a decírselo. Ya había bastante tensión entre los dos. El único momento en que esta tensión desaparecía era cuando se iban a la cama. El dormitorio era el único lugar al que no llevaban sus diferencias. Había percibido un cierto sentido de la urgencia en la forma de Cord de hacerle el amor desde el tornado. Era casi una desesperación. Como si no pudiera saciarse de ella. O quizás lo

que estaba intentando era apartarla de él, disfrutarla al máximo podríamos decir antes de pasar a otra cosa. Rachel cerró los ojos. Desde el tornado, no habían hablado del futuro, ni de lo que él sentía por ella.

¿Qué ocurriría si se permitía llegar a depender física y emocionalmente de él? ¿Cómo podría seguir adelante después sin él?

Era engañarse a sí misma si creía que podría conseguirlo. Iba a dolerle mucho cuando se marchara, pero tendría que asumirlo. No tenía más remedio.

Al salir del baño, se encontró con Cord apoyado contra la pared de fuera, con los brazos cruzados. Iba a echarle una reprimenda, estaba claro, e intentó acercarse a él con paso desenfadado.

—¿Dónde está Sam? —le preguntó. Su capataz había ido a presenciar el concurso para animarlos a ganar.

Cord hizo un gesto hacia la pista.

—Quería un asiento de primera fila para verte.

Rachel se echó a reír.

—Querrás decir para gritarme instrucciones.

Cord sonrió y le echó el sombrero hacia atrás. Inmediatamente frunció el ceño.

—Has vuelto a marearte, ¿verdad?

—Por supuesto. Ya sabes que siempre me mareo antes de concursar —dijo, y sonrió—. Así es cómo gano.

—Nunca te he visto tan pálida.

—Estoy bien, Cord, de verdad —dijo, y miró su reloj antes de ver a Montana atado a un poste a unos metros de distancia—. Ya es hora de que monte. ¿Está preparado Montana?

—Mucho más de lo que tú lo estás. Rachel sintió el puyazo, pero estaba decidida a no permitir que sus palabras le afectasen. El martilleo dentro de su cabeza creció.

—¿Qué ha pasado con lo de que ganar es una actitud, cariño? Se supone que deberías desearme buena suerte en lugar de hacer picadillo mi confianza —le reprochó, y dio media vuelta para echar a caminar hacia el caballo. Pero Cord no la escuchó y la siguió. —Hoy no tendrías que estar compitiendo, Rachel. —Lo que quieres decir es que tú no querrías que estuviera compitiendo —espetó, parándose en seco, y él estuvo a punto de chocarse.

—¡Eso es, maldita sea! —gritó, y varias personas se volvieron a mirar, y cuando Rachel se volvió hacia él mirándolo severamente, bajó

la voz—. Llámalo como quieras, pero no pienso desearte buena suerte para que vayas a romperte el cuello.

—No seas ridículo —contestó, y se subió a la silla—. Estoy perfectamente bien. Lo he hecho bien durante los dos últimos días, ¿no? ¿Por qué iba hoy a ser distinto? -No sé por qué. Simplemente lo sé. Rachel se agachó para besarle en la mejilla. —Te agradezco la preocupación, Cord, de verdad. Pero estoy bien.

El presentador señaló la entrada del participante inmediatamente anterior a Rachel, y ella se caló el sombrero, reviso la longitud de las acciones y los estribos y después condujo a Montana hasta la entrada de la pista.

Una vez más, se dijo. Una vez más, y tendremos el premio en el bolsillo. Parpadeó varias veces para disipar los puntitos blancos que tenía delante de los ojos e inspiró aire.

Con el corazón latiéndole acelerado, esperó que el presentador pronunciase su nombre.

Cuando sonó el timbre, entró en la pista en dirección a la manada y la atravesó para dividirla. Decidió apartar una vaca colorada algo pendenciera e hizo girar a Montana bruscamente a la izquierda para que el caballo supiera con qué vaca quería trabajar.

El animal saltó hacia la derecha, y Montana hizo lo mismo. Rachel aguantó sobre el caballo mientras la gente gritaba y aplaudía un corte tan limpio, pero a ella le parecía oírlos como en una vasija vacía. De pronto sintió la cabeza extrañamente ligera, y al sentir que se caía, intentó aferrarse frenéticamente al pomo de la silla, pero sus dedos parecían de gelatina y perdió la sujeción.

Después no hubo nada.

Incapaz de hacer nada por evitarlo, Cord vio cómo Rachel se caía de la silla. Con el corazón galopándole, saltó a la arena gritando su nombre entre el polvo, viendo su cuerpo en el camino de una vaca furiosa. Cord empezó a gritar y a agitar los brazos intentando asustarla, y después levantó a Rachel en los brazos y la sacó de la pista para llevarla bajo la sombra de un roble. Con sumo cuidado la dejó en el suelo sobre la hierba. Sam apareció a su lado en cuestión de segundos, igual que otras tantas personas que habían presenciado la escena.

-¡Rachel!

Sus párpados temblaron al oír su nombre y con una mano insegura se apartó un Mechón de pelo de la cara. Estaba pálida y tenía la piel

húmeda.

—Despierta, cariño.

Alguien le dio a Cord una toalla húmeda y fresca y se la puso en la frente, y ella gimió y por fin abrió los ojos.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Que te has desmayado —le contestó Cord, pasándole la toalla por las mejillas y el cuello.

—No seas idiota —espetó—. Yo no me desmayo.

—Muy bien; entonces... —tomó el vaso de agua que Sam le traía y le levantó la cabeza para que pudiera tomar un sorbo —...te has quedado dormida separando una vaca.

—No es momento para chistes, Cantrell —dijo ella, y se incorporó con una mano en la frente.

—Y tampoco es momento para que seas tan tozuda. Vuelve a tumbarte hasta que llegue el médico.

—¡El médico! Sólo me he mareado un poco, por amor de Dios. No necesito que me vea el médico.

¿Es que jamás necesitas a nadie? se preguntó él, apretando los dientes.

—Como vuelvas a discutirme, mujer, te ato y te meto en el remolque de los caballos con Montana. Así que haz el favor de volver a tumbarte y en cuanto venga el médico y te mire. Sam te llevará de vuelta al hotel.

—¡De vuelta al hotel! Cord, no puedo perderme tu monta y...

—Sam —dijo Cord por encima del hombro—, saca la cuerda de mi camión, ¿quieres?

Rachel se quedó quieta mirándolo a los ojos. -Estás decidido a hacerlo de verdad, ¿no? —No lo dudes —le contestó sin pestañear. Furiosa y con los brazos cruzados, volvió a tumbarse sobre la hierba sin mirarlo.

Maldita cabezonería, pensó Cord al quitarse de en medio cuando llegaron los sanitarios. Aunque había llegado a comprender ese rasgo de terquedad en su carácter, e incluso a admirarlo en ciertas ocasiones, seguía poniéndolo enfermo en la mayoría de ellas. Apretó los puños al ver a uno de los sanitarios tomarle la tensión mientras el otro le miraba los ojos y el pulso. Podía haberse hecho daño de verdad, o incluso peor, si las vacas hubieran salido de estampida.

—¿Cómo está? —preguntó Cord al hombre que le había tomado la

tensión.

—Parece que está bien —comentó, al meter el instrumental dentro de su bolsa. Rachel se incorporó y miró a Cord como diciendo ya te lo decía yo. Él la ignoró.

-Tuvo una mala caída hace una semana —dijo Cord—. ¿Podría tener alguna relación?

—A no ser que se diera un golpe en la cabeza, lo más probable es que no. Me parece que han sido los nervios y

el calor, pero no estaría de más que se hiciese un chequeo. Puede llevarle una copia de nuestro informe a su médico.

—Gracias. Eso haremos.

Cord hizo un gesto al presentador para decirle que Rachel estaba bien y la gente aplaudió. Ella cerró los ojos de vergüenza.

—Sam —dijo Cord—, ¿te importaría llevar a Rachel al hotel?

—Encantado.

Sam se acercó a Rachel y le tendió una mano, y ella, suspirando de resignación, dejó que su capataz la levantase.

—Hablaremos de esto más tarde, Cord —susurró Rachel entre dientes.

—Puedes apostar a que sí.

Si las miradas pudiesen matar, Cord habría caído fulminado en aquel instante por la mirada de Rachel, pero aun así, dio media vuelta y se alejó. Encogiéndose de hombros, Sam se llevó un dedo al ala del sombrero como saludo y la siguió.

Cuando se perdieron de vista, Cord dejó escapar el aire que había estado reteniendo. Menos mal que había accedido a que Sam la llevase al hotel; si no, la hubiera atado de verdad y la habría llevado en contra de su voluntad, si era necesario. Alguien tenía que obligarla a darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Cada día dormía menos, trabajaba más y la preocupación por perder el rancho estaba consumiéndola.

Pero seguía rechazando su ayuda económica. ¿Por qué?, se preguntó, intentando tragarse la frustración que sentía. ¿Por qué le resultaba tan difícil aceptar su ayuda? Era su marido.

Pero en realidad no lo era. Rachel le había dejado claro desde el principio que ni quería ni necesitaba un marido para otra cosa que no fuera recuperar el control de su fideicomiso. Y ni siquiera le había servido para eso.

Así que, ¿para qué le servía él, aparte de para darle placer en la cama y para trabajar con sus caballos?

Cord se acercó a Montana, lo soltó del poste y se subió a la silla. Quizás debería haber dejado que se casara con otro. Quizás otro hombre habría encajado a la perfección en el personaje. ¿Por qué le habría interesado tanto aquel trabajo? Aunque había intentado convencerse de que era por la tierra, sabía perfectamente bien que no era así. Desde el primer momento en que había visto a Rachel, la había deseado. Quizás al principio era sólo en la cama, pero ahora lo quería todo de ella. Quería una esposa de verdad y quería ser un marido real, uno al que ella acudiese con sus problemas y con el que compartiese su alegría.

Y quería tener hijos.

Jamás se había imaginado a sí mismo con una mujer o con hijos, y la idea le hizo sonreír. La vida en un rancho era dura, con muchas horas de trabajo y con unas ganancias siempre en el aire. Recordaba muy bien la infelicidad que había visto en su propia madre, las largas horas de silencio, las lágrimas de soledad, y se había jurado no hacer pasar a una mujer por algo así jamás.

Pero Rachel no era su madre, y lo sabía bien. Había visto en los ojos de Rachel amor por la tierra, por su tierra, y había llegado a comprender esa pasión. El Circle T y Rachel se le habían ido metiendo poco a poco en la sangre, en el corazón, y ahora eran tan importantes para él como respirar. Quería ayudarla a mantener el rancho, trabajar con ella... ¿A quién demonios quena engañar? Hizo girar a Montana y se dirigió a los establos. Rachel no quena lo mismo que él. Se había enamorado de una mujer que estaba decidida a demostrarle al mundo que podía conseguirlo todo sin un hombre.

Se había enamorado. La verdad de esa revelación fue como un golpe en el pecho. Cord Cantrell enamorado. ¿No era para echarse a reír? Tanto las palabras como el sentimiento eran extraños para él. e iba a necesitar algo de tiempo para acostumbrarse a la idea. No estaba seguro de que le gustase el concepto, pero un hombre no tiraba un par de botas nuevas simplemente porque le hacían rozaduras, sino que les daba algo de tiempo para amoldarse.

Los dos tenían que hablar. Le había dicho que intentarían hacer las cosas a la manera de ella, pero no había funcionado, así que había llegado el momento de que las cosas se hicieran a su modo.

—Sam, te agradezco que me hayas traído al hotel, pero de verdad, no tienes que quedarte. Sé que has venido para ver concursar a Cord y estar sentado aquí haciendo de canguro no es necesario.

Rachel atravesó la terraza que daba a la piscina. Había refrescado bastante y el aire fresco le sentaba bien. Se sentía mejor de lo que se había sentido hacía mucho tiempo... descontando, claro, lo enfadada que estaba con Cord.

—No me importa —contestó Sam con las piernas estiradas y cruzadas por el tobillo—. Reconozco que la vista desde aquí es diez veces más interesante que ver a tu marido correr detrás de una vaca.

Rachel siguió la dirección de su mirada y frunció el ceño. Las tumbonas de la piscina estaban ocupadas por varias jóvenes con minúsculos bikinis.

—¿No te da vergüenza, Sam? —le increpó, con los brazos en jarras —. ¿Qué diría Judy si te viera contemplando así a esas jovencitas?

Sam sonrió.

—Siempre que no me dé un infarto, sé que no le importaría. Mirar no es tocar, y cuándo se han pasado tantas cosas juntos como hemos pasado nosotros, aprendes a no hacer una montaña de un granito de arena.

—A veces es difícil distinguir los grandes de los pequeños —se volvió a mirar el agua cristalina de la piscina—. He estado un poco... tensa últimamente.

—Llevas demasiada carga sobre los hombros, Rachel.

Quizás fuese más fácil para ti si dejaras a las personas que se preocupan por ti que te ayudasen un poco. Rachel suspiró.

—No, Sam, por favor. Tú también, no. Creía que eras tú el único hombre que comprendía lo que el Circle T significa para mí.

—Y lo comprendo. Más de lo que tú te imaginas —Sam se levantó y se acercó a ella—. Cord quiere ayudar, Rachel. Lo quiere de verdad. Siendo tu marido, deberías permitirle que lo haga.

Rachel se quedó mirando a Sam. Era su amigo desde hacía dos años. Si no podía confiar en él, entonces no podía confiar en nadie.

—¿Y si te dijera que Cord y yo no estamos casados de verdad?

Sam arqueó las cejas. —¿Cómo puede ser?

—Bueno, estamos casados legalmente. Lo que quiero decir es que no estamos casados como Judy y tú —Rachel se cruzó de brazos y miró hacia el horizonte—. Cuando Michael murió, dejó una estipulación en

su testamento por la que mi herencia quedaba en forma de fideicomiso, y nombrara a su hermano administrador único hasta que yo me casara.

—¿Y por qué hizo una cosa así? —Era su forma de asegurarse de que tuviera un hombre que se ocupara de mí, que evitara que hiciese inversiones frívolas y que perdiera el dinero. —¿Frívola tú? Sam soltó una carcajada.

—Gracias. Necesitaba oír algo así. Pero Michael siempre me vio como una mujer frágil y vulnerable incapaz de tomar una decisión que no fuera la de el color de su laca de uñas.

—¡Pero si ni siquiera te las pintas!

Rachel sonrió.

—Iba retrasada con los pagos de las facturas, y cuando mi último entrenador se marchó, me encontré desesperada. Contraté un investigador privado para que me encontrase un marido y el nombre de Cord estaba en la lista. Le pedí que se casara conmigo y que trabajase en el rancho domando caballos durante un año, al cabo del cual nos divorciaríamos y yo le entregaría mil acres de tierra. Después, cada uno podremos seguir nuestro camino.

Como si fuera a ser capaz de librarse de Cord. Su sonrisa se apareció ante ella, sus ojos azules, sus manos acariciándola, queriéndola... Siempre estaría con ella, incluso después de haberse marchado.

—Quién se lo podía haber imaginado... Así que te has casado para salvar el rancho. Parece una de esas películas de la tele.

Rachel frunció el ceño. Se estaba tomando la noticia con una calma increíble.

—Sí, quién se lo habría imaginado.

—¿Y cuál es el problema? —le preguntó, rascándose la barbilla.

—¿Que cuál es el problema? —repitió ella con los brazos en alto. Todo el dolor, toda la frustración de los dos años subió a la superficie y sintió un dolor opresivo en el pecho y un martilleo en la cabeza. Tanto trabajar, tantos sacrificios... ¿para qué? El rancho se le estaba escapando de las manos como la arena se escapa entre los dedos y no podía hacer nada por evitarlo.

Indefensa. La palabra le contrajo la garganta. No lo estaba, maldita sea; no lo estaba.

—Te diré cuál es el problema. Durante toda mi vida, empezando con mi padre, he estado arropada y protegida de todas las cosas horribles que podían ocurrirle a una mujer en el mundo. Michael

también consideró su supremo deber masculino protegerme de la maldad de la vida, y ahora Earl me está presionando para que venda el rancho reteniendo lo que legalmente es mío. Lo que no estoy dispuesta a aguantar es a otro hombre diciéndome lo que tengo que hacer o cómo debo vivir mi vida.

Rachel se quedó helada al oír un ruido que venía de la puerta; se dio la vuelta y se encontró frente a frente con los ojos azules de Cord.

Sam se dio también la vuelta y asintió. —Cord, ¿qué tal te ha ido?

—He perdido —contestó, con la mirada clavada en Rachel.

-Es una lástima —Sam carraspeó y agarró el sombrero—. Si no os importa, creo que voy a ir a darme una vuelta por la piscina. Ya no tengo tan buena vista como antes.

Cuando Sam salió de la habitación, el silencio se extendió entre ellos, hasta que por fin fue Rachel quien lo rompió.

—Siento... que hayas perdido. —Los dos hemos perdido.

Rachel tuvo la sensación de que no estaba hablando del concurso.

—¿Qué parte de la conversación has oído? Un músculo le tembló en la mandíbula. —Lo suficiente. -Cord...

—¿Qué va a pasar, Rachel? —¿Qué quieres decir?

—Pues que el orgullo de un hombre sólo puede resistir hasta cierto punto. Te he dejado que llevases tú la voz cantante porque ese fue el acuerdo antes de casarnos, pero ahora han cambiado las cosas. Puede que hacer de marido durante todo este tiempo me haya hecho sentirme como si lo fuera de verdad. Puede que mi orgullo no me permita seguir dejando que me lleves de la nariz como un perrito. O quizás me importes demasiado para seguir contemplando con las manos atadas cómo te haces daño a ti misma.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de que se te rompa la camioneta y de que hayas estado a punto de morir.

—Pero...

—Y estoy hablando de que te caigas del caballo desmayada durante un concurso. Yo sabía que no estabas preparada para concursar, y tú también. Y porque yo te había dicho que no lo hicieras, tú saliste a la arena sólo para demostrar que tenías razón. ¿Cuántas vacas tienes que pasarte por encima para que recobrar un poco de sentido común? Ya no lo aguanto más. He llegado al límite de la resistencia. Ya no puedo con tu interpretación de yo no necesito un hombre, ¿quieres tomar

decisiones? Bien. Entonces toma ésta: o me quedo y lo hacemos a mi manera, o me marcho.

¿Marcharse? ¿Cord iba a marcharse? Su primera intención fue la de acercarse a él, pero se detuvo. Estaba intimidándola, intentando forzarla a ser sumisa, y no podía permitir que otro hombre volviera a hacerle pasar por lo mismo. Ni siquiera Cord.

—¿Y puede saberse qué significa eso de hacer las cosas a tu manera? —se cruzó de brazos para que no le viera el temblor de las manos—. ¿Completa obediencia por mi parte?

—Si eso es lo necesario para salvarte de tus errores, sí.

—Ah, ya —contestó con sarcasmo—. Casi olvido el cuento de hadas: hombres fuerte» y valientes salvan a las mujeres frágiles e incompetentes. Ahora se supone que debo arrojarme a tus pies y darte las gracias. Pues tengo una noticia que darte, Cantrell —añadió, aguantándose las lágrimas—: no necesito que me salves de nada.

Cord apretó los puños y su expresión se endureció.

—Muy bien, Rachel; ya has tomado tu decisión. Conozco un par de entrenadores descontentos con los ranchos en los que están trabajando. Enviaré a uno para que ocupe mi puesto.

Rachel maldijo su propio orgullo por no permitirle pedirle que se quedase, que estaba dispuesta a hacerlo a su manera si se quedaba. Pero no pudo. No pudo pedirle que se quedase, no pudo darse por vencida.

—No te molestes —dijo—. Aún tengo mi lista de antes.

—Muy bien —dijo con un brillo frío en los ojos—. Ya te diré dónde puedes enviarme mis cosas.

Sin una palabra más, Cord dio media vuelta. Rachel oyó abrirse y cerrarse un cajón, pero no podía ver a través de las lágrimas. Aquello no podía estar ocurriendo de verdad.

«Te quiero, Cord, ¿es que no te das cuenta? Por favor, no te vayas».

Cuando la puerta se cerró de un golpe, ya no pudo contener las lágrimas. Las rodillas se le doblaron y se sentó en el suelo, pronunciando su nombre. Jamás se había sentido tan terriblemente sola en toda su vida. Cord tenía razón. Los dos habían perdido.

DIEZ

—¿Que estoy qué?

Aturdida, Rachel se quedó mirando boquiabierta al doctor Roberts mientras él hacia anotaciones en su expediente. Había sido su médico desde que se había quedado a vivir en Sweetwater, pero sólo lo había visto profesionalmente dos veces.

—Que estás tan perfectamente bien como un plato de espinacas y manzanas —repitió la alabanza vegetariana.

—No, no me refiero a esa parte, sino a lo que ha dicho antes.

El corazón le latía tan deprisa que tuvo que agarrarse a los brazos de la silla.

—¿Que estás embarazada? —el doctor frunció el ceño—. Suponía que lo sabías al solicitar un análisis de sangre.

¿Embarazada? Temblándole la mano, se tocó las mejillas, ¿cómo podía estar embarazada? Cord y ella habían usado protección todas las veces. Todas excepto una.

La primera vez.

—¿Quieres decir que no lo sabías?

Rachel le contestó negando con la cabeza.

—Yo... yo había venido a hacerme las pruebas porque llevo unas semanas algo mareada y bastante cansada. He tenido una falta, pero eso no es raro en mí cuando estoy bajo presión, y creí que eso era todo... estrés.

El doctor Roberts la miró preocupado.

—¿Qué clase de estrés?

¿Que qué clase de estrés? Estuvo a punto de echarse a reír, histérica. Hacía una semana que no sabía ni una palabra de Cord. Parker estaba ocupándose de los caballos lo mejor que sabía y ella trabajaba hasta caer exhausta todas las noches para después, hartarse de llorar. Esa clase de estrés.

-Ando escasa de personal en el rancho, y además perdí la camioneta y el tejado del granero con el tornado. —Ya lo había oído, Rachel, y lo siento. Ella asintió. En ciudades pequeñas como aquella se sabía todo. Tampoco pasaría mucho tiempo hasta que todo el mundo se enterase de que su marido la había dejado, y de pronto se sintió muy cansada.

Cansada de plantarle cara a todo, cansada de trabajar y de sacrificarse. ¿Todo para qué? Para una cama vacía y un estómago enfadado. Sin Cord, nada le importaba ya. Nada excepto el bebé.

Se tocó el estómago maravillándose al pensarlo. Un bebé. Su bebé.

Lenta e increíblemente, una alegría comenzó a florecer en ella. Le gustaban mucho los niños pero siempre había pensado esperar unos cuantos años más antes de empezar una familia. Nunca se había planteado la posibilidad de tener un niño en aquel momento. O sí?

¿Sería posible que queriendo a Cord como lo quería, que después de haberla dejado quisiera tener algo suyo, algo de los dos? ¿Algo que nadie podría arrebatarle? ¿Acaso no habría sabido en el fondo de su corazón que después de Cord, no volvería a haber nadie para ella?

Todos los síntomas del embarazo habían estado ahí, pero había preferido ignorarlos, temiendo admitir ante sí misma lo desesperadamente que deseaba que Cord y ella formasen una auténtica familia, verdaderos marido y mujer. Dos personas que se querían y que se preocupaban el uno por el otro, que compartían no sólo una cama, sino alegrías y tristezas. Y responsabilidades.

No le había dado a Cordela oportunidad de compartir algo que no fuese su cama. Él había querido ayudar, pero ella había estado empeñada en demostrar que podía hacerlo todo sola.

Y ahora así era como estaba: sola.

Dios, cuánto lo echaba de menos. ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Haciendo qué? Un tremendo dolor por su soledad se apoderó de ella al mirar a la silla vacía junto a la suya e imaginarse el rostro de Cord al decirles el médico que estaba embarazada. ¿Se alegraría o se enfadaría por la noticia? Ni siquiera sabía qué pensaba respecto a tener hijos, o si los niños le gustaban o no. Nunca habían hablado del tema, y desde luego era algo que no formaba parte de su acuerdo.

Como tampoco enamorarse había formado parte. Aún podía oír la voz de Cord diciéndole «Ganar es una actitud, cariño. Anticípate. Siéntelo». Cerró los ojos, pero lo único que pudo ver fue el dolor de haberlo perdido, un dolor que la laceraba y la rompía en mil pedazos. Durante dos años, todo lo que había querido se había reducido al Circle T, un lugar donde crear un hogar y una familia. Pero ahora, sin Cord, ya no le parecía importante dónde pudiera vivir.

Lo único que importaba era el bebé.

-¿Rachel?

El doctor Roberts estaba de pie a su lado, con la mano sobre su hombro, y Rachel se dio cuenta en aquel momento de que estaba llorando.

—Lo siento si esto no es lo que querías.

¿Que no era lo que ella quería? Rachel se echó a reír al tiempo que se secaba las lagrimas.

—Doctor, quiero a este niño más que a cualquier otra cosa en el mundo. No tiene ni idea de lo feliz que me siento.

—Bueno, pues entonces, será mejor que hablemos de tu dieta y de vitaminas. Queremos que el pequeño Cantrell sea el bebé más sano y fuerte de todo Sweetwater,

Rachel sonrió, pero de pronto sintió un miedo atroz, y sujetó al médico por un brazo.

—Hace dos semanas, me di unos cuantos golpes con el tornado, y hace una, me caí de un caballo. Mi bebé, quiero decir, ¿estará todo...?

—Rachel, mírame y escúchame atentamente —la interrumpió el doctor, sujetándola por la barbilla—. El buen Dios hace bebés mucho más resistentes de lo que uno se imagina. Y a no ser que hayas manchado —dijo, y sonrió al verla decir que no con la cabeza—, todo va perfectamente bien, y en aproximadamente siete meses y medio tendrás a tu pequeño en los brazos. De todas formas, y por motivos de seguridad, sería mejor que evitases caballos y tornados hasta que él o ella haya nacido.

Rachel suspiró aliviada. Siete meses y medio. El doctor comenzó a rebuscar entre sus cajones.

-Espera un momento. Tengo aquí algo de información sobre los cuidados para las embarazadas. Sólo tienes que esperar a que lo encuentre.

Rachel volvió a sentarse, pero no podía estarse quieta. Sería mejor olvidarse de todos los problemas y concentrarse en el niño. En una habitación para él, ropa, pañales y un centenar más de cosas que tenía que preparar. No podía esperar a ver la cara de Judy. Siempre andaba lamentándose por no tener nietos de sus hijos, y sabía que le haría mucho ilusión. Sam se había marchado durante un par de días para ir a visitar a su hermano en Dallas, así que tendría que esperar para conocer la noticia. Una vez lo supiera él, bueno, todo el mundo lo sabría. Todo el mundo excepto Cord.

Cerró los ojos e intentó no dejarse llevar por el dolor. Incluso si no la quería a ella, tenía derecho a saber. También era su hijo, pero no podía soportar la idea de verle volver sólo por el niño. O volvía porque la quisiera a ella, o no quería tenerle a su lado por mucho que lo quisiera. El doctor le entregó unos cuantos folletos y Rachel se obligó a sonreír. No sabía dónde podía andar Cord, y mucho menos cómo podía ponerse en contacto con él. Quizás así fuera mejor. Necesitaba un poco de tiempo para pensar antes de hablar con él.

Tenía que tomar decisiones, y en aquella ocasión, había alguien más en quien pensar.

Quienquiera que estuviese llamando a la puerta de la habitación del hotel era realmente insistente.

Cord intentó abrir un ojo, y el dolor de aquel mínimo movimiento le obligó a hacer una mueca. La cabeza le chirriaba como un muelle oxidado y sentía la boca como si la tuviera llena de serrín. Tenía apoyada la mejilla sobre algo blando y rasposo, y levantó la cabeza y gimió cuando el ruido de esos condenados nudillos en la puerta resonaron en su cabeza como un martillo sobre un yunque.

Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba durmiendo en el sillón, boca abajo, con las rodillas en el suelo y la cabeza apoyada en el respaldo. Era imposible dormir así… a no ser que estuvieras borracho como una cuba.

Volvió a cerrar los ojos y recostó la cabeza de nuevo sobre el respaldo. Tenía las articulaciones demasiado rígidas como para poder moverlas, y dudaba mucho de que pudiera arrastrarse hasta la puerta, y mucho menos abrirla.

—Váyase —gritó, pero tenía la garganta demasiado seca para que el sonido hubiera sidqjDtra cosa que un murmullo ininteligible.

Lenta y dolorosamente se dio la vuelta y frunció el ceño al darse cuenta de que estaba completamente vestido. Las primeras noches después de dejar a Rachel, al menos había sido capaz de quitarse los pantalones antes de desmayarse, pero cada noche había necesitado un poco más de whisky para calmar el dolor y sacarse de la cabeza la imagen de ella, dulce y cálida, en su cama.

La cama de ella, se recordó rápidamente. El rancho de ella. Su vida. Había una botella de whisky a un metro de él, sobre la mesilla de noche y estaba a punto de alcanzarla cuando se abrió la puerta de la habitación.

—Eh, Cord, ¿estás despierto? Soy yo, Sam —dijo, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

Sam. ¿Qué demonios estaría haciendo allí? Cord se esforzó por sentarse en condiciones, intentando parecer al menos un poco digno, pero el pie se le resbaló, y fue entonces cuando se dio cuenta de que le faltaba una bota y el calcetín. Menuda dignidad.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Sam entró y se sentó en el borde de la cama frente a él. —He creído que podía apetecerte algo de desayuno —le dijo, mostrándole una bolsa blanca de papel.

Pensar en comida hizo peligrar el estómago de Cord, y se limitó a decir que no con la cabeza y a hacer un gesto con la mano de que la apartase. —¿Qué haces aquí, Sam?

—He venido a ver a un amigo —dijo, y le acercó una enorme taza de papel—. ¿Café?

El primer rayo de luz desde que había entrado en la habitación. Murmurando las gracias, Cord aceptó la taza, agradeciendo que el café fuese sólo y que estuviera caliente.

Sam miró primero la botella de whisky y luego su pie desnudo.

-Una noche dura, ¿eh?

Cord se pasó una mano por la cara, y la barba de tres días le raspó la palma.

—¿Cómo me has encontrado?. Sam se encogió de hombros.

—Me enteré de que te habías inscrito para un concurso aquí en Dallas para pasado mañana, y se me ocurrió pasar a decirte hola.

—Te agradezco que hayas venido, Sam —le contestó suspirando—, pero no voy a volver.

Cabeceando, Sam sacó su hamburguesa de la bolsa que había dejado a su lado.

-Bueno, yo no suelo meter las narices en los asuntos de los demás. Sólo se me ocurrió pensar que podías necesitar un amigo.

Cord cosió la botella de whisky.

—Tengo un amigo —dijo, la destapó con los dientes y bebió un trago.

—Mi abuelo siempre decía que cuando una solución crea otro problema, entonces no es una solución.

Abrió la hamburguesa, la olió, y después volvió a taparla y tomó un bocado.

Cord vio una gota de grasa en el dedo de Sam y sintió que el estómago se le daba la vuelta.

—Tu abuelo no estaba casado con Rachel.

—Admito que es una mujer muy resuelta —dijo, riéndose—. Pero yo respeto esa cualidad.

—Yo también respeto la determinación —contestó, y tomó un sorbo de café—, pero no la estupidez más absoluta.

Sam se quedó pensativo un instante.

—Rachel me contó... —dijo, y tomó otro bocado de su hamburguesa — ...lo de vuestro acuerdo para que ella pudiera salvar el rancho.

—Ya me lo imaginaba.

—A mí me parece una pena que los dos hayáis tenido que pasar por todas esas molestias para nada.

—No ha sido para nada —contestó a la defensiva—. Rachel necesitaba un marido pjtra recuperar el control sobre su dinero, y se buscó uno. Si yo vivo con ella o no, no tiene importancia.

—Puede —Sam dio otro bocado—. Pero aún puede perder el rancho.

—No —Cord se incorporó—. No pienso permitir que ocurra eso. Puede que Rachel no quiera aceptar mi ayuda, pero la va a tener de todas formas. Ya he pagado a un contratista para que le arregle el tejado del granero y he hablado con Joe para que le arregle la camioneta y me envíe a mí la factura. Si no tiene otra persona que se ocupe de los caballos en una semana, yo me encargaré de enviarle a alguien.

Tomó un sorbo largo de café, con la rabia y la frustración que había estado intentando acallar quemándole la piel.

Sam asintió.

—¿Y Earl? ¿Y si intenta forzarla otra vez para hacerla vender?

—También estoy trabajando en eso. Rachel no tendrá que preocuparse por él durante demasiado tiempo. —No pensarás hacer una locura, ¿verdad? —¿Locura? —la risa de Cord fue seca—. Locura es mi segundo nombre. Pero si te refieres a violencia, no, no es nada de eso. Aunque disfrutaría de lo lindo, no va a ser necesario.

—Da la impresión de que has pensado en todo —Sam dejó lo que le quedaba de hamburguesa dentro de la bolsa y se limpió las manos en la servilleta—. Excepto en una cosa.

—¿En qué?

—En Rachel —se puso de pie y metió los pulgares en las trabillas de sus vaqueros—. Ella te quiere. ¿Cómo vas a arreglar eso, vaquero?

«¿Que Rachel me quiere?» Eso sí que era ridículo.

—Lo único que quiere Rachel es su rancho y tomar decisiones ella sola —agarró la botella de whisky y tomó otro trago—. El orgullo de un hombre sólo puede soportar hasta cierto punto, Sam. y yo ya no puedo volver a eso.

—Espero que tengas razón, hijo. Hay que hacer lo que haya que hacer —alcanzó la bolsa de papel y la tiró a la papelera—. Yo me vuelvo hoy al rancho. Es miércoles, así que Judy preparará hoy mi comida favorita: pastel de carne.

Cuando le vio darse la vuelta, Cord sintió un enorme deseo de decirle que esperara, que se iba con él, pero no pudo hacerlo.

—Sólo dime una cosa, Cord —dijo Sam ya en la puerta—: ¿Qué harías si Rachel fuese un caballo?

Y con la pregunta en el aire, salió de la habitación y cerró la puerta ¿Si Rachel fuese un caballo? La idea era divertida. Rachel era testaruda, briosa e impredecible. Algunos domadores utilizaban el látigo con esa clase de caballos, pero con eso sólo conseguían romper el espíritu del animal, arrebatarle el corazón.

Si Rachel hubiera sido un caballo, sabía que jamás habría intentado utilizar el látigo, sino que habría hablado con él, le habría acariciado, habría conseguido que confiase en él.

Y jamás habría huido.

Se incorporó en la silla con tanta rapidez que el café se le desbordó de la taza y le cayó sobre los vaqueros, pero apenas se dio cuenta. Había usado sus palabras y sus ultimátums como látigos, intentando hacerla doblegarse a su voluntad. «O a mi manera, o de ninguna». Se horrorizó al recordar sus propias palabras.

Había querido que confiase en él, que le dejase ocuparse de ella, pero no había sabido ganarse esa confianza permitiéndole tomar sus propias decisiones.

Sam tenía razón, pensó, y dejó a un lado la taza de café y tiró la botella de whisky a la papelera. Soluciones que crean problemas no son soluciones.

Se levantó a duras penas de la silla, entró en el baño y apoyado en el lavabo, miró al infcagen que el espejo le devolvía.

Entonces, ¿cuál era la solución?

—Ya es hora de que recuperes el sentido común, Rachel.

Earl estaba de pie frente a ella con los brazos cruzados, la cabeza erguida y arrogante, con ese ademán tan pagado de sí mismo que ella tanto odiaba. Rachel no contestó y siguió sentada en el sofá, jugando con un vaso de agua helada y preparándose para la letanía que sabía iba a venir a continuación. Debía haber estado en contacto con el señor Raskin del banco, además de saber ya que Cord se había marchado. Con eso había bastado para hacerle venir corriendo al rancho. Menos mal que todavía no se había enterado de lo del niño; desde luego, ella no tenía intención de decírselo. No era asunto suyo.

—Ya sabes que no has sido tú misma desde la muerte de Michael —continuó—. Precisamente por eso he sido tan reticente a la hora de cederte el control de tu fideicomiso. Temía que pudieses hacer alguna locura, algo que pudieses lamentar más tarde.

Estaba lamentando ya haberle dejado entrar en la casa, y estar aguantando allí sentada el sermón. Lo que de verdad quería decirle era que se fuera al infierno, pero estaba tan cansada de luchar.

-Tengo un comprador para el rancho, Rachel. ¿Por qué no me dejas que lo llame? Puedes mudarte a Dallas, volver a ver a tus amigos. Hay un precioso chalé disponible en mi complejo que puedes habitar. Piensa en lo fácil que será tu vida.

¿Fácil? La vida sin Cord iba a ser lo más difícil que había tenido que pasar en toda su vida. Lo único que le daba ánimo para seguir adelante era el bebé.

Cerró los ojos y asintió débilmente.

—Adelante. Llámalo.

Tomó un sorbo de agua en un intento de borrar el sabor amargo que le habían dejado sus palabras. ¿Qué daño podía hacerle escuchar su oferta?

La satisfacción de la victoria iluminó el rostro de Earl cuando miró su reloj de oro.

—Seguramente podré localizarlo ahora mismo, pero primero, ¿por que no tomamos una copa para celebrarlo?

Preferiría beber con una serpiente de cascabel.

—Tengo el estomago un poco revuelto hoy. Creo que paso.

Earl se encogió de hombros y se acercó al bar.

—Siempre has tenido un estomago bastante nervioso, cariño. Jamás he podido comprender por qué querías llevar toda esa tensión sobre tus

hombros para mantener esta rancho sucio y arruinado.

Rachel tuvo que morderse los labios para no gritar. Earl no comprendía lo que significaba querer a algo o a alguien; quererlo tanto que estuvieras dispuesto a sacrificarlo todo para poder retenerlo. El niño era la única razón por la que estaba considerando la posibilidad de vender. Sabía que sin Cord, la presión sería demasiado grande para poder soportarlo sola. No estaba dispuesta a poner en peligro la salud de su hijo, ni siquiera para conservar el Circle T.

Además, ¿qué importaba todo eso ya?, pensó, secando una gota de agua que resbalaba por su vaso. Sin Cord, el rancho ya no le parecía su hogar. Estaba silencioso y solitario. A cualquier parte que mirase, pensaba en él. Lo veía trabajando con un caballo en el corral, dirigiendo un nuevo rebaño de vacas, riéndose con Sam y los demás empleados. Cada noche se volvía hacia él en la cama pero no estaba allí, aunque su ropa seguía colgada en el armario y su máquina de afeitar seguía en la encimera del baño, junto a su cepillo.

Las lágrimas le quemaron en los ojos al tocarse la alianza. Aunque hiciera desaparecer todas sus cosas, seguiría estando en su corazón. No habría forma de borrar su recuerdo, o el amor que sentía por él.

—Rachel.

Oyó pronunciar su nombre y levantó la mirada. Earl se sentó junto a ella.

—Quiero que sepas lo mucho que siento que te casaras con ese hombre.

—¿Con Cord? ¿De qué me estás hablando?

—Sé que es difícil para ti, darte cuenta de que se ha marchado porque no podía echarle el guante a tu dinero.

Rachel se quedó tan sorprendida que no supo qué decir, y se limitó a mirarlo boquiabierta. Entonces la rabia empezó a crecer lenta y constantemente, como una tetera que fuese a romper a hervir.

—Mira, cariño —seguía diciendo él, y le daría una mano—, todo el mundo comete errores. Dios sabe bien

que yo también los he cometido. Tres mujeres y las tres intentaron sacarme el dinero, así que no tienes de qué avergonzarte. Ahora estoy aquí para ayudarte. —Quítale las manos de encima a mi mujer. Rachel y Earl dieron un respingo al oír la orden de Cord. Estaba en la puerta del salón, con la cazadora vaquera bajo un brazo y un paquete en la otra mano. Los ojos le brillaban de furia y las mandíbulas apretadas.

Earl soltó la mano de Rachel y se levantó. —Se rumoreaba que te habías marchado de la ciudad. —Sólo la gente con estiércol como cerebro presta oídos a los rumores, Stephens —dejó la chaqueta y el paquete en el sofá, y al mirar a Rachel, su expresión se suavizó—. ¿Estás bien?

Rachel se limitó a asentir, incapaz de articular palabra. Dios, qué guapo estaba. Quizás un poco cansado y con los ojos irritados, pero guapo de todas formas.

-¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó a Earl. -Rachel ha decidido vender Circle T. —¿Cómo? —Cord dio un paso hacia ella y después de volvió de nuevo hacia Earl—. Eres un hijo de perra. Debería haber sabido que no se le puede dar la espalda a una alimaña que se arrastra sobre el vientre. No te bastaba privarla de su fideicomiso, sino que ahora andas detrás de lo único que significa algo para ella.

—Ten cuidado con lo que dices, Cantrell, o te llevaré a juicio por fraude y difamación.

Rachel contuvo la respiración al ver cómo Cord tenía a Earl por la pechera.

—Hazlo. Vamos a los tribunales y veremos lo que dice el juez cuando le diga cómo has estado malversando el dinero de Rachel para invertirlo en tu propia compañía. Cord lo soltó de pronto y Earl retrocedió a trompicones varios pasos, tocándose la mandíbula como si de verdad le hubiese golpeado. Se quedó pálido como un muerto y tenía el miedo en los ojos.

¿Que Earl había malversado su dinero? Las palabras de Cord habían sido como una bofetada, y Rachel se puso de pie de un salto.

—¿De qué estás hablando?

—Lo siento Rachel. No quería decírtelo así.

—¿Es verdad? —le preguntó a Earl—. ¿Has estado sacando dinero de mi fideicomiso para invertirlo en tu propio negocio?

—Era sólo temporalmente, Rachel —le contestó, enderezándose la camisa—. Un préstamo. Iba a devolverte el dinero.

—Todos estos meses he estado partiéndome la espalda, preocupándome por cómo pagar las facturas, ¿y tú has estado usando mi dinero para tus propios fines? —Rachel avanzó hacia él con los puños apretados—. Siempre he sabido que eras un bastardo arrogante y engreído, pero jamás pensé que además fueras un ladrón —si no quería liarse a patadas con él, mejor sería mirar hacia otro lado—. Esto es

increíble. Michael, tu propio hermano, te deja mi dinero para que lo protejas y tú me lo robas.

—No te lo he robado —protestó él—. Ya te he dicho que iba a devolvértelo.

—¿Y cómo pensabas hacerlo? —intervino Cord—. La Comisión Federal de Comercio ha intervenido tu empresa y bloqueado tus cuentas. Lo líftico que puedes tocar es lo poco que queda del dinero de Rachel y este rancho. Has debido estar frotándote las manos de alegría al decirte ella que estaba dispuesta a vender. Una serpiente como tú habría encontrado también la forma de echarle el guante también al dinero de la venta.

—Últimamente he hecho algunas inversiones que no han salido como yo esperaba —dijo, asustado—. Habría recuperado el dinero, y aún puedo hacerlo. Rachel, sólo tienes que dejarme que...

—Sal de mi casa. Mi abogado se pondrá en contacto contigo, y ten por seguro que no vas a volver a ver ni un céntimo de mi dinero.

—Rachel, cariño...

—¡Fuera! —le gritó, señalando la puerta—. Y si vuelves a llamarme cariño, te juro que del golpe que te doy te dejo sin sentido.

Earl se la quedó mirando sin moverse un instante, y después, dando un portazo, desapareció.

Rachel se quedó con la mirada clavada en la puerta; se sentía vacía, ridicula... ¿Cómo podía haber sido tan imbécil?

—¿Cuánto tiempo hace que sabías esto? —le preguntó a Cord.

—Lo sospechaba desde hace tiempo, pero no lo supe con seguridad hasta ayer. Tengo una amigo que trabaja en la bolsa al que le pedí que echara un vistazo a la empresa de Earl. Cuando me dijo que la Comisión Federal de Comercio había bloqueado todas sus cuentas, fui a tu banco y pedí que me enseñaran todas los movimientos efectuados en tus cuentas. Había varias transferencias a una extraña empresa, y cuando investigué de quién se trataba, resultó que Earl era el accionista mayoritario. Estaba sacando dinero de tu cuenta para ingresarlo en la suya.

—¿Y has hecho todo esto sin preguntarme, sin ni siquiera hablar conmigo?

—Cálmate, Rachel —dijo, y un músculo le tembló en la mejilla—. Sólo lo he hecho para...

—¿Para salvarme? —Rachel se puso frente a él, mirándolo

desafiante a los ojos—. Te marchas durante toda una semana y no sé ni una palabra de ti, y después vuelves aquí con tu caballo blanco para salvarme, ¿y ahora me dices que me calle? Sólo tengo una cosa que decirte, Cord Cantreü. -¿El qué? -ˆGracias.

Cord registró el tono suave de su voz, e incluso el atisbo de sonrisa, pero se había preparado para otra clase de respuesta y tardó unos instantes en reaccionar. —De nada —dijo, y respiró.

Dios, cómo quería abrazarla. Llevaba el pelo recogido en un moño francés, como la primera vez que se vieron. Estaba tan preciosa, tan femenina con aquel vestido rosa de algodón que llevaba. Pero había algo distinto en ella, algo que la hacia aún más atractiva y sensual, si es que eso era posible. No podría decir de qué se trataba, pero un hombre muerto de hambre no se para a pensar de qué está hecho el manjar que le ponen delante.

«Paciencia, Cantrell. Te has prometido ir despacio».

Retrocedió un paso como única forma de no tocarla, pero su olor, ese aroma suave y floral, se quedó como flotando a su alrededor, y las palmas de las manos empezaron a sudarle.

—¿Cómo estás, Rachel?

«¿Cómo estás Rachel?» Eso era todo lo que era capaz de decirle después de una semana? Rachel lo vio alejarse de ella y sintió que el corazón se la partía en mil pedazos.

—Estoy bien, Cord.

—Yo... siento lo del fideicomiso. He pedido en el banco que se presente un recurso en tu nombre y...

—Podrías haberme llamado para decírmelo —le interrumpió—. ¿Por qué has venido hasta aquí?

—Eh... es que vi a Sam ayer.

El corazón empezó a latirle desenfrenado. ¿Lo sabría ya? ¿Habría hablado Judy con Sam y le habría dicho lo del niño? La posibilidad de que Cord hubiera vuelto por el niño y no por ella la hizo estremecerse.

—Ah... —se limitó a decir.

Maldita sea... pero qué difícil se lo estaba haciendo. Cord hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros. ¿Por qué estaría tan distante, tan fría? No es que se hubieran separado como amigos, pero al fin y al cabo, seguía siendo su marido, y tanto si le gustaba como si no, tenían unas cuantas cosas de qué hablar.

—Sí —dijo Cord, más molesto de lo que le hubiera gustado parecer

—. Me dijo unas cuantas cosas que me hicieron darme cuenta de lo imbécil que he sido —se acercó un poco a ella, pero aún sin tocarla por miedo a que saliera huyendo—. No puedo dejarte sola, Rachel. Y sobre todo ahora.

Lo sabía. A Rachel se le llenaron los ojos de lágrimas. Cómo había esperado que volviese porque la quería y la necesitaba, porque no podía soportar la idea de encadenar a Cord al matrimonio por un hijo que no había querido.

—No -dijo ella, temblando—. No tienes que preocuparte porque esté sola, Cord. Sigo pensando vender el rancho y con el dinero que saque tendré bastante para el niño y para mí durante un tiempo mientras decido qué voy a hacer.

Cord se había quedado tan paralizado por el no que tardó un momento en darse cuenta del resto.

—¿Un niño?

Rachel abrió los ojos de par en par.

-¿Es que... no lo sabías?

-¿Saber? ¡Pues claro que no lo sabía! ¿Y cuándo tenías pensado decírmelo? ¿O pensabas montar otro de tus numeritos de la señorita independiente y manejarlo también tú sólita?

¿Cómo se atrevía a actuar como si fuese él el engañado?

—Lo he sabido ayer —le contestó indignada— Y no fui yo precisamente la que salió de aquí de estampida hace una semana, Cantrell. Si te hubiese molestado en dejarme un número de teléfono, te habría llamado.

-¿Cuándo? —le gritó—. ¿Cuando el crío cumpliese dieciocho años? Estás intentando apartarme, Rachel, y no voy a permitírtelo.

—¿Que no vas a permitírmelo? —repitió, dándole con un dedo en el pecho—. ¿Es para eso para lo que has vuelto? ¿Para intimidarme un poco más? ¿Para obligarme a hacer las cosas a tu modo?

-No.

-Entonces puede que sólo para recoger tus cosas y

volver a marcharte —Cord volvió a decir que no con la cabeza, y ella siguió—: Para protegerme de Earl y de mí misma.

Cord apretó los dientes.

-No.

Tenía que saberlo. Aunque le doliese, pero tenía que saberlo.

—¿Entonces por qué, Cord? —le gritó, con el corazón lleno de

temor y esperanza—. ¿Por qué has vuelto?

—¡Pues porque te quiero, maldita sea!

Puede que no fuese la declaración más romántica del mundo, pero sí la más maravillosa.

Rachel se lanzó a él riendo y Cord la abrazó con fuerza.

—He estado a punto de volverme loco esta semana sin ti —le dijo él, con la mejilla apoyada sobre su cabeza.

—Yo también.

Qué sensación tan maravillosa era estar en sus brazos.

—Un niño —susurró él—. Nuestro niño.

—Cord... no puedo respirar.

—Ah, lo siento —Cord la alejó un poco para pasarle la mano por el estómago—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Rachel se echó a reír.

—Tiene que nacer para marzo, y el cómo, es bastante
evidente.

Cord frunció el ceño.

—Lo que quiero decir es que siempre hemos usado protección.

—Menos la primera vez. Lo que pasa es que yo pensé que era un momento del mes en que era muy poco probable que ocurriera —dijo, y acariciándole la mejilla, añadió—: Pero me alegro de haber estado equivocada.

Cord tomo su mano y se la acercó a los labios.

—Rachel, hablando de estar equivocado, era yo quien estaba confundido al querer obligarte a hacer las cosas a mi manera. Mi orgullo no podía soportar que fueras tú el jefe y tomases todas las decisiones, pero me he dado cuenta de que tenías que hacerlo; tenías que tomar esas decisiones para encontrar tu lugar en la vida. Siento haber intentado quitarte esa posibilidad.

—Yo también estaba equivocada, Cord —ver el amor con que la miraba le llenó los ojos de lágrimas—Estaba tan obsesionada con no permitir que otro hombre me manipulara o me controlara que no pude ver la diferencia entre ser querida y ser protegida. Lo único que estabas intentando hacer era ayudarme y yo he sido demasiado testaruda para verlo. Siento habértelo puesto todo tan difícil. Ahora sé que el compromiso no consiste en renunciar al control, sino en compartirlo.

Él sonrió de pronto y la hizo sentarse antes de darle el paquete que había traído.

—Ábrelo —le dijo.

Rachel lo abrió y lo que encontró dentro, la llenó de felicidad.

Una campana para colgar en el porche.

—Te quiero, Cord Cantrell —le dijo entre lágrimas y abrazada a su cintura.

Él la besó tiernamente en lo alto de la cabeza.

—Hay otra cosa, Rachel, en la que voy a tener que insistir —dijo Cord, obligándola a mirarle.

—¿En qué?

La besó en los labios antes de contestar.

-En que te cases conmigo.

—Creía que nunca ibas a pedírmelo.